

MEMORIAS

DEL

CONDE

WITTE

R  
20







Miss Helen Kilmey -

1961



BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

HERIOT-WATT UNIVERSITY

EDINBURGH

# MEMORIAS

## DE SERGIO YULYEVICH WITTE. CONDE WITTE

**Primer Presidente del Consejo de Ministros del  
Imperio y autor de la primera Constitución rusa.**

*VERSIÓN CASTELLANA  
DE M. DOMENGE*

VOLUMEN I



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Seria

9224

M C M X X I

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

MEMORIAS  
DE SERGIO YULYEVICH  
WITTE. CONDE WITTE

Publicado por el Consejo de Administración de la Editorial "Saturnino Calleja" S. A.

PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1921 BY  
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA". S. A.



Imp. Martín de los Heros, 65.

## Mi juventud y principio de mi carrera

**N**ací el año 1849 en la ciudad de Tiflis. Mi padre, Julio Fedorovich Witte, era de origen báltico, aunque oficialmente perteneciese a la clase media de la provincia de Pskof. Sus antepasados eran holandeses, que habían emigrado a las provincias bálticas, cuando aquella región estaba bajo el poder de Suecia. Mi madre, por el contrario, descendía de pura estirpe rusa. Era hija de la princesa Elena Pawlowna Dolgoruki, última representante de la más antigua rama de aquella vieja y noble raza. Su padre fué Andrés Mikhailovich, que empezó su carrera como gobernador de la provincia de Saratof y la terminó siendo miembro del Consejo Supremo del virreinato del Cáucaso. En la ceremonia de su matrimonio fueron bendecidos con una antigua cruz, que según tradición familiar, perteneció a Mikhail de Chernigof, príncipe ruso de la Edad Media, martirizado por un Kan de Tartaria y canonizado por la iglesia ortodoxa.

En la época en que mi abuelo ocupaba el puesto de gobernador de provincia, el joven Witte, que había estudiado agricultura y minas en Prusia, llegó a Saratof en calidad de hábil agrónomo. Allí se enamoró de mi madre y se casó con ella. Mi padre era luterano y como la familia de mi madre era archi-ortodoxa, vióse obligado a abrazar su fe, como condición indispensable para el casamiento. Se unificó completamente con la familia de su mujer y conservó muy poco contacto con los Witte. Cuando su suegro marchó al Cáucaso, llamado por el Virrey, príncipe Vorontzof, le siguió, sirviendo allí en calidad de director del Departamento de Propiedades del Estado. Las dos familias establecieron en Tiflis, viviendo en la más estrecha intimidad. Mis abuelos desempeñaron un papel importante en los primeros años de mi vida. Mi abuela fué mi primera maestra. Era una mujer de cultura excepcional y sus conocimientos de botánica no eran nada despreciables. Había logrado formar una colección de la flora caucasiana, acompañada de la descripción científica de cada planta. Ella me enseñó a leer, y los primeros principios y dogmas de la Iglesia ortodoxa. Era muy anciana y estaba paralítica, de modo que tenía que ser llevada a nuestro cuarto en un sillón de ruedas para darnos la lección. Como no podía moverse, me arrodillaba delante de ella con el abecedario en las manos. De igual modo enseñó a mis dos hermanos, Alejandro y

Boris. Era la niña mimada del abuelo y su muerte —dejó esta vida a la edad de setenta años—fué una gran pérdida para mí.

Mi hermano Alejandro eligió la carrera militar y fué mortalmente herido en la última guerra con Turquía. El Mayor Witte era un hombre valiente, modesto y amable. Su recuerdo está todavía fresco en su regimiento, y las canciones favoritas de sus soldados son aquéllas en que se cantan sus hazañas. Yo le amaba entrañablemente, y le cuidé durante su mortal enfermedad. Recuerdo que solía contarme sus hechos guerreros y que una vez tuvo un duelo y mató a su adversario. Mi hermano Boris no se distinguió. De mis dos hermanas, una murió hace dos años (1909).

Diversos miembros de la familia de mi madre fueron eminentes en uno u otro concepto. Una de mis tías, que se casó con el coronel Hahn, logró fama como escritora. Su hija mayor fué la célebre teosofista conocida con el nombre de *Madame Blavatski*. La personalidad y vida de mi prima Elena Petrowna Blavatski, merece ser tratada con alguna extensión.

Como yo era mucho más joven que ella, no puedo recordar nada de la juventud de Elena. De las versiones que acerca de ella corrían entre la familia, puedo colegir que cuando se murió su madre, la señora Hahn, ella y su hermano vinieron a vivir con mi abuelo en Tiflis. Muy joven (como es tradicional en la familia) casóse Elena con un

tal Blavatski, vice-gobernador de la provincia de Eriván, estableciéndose en la ciudad del mismo nombre; pero pronto abandonó a su esposo y volvió a casa de mi abuelo. Cuando se presentó en aquella espaciosa casa, el abuelo decidió enviar lo más pronto posible a aquella joven perturbadora a su padre, coronel de artillería, destinado en las cercanías de San Petersburgo. Como en aquella época no había ferrocarriles en el territorio del Cáucaso, el problema no dejaba de presentar dificultades, y fué resuelto del siguiente modo: Dos mujeres y unos cuantos hombres, entre ellos el fiel mayordomo de mi abuelo, fueron elegidos entre los numerosos siervos domésticos, y rodeada de este convoy, la futura celebridad teosófica marchó en dirección a Poti, en un gran carruaje tirado por cuatro caballos. Desde Poti estaba proyectado llevar a la joven por mar hasta algún puerto unido por la línea férrea al interior de Rusia. Al llegar la comitiva a Poti, varios vapores (y entre ellos un buque inglés) estaban anclados en el puerto. Según cuenta la historia, la joven *Madame* Blavatski trabó inmediatamente amistad con el capitán del barco inglés; y para decirlo en pocas palabras, una hermosa mañana el convoy descubrió, horrorizado, que su dueña y el equipaje habían desaparecido. Oculta en el vapor inglés, marchaba a Constantinopla.

El resto de su extraña vida fué como sigue: En Constantinopla entró en un circo ecuestre, en

donde se enamoró de ella Mitrovich, uno de los más célebres bajos de ópera de aquel tiempo. Entonces dejó el circo y acompañó al célebre cantante a una de las capitales europeas, en donde debía cantar. Poco después, el abuelo recibía varias cartas de Mitrovich, en las que aseguraba que se había casado con Elena y se firmaba su "nieto". Al famoso bajo no le desconcertaba, aparentemente por lo menos, el hecho de que ella no se hubiese divorciado de su esposo legal el vicegobernador de Eriván. Unos cuantos años más tarde les salió un nuevo nieto a mis abuelos. Un inglés, natural de Londres, les informaba, en una carta con sello americano, que se había casado con *Madame* Blavatski, que le acompañaba en un viaje de negocios a los Estados Unidos. Poco después reaparece en Europa, convirtiéndose en la mano derecha de Humé, el célebre medium. Entonces su familia se enteró de dos aspectos de su vida: leyeron en los periódicos que daba conciertos de piano en Londres y en París, y que después se encargaba de la dirección del coro real, sostenido por el rey Milano de Serbia.

De este modo pasaron unos diez años; pero habiéndose cansado quizá de sus aventuras, la oveja descarriada decidió volver al redil, y consiguió al final de aquel período que el abuelo le permitiera regresar a Tiflis. Prometió enmendarse y hasta volver junto a su legítimo esposo. Durante aquella estancia suya fué cuando yo la vi por primera

vez. En aquella época era una ruina. Su cara, que debía haber sido de una gran belleza, ostentaba las huellas de una tormentosa y apasionada vida, y su cuerpo estaba deformado por una prematura obesidad. Además, se preocupaba poco de su aspecto físico y prefería las amplias batas a los más primorosos vestidos, pero sus ojos eran extraordinarios. Eran unos ojos azules, enormes, y cuando hablaba animadamente chispeaban de un modo indescriptible. No había visto jamás unos ojos como aquéllos.

Fué esta mujer, aparentemente sin atractivos, quien trastornó las cabezas de una gran parte de la sociedad de Tiflis. Lo consiguió por medio de sesiones espiritistas, que tenían lugar en nuestra casa. Recuerdo que todas las noches, la sociedad de Tiflis se congregaba allí, en torno de Elena Petrowna. Entre los concurrentes estaban el conde Vorontzof-Dashlof, los dos condes Orlof-Davydof y otros representantes de la *jeunesse dorée*, que en aquella época acudían, desde las dos capitales, al Cáucaso en busca de placeres y aventuras. La sesión duraba toda la velada y veces toda la noche. Mi prima no limitaba la demostración de su poder haciendo dar golpes a una mesa, evocando espíritus y presentando parecidas tretas de los mediums. En una ocasión obligó a un piano cerrado, situado en una habitación contigua, a emitir sonidos como si unas manos invisibles lo estuviesen tocando. Esto fué realizado en mi pre-

sencia a instancias de uno de los invitados. Aunque fuese un muchacho, mi actitud ante aquellos espectáculos fué decididamente contraria y los consideraba como meros juegos de manos. Debo añadir que todas estas sesiones eran cuidadosamente ocultadas a mis abuelos y que además, mi padre mantenía una actitud opuesta a ellas. Era a Humé, según creo, a quien debía *Madame Blavatski* sus conocimientos de ocultismo.

*Madame Blavatski* hizo las paces con su marido y hasta llegó a establecer un hogar en Tiflis; pero no le fué dado seguir por el camino de la virtud durante mucho tiempo. Una hermosa mañana *Mitrovich* se le acercó en la calle. El famoso bajo estaba declinando artísticamente y desde todos los puntos de vista. Después de una brillante carrera por Europa, habíase visto obligado a aceptar una contrata en la Ópera Italiana de Tiflis. Parecía que el artista no tenía duda alguna acerca de sus derechos sobre mi prima, y no titubeó en mantener sus títulos. A consecuencia del escándalo *Mme. Blavatski* desapareció de Tiflis y el bajo con ella. La pareja marchó a Kief, en donde *Mitrovich*, que por ese tiempo se acercaba a los sesenta, guiado por su "esposa", aprendió a cantar en ruso, presentándose con éxito en algunas óperas rusas, como "La vida por el Zar", "Rusalka", etc.

Desempeñaba el cargo de gobernador general de Kief el príncipe *Dundukof-Korsakof*. El prín-

cipe, que había servido en el Cáucaso, había conocido a Elena Petrowna en sus años de soltera. No puedo asegurar cuál fué la naturaleza de sus relaciones; pero una mañana los habitantes de Kief descubrieron unos pasquines pegados en las puertas y en los postes del telégrafo, conteniendo unas poesías muy desagradables para el gobernador general. El autor de esta explosión poética, no era otra persona que Mme. Blavatski, y como el hecho era patente, la pareja tuvo que largarse.

En seguida oyóse hablar de ella en Odesa, en donde se presentó acompañada de su fiel bajo. En aquella época toda nuestra familia se había establecido en dicha ciudad (mis abuelos y mi padre habían muerto en Tiflis) y mi hermano y yo concurríamos a su Universidad. La extraordinaria pareja debía hallarse en grandes apuros. Fué entonces cuando mi voluble prima abrió, a continuación uno de otro, una fábrica y tienda de tintas y un almacén de flores artificiales. Elena iba con frecuencia a visitar a mi madre, y yo fuí varias veces a su tienda, así es que tuve ocasión de trabar más íntimo conocimiento con ella. Me llamó particularmente la atención, la extraordinaria facilidad con que adquiría conocimientos y práctica de las cosas más diversas. Después de hacerse música ella sola, fué capaz de dar conciertos de piano en Londres y en París, e ignorando por completo la teoría de la música, dirigió una numerosa orquesta. Sin haber estudiado seriamente idiomas, hablaba varios, per-

fectamente. Me chocó, además, el dominio de la técnica del verso. Podía escribir páginas enteras de fáciles y floridos versos, sin el menor esfuerzo y componía estudios en prosa sobre cualquier tema. Poseía, también, el don de hipnotizarse a sí misma y a su interlocutor, siguiendo las más extravagantes creaciones de su fantasía. Tenía, sin **Juda alguna, talento literario.** Katkof, el editor de Moscou, famoso en los anales del periodismo ruso, me hablaba en los más elevados términos de elogio, de sus dotes literarias, demostradas en los cuentos titulados, "Desde los bosques del Indostán", con los que colaboró en su revista "El Mensajero ruso" (Russki Vvestnik).

Las aventuras de Mme. Blavatski, en el campo del comercio y de la industria, acabaron mal, como era natural. Entonces fué cuando Mitrovich aceptó una contrata para cantar en el Cairo y la pareja marchó a Egipto. En aquel tiempo ofrecían un triste espectáculo: él, león sin dientes, siempre a los pies de su amante, una señora de edad, gorda y desaliñada. Lejos todavía de la costa de África, el barco que les conducía naufragó y todos los pasajeros perecieron. Mitrowich salvó a su amante; pero él se ahogó. Mme. Blavatski llegó al Cairo con la ropa mojada y sin un cuarto. Ignoro cómo salió de aquella situación; pero después se la encontró en Inglaterra, en donde fundó una Sociedad Teosófica. Para fortalecer los cimientos del nuevo culto, viajó por la India, en

donde estudió la ciencia oculta. Después de regresar de su viaje se convirtió en centro de un gran grupo de devotos de la doctrina teosófica, estableciéndose en París, como cabeza reconocida de los teosofistas. Poco después cayó enferma y murió. Las doctrinas teosóficas, no obstante, siguen florecientes.

Dejemos que los que todavía dudan del origen inmaterial y de la existencia independiente del alma humana, reflexionen acerca de la personalidad de Mme. Blavatski. Durante su existencia terrenal, albergó un espíritu, que sin duda alguna era independiente de su ser físico o fisiológico. Pero puede haber alguna duda en lo relativo al reino del mundo invisible de donde había emergido aquel espíritu; de si procedía del Infierno, del Purgatorio o del Paraíso. Yo no puedo menos de confesar que había algo de demoníaco en aquella mujer extraordinaria.

Cuando retrocedo con mi memoria al período de formación de mi vida, advierto que fuí educado en una atmósfera de absoluta lealtad al Trono. Una de mis más antiguas reminiscencias, es la de una habitación en la que me encontraba con mi niñera y que de pronto se llenó con los miembros de mi familia, llorando a voz en grito. La causa de aquella pena, era la noticia de la muerte del emperador Nicolás I. Sólo la pérdida de un verdadero y querido amigo, podía hacer llorar con pena tan sincera. Mi devoción a los Monarcas

a quienes he servido y a los principios generales de la monarquía, debe ser, verdaderamente, una característica heredada.

Hablando de mi primera educación, debo decir, que mientras mis padres nos proporcionaban ayos y preceptores, sin escatimar el dinero, abandonaban, en cambio, su personal atención; y como resultado de ello, no éramos suficientemente preservados contra nocivas y depravadas influencias. Siendo un chiquillo, presencié escenas repugnantes entre mi nodriza (mi madre no me había criado), mi niñera y sus respectivos maridos, que solían terminar en una borrachera. Cuando mi hermano Boris, que me llevaba un año, y yo, fuimos algo mayorcitos nos confiaron a los cuidados de un tutor, un veterano retirado, caucasiano, que era un gran bebedor. Posteriormente nos pusieron en manos de un preceptor francés, antiguo oficial de la marina. Al poco tiempo, el francés fué deportado por la autoridad, a causa de unos amores escandalosos. Le sustituyó un suizo que se enamoró de nuestra institutriz, y fué reemplazado por un alemán, importado de Dorpart por mi padre. *Herr Paulshon* nos enseñó, entre otras cosas, historia, geografía y alemán. Por varias causas, no aproveché sus enseñanzas de lengua alemana, que jamás supe hablar. Por el contrario, aprendí el francés desde mis primeros años, y lo hablo con más facilidad que el ruso.

Simultáneamente, varios profesores del Gimna-

sio Clásico local (segunda enseñanza preparatoria para la Universidad) estaban ocupados en prepararnos para el examen de ingreso en aquella escuela. Fuimos por fin admitidos como alumnos libres de la cuarta clase (los cursos comprendían siete cursos o siete años) y pasamos de una clase a otra sin examen. Yo era muy mal estudiante y faltaba a clase la mayor parte de los días. Los profesores me lo toleraban, en parte por consideración a mi familia y en parte, porque no eran responsables ni de mi instrucción ni de mi comportamiento. En aquella época, era aficionadísimo a la música y dedicaba la mayor parte del tiempo a ella, tomando lecciones en el Conservatorio local. Además, tanto mi hermano Boris como yo, éramos entusiastas deportistas. Pasábamos mucho tiempo montando a caballo, y a instancias de mi tío Rostislaf, aprendimos esgrima. En los exámenes de fin de curso, apenas pude dar una contestación satisfactoria sobre las diversas asignaturas. No obstante, conseguí el certificado de aptitud que da derecho a ser admitido en la Universidad. El certificado contenía, sin embargo, una muy baja concepción en cuanto a mi conducta. Iba a cumplir diez y siete años.

Había llegado el momento de despedirme del lugar en que pasé la niñez y la adolescencia para ir a vivir en alguna lejana ciudad universitaria. Iba a entrar en un nuevo período de mi existencia. La impresión que aquellos años dejaron en

mi mente, es la de una gran opulencia y libertad. Para caracterizar nuestro modo de vivir, basta indicar que teníamos ochenta y cuatro siervos. Inútil decir que nuestra casa era el sitio de reunión de la "sociedad" incluyendo hombres, como el metropolitano Isidoro, exarca de Georgia, quien solía comer con nosotros.

Al principio, mi padre quiso mandarnos, a Boris y a mí, a la Universidad de Kief; pero por fin se decidió por la de Odesa, que acababa de inaugurarse. En otoño, acompañados por nuestros padres, salimos para dicha ciudad. Allí nos enteramos de que era yo demasiado joven para ser admitido en la Universidad, y, además, que la concepción relativa a mi mala conducta, se interponía en mi camino. Decidióse, pues, que pasara un semestre en el Gimnasio local de Richelieu. Mi padre y mi madre regresaron a Tiflis, y nosotros nos quedamos solos.

En aquel mismo momento, de repente, alboreó en mi mente la idea de que ni mi hermano ni yo habíamos estudiado de veras, y de que si aquella holgazanería continuaba, más pronto o más tarde, acabaríamos mal. Fué entonces, cuando demostré por primera vez aquella independencia de juicio y fuerza de voluntad, que desde aquel momento no me han abandonado nunca. Me formé un definido plan de acción: Los dos debíamos salir de Odesa, porque a causa de sus numerosas distracciones y tentaciones, no era lugar apropiado para serios es-

tudios, y marchar a Kishinef, en donde seríamos completamente desconocidos. Una vez allí, tomaríamos varios prestigiosos profesores del Gimnasio, para que nos preparasen, y estudiaríamos todo lo necesario para examinarnos de nuevo. Logré que mi hermano adoptara mi plan; marchamos, efectivamente, a Kishinef, y al cabo de seis meses de trabajar, tenaz y honradamente, obtuvimos certificados de aptitud del Gimnasio local. Entonces regresamos a Odesa, e ingresamos en la Universidad, en el año 1867, si no recuerdo mal, matriculándome en la Facultad de Ciencias físico-matemáticas.

Al terminar nuestro primer año universitario, marchamos a Tiflis con el propósito de pasar las vacaciones de verano en casa. En Poti encontramos un pariente nuestro que nos traía la triste noticia de que nuestro padre había muerto de repente. La muerte de mi padre produjo la ruina de toda la familia. He ahí lo que ocurrió: El virrey Baryatynski hizo diversos intentos para desarrollar los recursos naturales del Cáucaso. La producción de fundición de hierro fué confiada a un tal Lippe, cónsul de Baden en Odesa. Este alemán construyó un cierto número de fábricas; pero se murió, casi en seguida, dejándolo todo en un estado lamentable. Inducido por el virrey, mi padre, que había estudiado minas en Prusia, tomó a su cargo la dirección de las fundiciones, y al tratar de desarrollar el negocio, se vió obligado a inver-

tir en él su propio capital. Como no tenía fortuna personal, tomó el dinero de la de mi madre, contando, por supuesto, con su conformidad. De este modo, invirtió y perdió todo lo que mi madre poseía, y, además, contrajo enormes deudas. Un convenio particular establecía que el Gobierno debía, más pronto o más tarde, hacerse cargo de las fundiciones, reembolsando a mi padre todo lo que hubiese gastado.

Pero cuando murió de repente, el convenio fué declarado sin valor alguno. Las obligaciones contraídas por mi padre era tan importantes, que nos pareció prudente renunciar a la herencia. Así es que nos encontramos sin recursos de ninguna clase, exceptuando una pequeña pensión concedida por el virrey a mi madre, y una modesta suma que el abuelo había dejado en su testamento a mi tío Rostislaf y que éste, generosamente, transfirió a mi madre. En estas circunstancias, fué decidido que toda la familia se trasladase a Odesa, lo cual hicimos en el otoño. Sólo Alejandro, que en aquellos días había recibido ya su nombramiento, se quedó en el Cáucaso. Esta repentina transición de la opulencia, a lo que constituía una verdadera pobreza, fué muy penosa para mi madre. Nuestra situación se hizo, en efecto, muy difícil. Mi hermano y yo sólo podíamos disponer de un estipendio mensual de cincuenta rublos, para seguir nuestros estudios.

En la Universidad trabajaba día y noche, y así

adelanté mucho en mis estudios. Eran tan familiares para mí todas las materias, que sufrí los exámenes, con banderas desplegadas, sin tenerme que preparar de un modo extraordinario para ello. Mi tesis de final de curso versó "Sobre las cantidades infinitesimales". La obra era de una concepción original y se distinguía por su filosófica amplitud de miras. Hace dos años vi una traducción francesa de ella, en el escaparate de una librería de París. Estaba a punto de escribir otro estudio acerca de un asunto de astronomía; pero me enamoré de una actriz y perdí todo deseo de componer disertaciones.

Durante mis años universitarios, tenía muy poco tiempo para dedicarlo a la política. En términos generales, seguía leal a los principios monárquicos y a los dogmas del cristianismo, que la educación recibida había impreso en mí. En este aspecto, me mantenía aparte del grupo estudiantil que en aquellos tiempos se inclinaba a una política de ideas extremas y al ateísmo materialista, en filosofía. No obstante, mi formalidad y aplicación, lograban el respeto de mis compañeros, y, a pesar de mis grandes simpatías por la monarquía, fui elegido para la junta que tenía a cargo la administración del "Fondo de los Estudiantes". Este inocente ahorro, fué suprimido como *peligrosa institución* y los individuos de la junta, incluso yo, sometidos a un proceso. El sumario fué llevado por el fiscal general Orlof, que pedía para nosotros el destie-

ro a Siberia. ¡Fuimos salvados por la sociedad aristocrática Club inglés!

La cosa ocurrió del modo siguiente: Orlof quiso ingresar en aquel club, pero fué desechada su candidatura. El ministro quiso averiguar el motivo de ello y le dijeron que los miembros del club se oponían a causa de su descabellada acusación contra los entudiantes. Como resultado de todo ello, en vez de ser desterrados a un lejano rincón de Siberia, fuimos multados por el juez de paz con veinticinco rublos cada uno.

En las Facultades de la Universidad de Odesa, había hombres como Mechnikof y Sechenof, en biología, que más tarde alcanzaron gran fama mundial; pero el cuerpo de profesores de la Facultad de Matemáticas, no era brillante. Teníamos sólo un profesor que poseía el raro don del pensamiento matemático en su forma más pura y elevada; pero era un gran bebedor. Sin embargo, a pesar de este defecto, ejerció una gran influencia en sus alumnos. Yo fuí su discípulo favorito y, hasta cierto punto, su ayudante.

Volviendo la vista a mis años estudiantiles, no puedo menos de confesar que soy en extremo deudor a mi *alma mater*. Siento gran estimación por la ciencia y la vida universitarias. Por su propia definición, una Universidad está dedicada al estudio de toda la suma de conocimientos humanos, tal como existen en un momento determinado. Esto permite al estudiante, mientras se espe-

cializa en una orientación definida, vivir, en una cierta medida, en contacto intelectual con las principales corrientes de la Ciencia; pero a la ciencia académica debe asegurársele completa libertad. Al decir esto, no pretendo abogar por aquella falsa "libertad" de las Universidades, que se desvía hacia un foro para las discusiones políticas envenenadas por la pasión, la perfidia y el cinismo vulgar. Una verdadera Universidad, es el mejor medio para el desarrollo de todas las tolerancias, que es el requisito previo para toda obra científica y fructífera, y para todas las formas de la actividad.

Salí de la Universidad con el propósito firme de prepararme para una carrera académica, principalmente para una cátedra de Matemáticas puras. Mi decisión desagradó en extremo a mi madre y al tío Rostislaf. Argüían que la carrera de profesor no era propia de un noble. Por último, el tío me convenció para que aceptase un empleo nominal en la cancillería del conde Kotzebuc, gobernador-general de Odesa, durante el tiempo que continuase mis estudios académicos. Esta circunstancia me dió acceso a los salones del conde, en donde encontré, entre otros, al conde Vladimiro Bobrinski, entonces ministro de Comunicaciones. Seguramente, por insinuación del general Fadeyef, Bobrinski me habló repetidas veces de las grandes ventajas de la carrera ferroviaria. Tentado por sus palabras, le dije que dejaría la carrera académica y me prepararía para tomar el grado

de ingeniero de Tracción. Con gran sorpresa mía, el conde se opuso enérgicamente a mis propósitos. Según él, la casta de ingenieros era muy mala. El servicio ferroviario del Gobierno no necesitaba, según dijo, especialistas de estrecho criterio, sino hombres de una excelente educación liberal, y aun mejor, de una educación a base de matemáticas. En vez de inclinarme a los estudios teóricos, necesarios para obtener el grado, me aconsejó que estudiara el tecnicismo de ferrocarriles. Yo me rendí a sus argumentos, e ingresé en el servicio del ferrocarril de Odesa.

Me puse el uniforme militar usado en aquel tiempo por los ferroviarios que tenían un grado determinado, y empecé a estudiar la organización de los ferrocarriles, desempeñando los trabajos rutinarios esenciales en las diversas clases de servicios, empezando por los más modestos. Vendí billetes en la ventanilla, estudié el tráfico de mercancías, estuve a las órdenes de un jefe de estación, desempeñé el cargo de jefe y actué de inspector de tren. Al terminar el sexto mes, fuí propuesto al empleo de director de un negociado de mercancías.

Por aquel entonces, el principio de que los ferrocarriles fuesen explotados por compañías particulares, se iba popularizando en los círculos gubernamentales. El de Odesa pasó a la sociedad de "Comercio y Vapores Rusos" dirigida por el almirante Chikhachef. La nueva administración

despidió al director de mercancías, un hombre muy competente, sin más razón que la de ser judío de nacimiento, y me colocó a mí en su lugar. El barón Ungern-Sterberg, ingeniero de tracción, fué nombrado director del ferrocarril. Poco después de haberse encargado la Sociedad de la vía férrea tuvimos un gravísimo accidente conocido, en la historia de accidentes de ferrocarriles rusos, con el nombre de "La catástrofe de Telegul".

En los confines de las provincias de Podolia y Kherson, existe el barranco de Telegul. Una vía férrea corre a lo largo del barranco que se divide en tres ramales distintos. En diciembre de 1875, un fatal accidente, en el cual perdieron la vida muchas personas, tuvo lugar en aquel sitio, que dista 186 verstas de Odesa. Una sección de la vía había sido levantada para efectuar unas reparaciones; no habían sido colocadas, sin embargo, las señales de peligro, ni se había avisado a las estaciones inmediatas el estado en que se hallaba la vía. Un cegador vendaval cayó furiosamente sobre la estepa y los trabajadores fueron a refugiarse en sus cabañas y a tomar una taza de té caliente. En aquel preciso momento un tren con reclutas, dirigido a Odesa, se adelantaba a toda velocidad hacia aquel sitio, y, al llegar a él, todo el convoy fué precipitado al fondo del barranco. En la caída se incendió, y las llamas, avivadas por el viento, redujeron a cenizas varias unidades del tren. Fuimos informados, inmediatamente, de la catástrofe. Acompañamos

pañado del barón Ungern-Sternberg, en un tren especial, nos dirigimos al lugar del suceso. Nos encontramos con que la mayor parte de los reclutas habían muerto abrasados, habiendo sido trasladados los heridos a los hospitales. No recuerdo cuántos perdieron la vida; pero seguramente el número de víctimas excedió de un centenar.

El desastre llamó vivamente la atención. En aquellos días, la opinión pública estaba envenenada por el espíritu de liberalismo que, en esencia, es enemigo de todos aquellos que se destacan a causa de su posición o riqueza; de aquel espíritu que anima a las muchedumbres revolucionarias y que, años más tarde, fué responsable del repugnante asesinato de un emperador tan grande como Alejandro II. Para calmar la indignación popular, fué preciso encontrar una víctima propiciatoria entre los más altos personajes responsables indirectamente del accidente. La elección recayó sobre la persona del almirante Chikhachef, director del ferrocarril de Odesa, y sobre mí, por considerármese el alma de la dirección. En realidad, la reparación de vías estaba por completo fuera de la esfera de mi intervención. Como es natural, el verdadero culpable, o sea el encargado de la reparación, fué también procesado; pero perdió la razón y se escapó de toda pena. El sumario fué llevado con una mala fe evidente y con el propósito de causar la impresión de que las autoridades judiciales estaban impregnadas por completo de espí-

ritu liberal. El fiscal general del distrito de Odesa no quiso pedir sanción alguna para nosotros por la razón de que, propiamente hablando, no habíamos cometido ningún crimen ni podía probarse que fuéramos cómplices del verdadero culpable. La causa fué trasladada al Tribunal de lo criminal de Kamenetz, que era de ideas antiguas, y allí fuimos condenados a cuatro meses de prisión.

Entonces estalló la guerra con Turquía. El gran duque Nicolás Nikolayewich, que había ido a Kishinef, con un brillante Estado Mayor, me prometió, que si lograba transportar el ejército con éxito, intercedería por mí ante el Emperador, para anular mi sentencia. Para terminar por completo con este incidente, debo añadir lo siguiente. Al terminar la campaña recibí un telegrama del ministro de la Guerra diciendo que en atención a nuestros distinguidos servicios (los de Chikhachef y los míos) quedábamos dispensados de cumplir nuestra condena. Por consiguiente, pude marchar a San Petersburgo y establecerme allí con mi esposa, pues me había casado hacía poco. Una noche fuí despertado por el criado quien me dijo que un oficial de gendarmes, acompañado de un destacamento de policía, había invadido la casa y preguntaba por mí. Fuí llevado al puesto de policía inmediato y de allí al palacio de Invierno, en donde descubrí la causa de mi imprevista detención. Parece que el ministro de Justicia había expuesto al Emperador que la anulación de nuestras sen-

tencias era ilegal. El Emperador puede conceder la amnistía, pero no invalidar la sentencia de un tribunal. El ministro exponía, además, que la opinión pública estaba muy soliviantada ante el hecho de que nadie hubiese sido castigado por la catástrofe de Telegul. El Emperador transigió ordenando mi arresto, durante dos meses, en un cuerpo de guardia. Como en aquellos días estaba redactando los reglamentos relativos al movimiento de los ferrocarriles, y además formaba parte de la Comisión del conde Baranof; éste expuso al Emperador que yo le era indispensable, y me fué concedida la libertad durante el día; pero debiendo pasar las noches en el cuerpo de guardia.

Cuando la guerra ruso-turca estalló, en 1877, fui yo en realidad el director del ferrocarril de Odesa, y por su gran importancia estratégica estuve a las órdenes directas del Gran Duque Nicolás Nikolayewich, General en jefe de las fuerzas activas. Mi cometido particular consistió en el transporte de tropas al frente. Durante el año anterior conduje con éxito, al Sur, los numerosos voluntarios que iban a unirse a las fuerzas del general Chernyayef. En aquel tiempo era entusiasta de la "Idea eslava" y soñaba en que nos apoderáramos de Constantinopla. Era vicepresidente de la sociedad eslava de Odesa, en la que teníamos una oficina especial que dirigía el transporte de los voluntarios. Como detalle curioso diré que uno de los empleados que trabajaba en aquella oficina, por 20

rublos mensuales, era Esteban Stambulof, el hombre a quien el rey Fernando de Bulgaria debe su trono, y que llegó a ser presidente del Gobierno búlgaro.

La tarea de transportar las divisiones al frente no era nada fácil. El ferrocarril era completamente ineficaz; existían gráficos precisos, hechos con todo cuidado para el transporte del ejército, pero no podían ser llevados a la práctica por insuficiencia del material rodado. No obstante, como ya he dicho, logré realizar mi difícil tarea con éxito, que debí a una acción enérgica y bien meditada. Ante una gran escasez de locomotoras, inventé y apliqué el sistema de tracción que ha sido practicado mucho en los Estados Unidos, conocido con el nombre de "sistema americano", y que consiste en que las locomotoras trabajen de noche y de día, empleando relevos de maquinistas. Bajo el apremio de la necesidad, introduje, también otros perfeccionamientos técnicos.

Los ferrocarriles del Suroeste no rendían ganancia alguna. Cuando la guerra terminó, tres de ellos, incluyendo el de Odesa, se habían unido constituyendo la "Sociedad de Ferrocarriles del Suroeste". Esto trajo consigo mi nombramiento de director del Departamento de Explotación de la recién fundada sociedad de ferrocarriles. Como mi oficina estaba localizada en San Petersburgo me establecí en la capital, casándome con Madame Spiridonof (nacida Ivanenko) una mujer muy

hermosa, hija del mariscal de la nobleza de la provincia de Chernigof. Conocí a mi futura esposa en Odesa, donde residía después de haberse separado de su primer marido que era un libertino y un hombre indigno. Con mi ayuda consiguió el divorcio y me siguió a San Petersburgo. Por exceso de consideración a mi esposa adopté a su hija única, con la condición, no obstante, de que no tuviera derecho a mi sucesión, si nacían hijos de nuestro matrimonio.

Aquellos años fueron la edad de oro de la construcción y explotación de los ferrocarriles particulares en Rusia. Presenciaron la formación de inmensas fortunas, en manos de varios reyes de los ferrocarriles. Yo he conocido unos cuantos, por ejemplo, Gubonin, un simple campesino, con la inteligencia de una caballería; el viejo Polyakof, un patriarca judío, jefe de una dinastía de financieros y directores de ferrocarriles; von Meck, un tieso alemán, y Derviz. Las fabulosas riquezas de este último le trastornaron el juicio. En el palacio que se hizo construir en Italia mantenía una compañía de ópera completa, que representaba las obras para él, como único espectador.

Blioch, el gerente de nuestra sociedad de ferrocarriles, había hecho una notable carrera. Judío, de aspecto insignificante y sin cultura alguna, empezó como contratista de vías férreas secundarias. Una vez que hubo prosperado, tuvo el talento de marcharse de la comarca, con el objeto de educarse e

instruirse. Marchóse lejos, a una Universidad alemana. Después regresó a Rusia y se casó con una hermosa muchacha de la buena sociedad, con la condición de convertirse al catolicismo. Establecióse en Varsovia, y empezó a construir vías férreas. Cuando yo entré al servicio de la Sociedad de Ferrocarriles del Suroeste, Ivan Alexeyevich Vyshnegradski, que después fué ministro de Hacienda, era el jefe de sus agentes en San Petersburgo. Al final Blioch dejó de prestar atención a los ferrocarriles, y empezó a ocuparse de enseñanza y política. Publicó varias obras instructivas, incluyendo entre ellas, una Historia de los Ferrocarriles en Rusia, las cuales, aunque publicadas bajo su nombre, eran escritas por especialistas que él asalariaba. También se hizo propagandista del pacifismo. Me dijeron que hizo esfuerzos para convertir a la fe pacifista a la emperatriz Alejandra, en cuanto se hubo casado con Su Majestad; pero fué trabajo perdido.

Vyshnegradski era nominalmente el jefe de la Dirección de los Ferrocarriles del Suroeste. Me chocaba ver cómo se humillaba ante Blioch, su superior. Como Vyshnegradski estaba ocupado en otros muchos asuntos, la administración de los ferrocarriles quedaba, prácticamente, en manos de un joven ingeniero llamado Kerbedz y en las mías. Además de mis servicios en la Dirección, era el alma de ella. Lo único positivo que produjo la Comisión, fué el proyecto de una serie de Reglamen-

tos de Ferrocarriles, cuyo texto es casi por completo obra mía. A pesar de la considerable resistencia del ministro de Comunicaciones, dichos reglamentos se convirtieron en ley y todavía están en vigor.

Mientras tanto, las vías férreas seguían con déficit. Decidieron, por lo tanto, enviarme a Kief, con la esperanza de que mi presencia contribuyese a mejorar la situación. Fui a Kief y reorganicé por completo el régimen de las vías, con intención de centralizarlo. La Sociedad anunció sus propósitos de nombrarme director; pero el Gobierno se negó a confirmar mi nombramiento, bajo el pretexto de que no poseía el título de ingeniero de tracción. Poco después de mi llegada a Kief, Vyshnegradski fué nombrado ministro de Hacienda, y un tal Andreyeswki le sucedió en el cargo de director de los Ferrocarriles del Suroeste. Como no diese satisfactorio resultado, se pidió de nuevo al Gobierno que aprobase mi nombramiento de director. Esta vez el Gobierno condescendió, y fuí nombrado director de una amplia red de ferrocarriles, a pesar de no poseer la educación técnica de ingeniero.

El asesinato de Alejandro II (1 de marzo de 1881) me halló en Kief. Bajo la impresión del desastroso acontecimiento, escribí una carta al general Fadeyef, en la cual predominaba la emoción sobre la razón. Escribía en ella, que creía impotente al Gobierno contra los revolucionarios: "Por

lanzar—decía—proyectiles demasiado grandes sobre un enemigo demasiado pequeño.” Los revolucionarios—escribía—deben ser combatidos con sus propias armas, particularmente por medio de una organización secreta que tuviera por objeto contestar a cada manifestación terrorista con un contragolpe de igual naturaleza. Tratar de vencer al enemigo—decía—empleando todas las fuerzas de la máquina del Estado, es lo mismo que querer aplastar una partícula de polvo haciendo uso de un pesado martinete.

Unos cuantos días después, mi tío me informó de que mi carta estaba en la mesa escritorio del Emperador, y que probablemente sería llamado ante Su Majestad. En efecto, poco después, el ministro de Justicia me rogó que fuese a San Petersburgo para conferenciar con él. En el transcurso de la conversación, me preguntó si seguía compartiendo la opinión que había manifestado en mi carta al general Fadeyef. Después de recibir una contestación afirmativa, me presentó a su ayudante de campo, conde Shuvalof. El conde me llevó a su casa y en cuanto entré en su despacho me presentó una Biblia y me dijo que jurara fidelidad a la Sociedad secreta que había sido constituida de acuerdo con mis indicaciones, bajo el nombre de “La Santa Hermandad”. Sorprendido y estupefacto, cumplí la ceremonia de prestar juramento con la sensación de que realizaba un acto temerario e irreflexivo. Una vez terminado el ju-

## Memorias

ramento, Shuvalof me anunció que había sido nombrado jefe organizador del distrito de Kief, y me indicó en algunos de los secretos de la organización. Cada miembro tenía que formar un grupo de cinco, y los grupos no debían conocer la existencia de los demás. "La Santa Hermandad" era una verdadera Sociedad secreta, que en nada discrepaba de las que existieron en Venecia en la Edad Media. Shuvalof me suministró una clave y me explicó el secreto que debía ser empleado con los miembros de la Sociedad, después de lo cual regresé inmediatamente a Kief.

Al poco tiempo, la Hermandad me ordenó que fuera a París, en donde recibiría nuevas instrucciones. Obedecí la orden. En París fui informado, por carta, de que un miembro de la Sociedad llamado Polianski vivía en el hotel en donde yo paraba (Gran Hotel, enfrente de la Gran Ópera) y que tenía la misión de asesinar al revolucionario Hartman, que dos años antes había atentado contra la vida del emperador Alejandro II. Conocía a dicho individuo. Era un arrojado oficial de ulanos, a quien había encontrado tiempo atrás en Odesa, en compañía de una actriz.

Después de cerciorarnos uno y otro, mediante signos secretos, de que éramos miembros de la Sociedad, Polianski se acercó a mí, asombrándome con la siguiente declaración: "Usted ha venido a París para asesinarme, si no cumplo la orden de matar a Hartman. Yo le aseguro, que si

no le he matado todavía, es porque he recibido instrucciones de San Peterburgo, para que retrase la ejecución. Esto puede que tenga alguna relación con su llegada de usted. Espere hasta mañana a las cinco de la mañana, y le demostraré que está en mi mano matar a Hartman en un momento determinado. Esto sólo depende de mí."

A la mañana siguiente fuimos al Cuartel Latino y nos apostamos en la calle, ante una casa que mi compañero me ordenó vigilar. Después de esperar un largo rato, observamos que el propio Hartman salía del portal. Dos *apaches* que estaban esperando le siguieron. Después de un momento, los *apaches* volvieron, y acercándose a Polianski, le declararon indignados, que ya estaban cansados de aquel asunto y que iban a abandonarlo. Según parece, habían sido comprados por mis compañeros de conspiración para entablar una disputa con Hartman y despacharlo *ad patres*, durante una riña. Pero como Polianski les iba retrasando la orden, los dos hombres se ponían más y más impacientes. Polianski calmó como pudo a los *dignos* asesinos, y me explicó que la orden de retrasar la muerte procedía de Zograf, el hijo del anterior Embajador de Grecia. "Vayamos al restaurant Le Voisin (me dijo). Zograf debe estar allí. Dijo que esperaba nuevas órdenes de San Petersburgo."

Encontramos a Zograf en el restaurant. Nos dijo que el ayudante general Wittgenstein tenía

que llegar a París para solucionar el asunto. Esto para mí fué la gota que hizo rebosar el vaso. Dije inmediatamente a mis compañeros que no iba a estar esperando a Wittgenstein, y tomé el primer tren que salió para Kief. Aquellos descabellados lances me disgustaron en extremo. Además, me enteré de que toda clase de gentuza ambiciosa, de la que trepa y se arrastra como los reptiles, se agrupaba en la secreta "Hermandad", confiando adquirir valiosas relaciones. "La Santa Hermandad" se había convertido, en efecto, en la comidilla de la ciudad, y comprendí que debía hacerse algo para poner fin a aquella, si no vergonzosa, por lo menos ridícula situación.

En consecuencia, escribí al conde Vorontzof-Dashkof, diciéndole que la Sociedad, de cuya existencia era en parte responsable, había degenerado rápidamente, y que la situación se había hecho intolerable. Sin embargo, añadía, desde el momento que había jurado fidelidad a la "Hermandad" no consideraba correcto separarme de ella. Para poner remedio a la situación, proponía que los estatutos de la Sociedad, lo mismo que una lista de sus miembros, fuesen publicados en "El Mensajero Gubernamental" y en algunos otros periódicos, exponiendo de este modo a sus miembros a la venganza de los revolucionarios. Naturalmente, contaba con que aquellos miembros que no estaban consagrados con toda sinceridad a los fines sociales, se apartarían de ella y

la organización se purificaría de este modo por completo. Terminaba la carta diciendo que esperarí­a la respuesta durante un mes, y que transcurrido el plazo dejarí­a de considerarme como miembro de la "Hermandad".

Pasó el mes sin que llegara respuesta alguna, y devolví las instrucciones secretas y demás material que tenía en mi poder, poniendo fin, de este modo, al incidente de la "Santa Hermandad".

Quiero contar ahora otro recuerdo de los primeros años de la octava decena del siglo pasado, a saber: los tumultos contra los judíos, que presencié en Kief y Odesa. Hay que confesar que entonces el Gobierno adoptó la actitud que debí­a contra los organizadores de la matanza. Es cierto que las autoridades no incitaron al populacho contra los judíos y que el movimiento fué espontáneo. El Gobierno no titubeó en reprimir los desórdenes de la muchedumbre con mano firme. El general Kotzebue, gobernador general de Odesa, tomó contra los amotinados las más enérgicas medidas, incluso mandando atacar a la bayoneta a los revoltosos. A causa de ello, recuerdo que el desorden no se extendió.

Volviendo a mis trabajos como director de los Ferrocarriles del Suroeste, debo decir que tuve la suerte de conseguir los servicios de un cierto número de sobresalientes ferroviarios que fueron mis auxiliares. Unos cuantos de ellos eran judíos y polacos, por la simple razón de que el Sureste

de Rusia es la tierra natal de grandes núcleos de poblaciones judías y polacas. Con la insensata política nacionalista que ha surgido en estos últimos años, un gran número de estos hombres competentísimos fueron separados del servicio.

Mis esfuerzos se vieron coronados por el éxito. La situación financiera de los ferrocarriles pronto mejoró, y en vez de sufrir pérdidas, la Sociedad estuvo en poco tiempo en condiciones de pagar buenos dividendos.

En Kief mi actividad se extendió esporádicamente a los trabajos literarios. Colaboré con mis artículos en algunos periódicos, como el *Moksovs-kiya Vedomosti* (Boletín de Moscou) y la *Russ* (Rusia) de Aksakof, y tomé parte en Kief en la fundación de un diario, en el cual sostuve una polémica acerca de ferrocarriles y cuestiones financieras en general. Defendí la construcción y explotación de las vías férreas por Compañías particulares, en contra de la explotación e intervención del Gobierno. Como resultado de estas discusiones, decidí elaborar una teoría de tarifas ferroviarias, y así lo hice, en un libro titulado "Principios de tarifas ferroviarias", que escribí en Mariembad, cuando fui a tomar aquellas aguas. He revisado las sucesivas ediciones de esta obra, y veo que todavía es empleada como manual para los peritos en tarifas de ferrocarriles.

Recuerdo la visita del emperador Alejandro a Kief, poco después de subir al trono. Fué acom-

pañado de su familia más inmediata y de sus dos hermanos, los Grandes Duques Vladimiro y Alejo. Por mi cargo oficial, iba en el tren imperial durante su viaje. Antes de partir el tren, los viajeros imperiales se reunieron en la sala de espera. El heredero presunto y el Zarevitz Jorge, entonces simples muchachos, eran muy traviosos y se escabullían por entre las piernas de los numerosos personajes, engalanados con brillantes uniformes, que habían ido a despedir al Emperador. Viendo esto, el Gran Duque Vladimiro agarró a uno de los chicos por la oreja y le dió un coscorrón, diciéndole: “¡A ver si estamos quietos!” ¡Treinta años más tarde, aquel chico era el autócrata de todas las Rusias! Durante el viaje, los dos muchachos fueron origen de constantes zozobras para su ayo. Tan pronto como el tren llegaba a un punto de parada, se apeaban y corrían a ver la máquina. Yo estaba temiendo constantemente que les dejáramos en alguna estación.

Por mi cargo de director de los Ferrocarriles del Suroeste, acompañé al Emperador, en sus viajes al Sur, en otras dos ocasiones: cuando visitó las tropas en maniobras cerca de una estación situada entre Brest y Bielostok, y también durante el verano de 1888, cuando su viaje a Yalta.

Por regla general el gráfico de marcha de los trenes imperiales lo hacían en el ministerio de Comunicaciones, sin consultar a los directores de los ferrocarriles locales. Según el gráfico que re-

cibi a su debido tiempo, el tren imperial tenía que recorrer la distancia entre las estaciones de Rowno y Fastovo, con una velocidad que sólo podía ser empleada en un tren ligero de pasajeros; y, en realidad, según fui informado por telégrafo, unas horas antes de la llegada del tren, éste se componía de un gran número de coches, grandes y pesados. Para que un tren como aquél pudiera marchar a la velocidad exigida por el gráfico, eran precisas dos máquinas de mercancías. Sabía perfectamente que un tren tan pesado, marchando a tal velocidad corría el peligro de hacerse añicos en cualquier sitio de la vía que no estuviese en condiciones muy perfectas. No obstante, no me quedaba más remedio que hacer lo que se me mandaba. Tomé el tren en Rowno y lo llevé hasta Fastovo. Pasé toda la noche en el coche del ministerio de Comunicaciones que iba en cola y no tenía comunicación con el resto del tren. Mientras todo el mundo dormía profundamente, yo estaba febril e inquieto con el temor constante de un posible desastre.

Con gran alivio por mi parte, llegamos a Fastovo sanos y salvos. A mi regreso a Kief, envié una comunicación al Ministerio, manifestando que con el fin de no provocar un escándalo, había seguido el gráfico del tren imperial; pero que consideraba aquella velocidad imposible y peligrosa en extremo. En apoyo de mi manifestación, citaba algunos datos técnicos y terminaba dicién-

do que rehuía toda responsabilidad en lo relativo a la seguridad del tren imperial, en su viaje al norte, si la velocidad no era regulada dentro de las normas apropiadas. La contestación fué que el gráfico sería cambiado según mis indicaciones.

Cuando me metí en el tren en el viaje de regreso, noté que todos me miraban con recelo. El conde Vorontzof-Dashkof, que había mantenido relaciones de amistad con mi familia, y me conocía desde la niñez, pretendió no haberme reconocido. Comprendí lo que todo aquello significaba, cuando el ayudante general Cherevin, ministro de Comunicaciones, se acercó diciéndome: "Su Majestad me ha ordenado que manifieste a usted su disgusto en lo que se refiere al servicio de los Ferrocarriles del Suroeste."

Me disponía a explicar lo sucedido, cuando el Emperador se acercó a nosotros y me dijo: "¿Qué iba usted a decir? Yo he viajado por otras vías férreas con igual velocidad y no ha pasado nada. No se puede llevar esta velocidad en vuestros trenes, simplemente, porque se trata de un ferrocarril judío." (El Emperador aludía al hecho de que el gerente de la Sociedad a que pertenecía el ferrocarril era judío.) Su Majestad volvió la espalda y nosotros proseguimos nuestra desagradable conversación. El principal argumento del ministro, era que el Emperador había viajado por otras líneas con aquella velocidad y nadie se había opuesto a ello. Por fin, sin poderme contener

por más tiempo, exclamé bruscamente: "Su excelencia puede permitir que los demás hagan lo que gusten; pero yo no quiero poner en peligro la vida de Su Majestad. Y usted acabará por desnucarse el mejor día." El Emperador oyó, sin duda, mis palabras y debió disgustarle mi impertinencia, pero no dijo nada. Anticipándome al curso de los acontecimientos, debo añadir, que Alejandro III fué el único hombre ante cuya presencia expuse mis pensamientos con entera libertad y con aquella aspereza que tan arraigada está en mi temperamento. Es digno de observar que mientras mi natural rudeza y libertad de expresión, se ha interpuesto siempre entre el Emperador Nicolás II y yo, estos rasgos de mi carácter no provocaron jamás el disgusto de Alejandro III durante los años que le serví como ministro. En este aspecto como en muchos otros, el Zar reinante es todo lo contrario de su augusto padre.

Transcurrieron dos meses. Durante la noche del 16 de octubre recibí un telegrama informándome de que el tren imperial se hallaba camino de Fastovo, de donde el Emperador seguiría a Kief. Inmediatamente dispuse un tren especial y me preparé a marchar a Fastovo; pero antes de salir de Kief recibí un segundo telegrama participándome que el itinerario había sido cambiado de repente. Unas cuantas horas después, un tercer telegrama me ordenaba marchar en seguida a Karlof para actuar como perito en la investiga-

ción de las causas de un accidente que acababa de ocurrir al tren imperial. Marché al instante a Karlof, y desde allí al lugar de la catástrofe, que se hallaba junto a la villa de Borki, provincia de Karlof.

De la investigación que practiqué saqué el convencimiento de que el accidente de Borki era exactamente igual al que yo temía cuando acompañaba al Emperador en su viaje de Rowno a Fastovo. He ahí lo que creo que ocurrió: El tren marchaba arrastrado por dos máquinas de mercancías a una velocidad a la que yo, previamente, había puesto reparos. Las máquinas de trenes de mercancías no son construídas para grandes velocidades. Cuando una máquina de esta clase marcha a una velocidad excesiva, oscila y puede empujar fuera de su asiento a un carril que no esté muy fuerte, haciendo descarrilar al tren. Y esto es exactamente lo que ocurrió. El tren saltó por encima del carril y rodó por el terraplén. Veintidós personas perdieron la vida y hubo treinta y siete heridos. En el momento de la catástrofe, el Emperador con su familia estaba en el coche comedor. El coche quedó completamente destrozado y todo el techo cayó encima del Emperador, pero debido a su gran fuerza le pudo sostener con la espalda, salvando a los que estaban con él de todo daño. En aquel momento de grave peligro, no perdió su habitual presencia de ánimo ni su bondad.

En mis conclusiones, no vacilé en echar la culpa

al ministro de Comunicaciones que era responsable del gráfico de marcha del tren imperial; y también al inspector de dichos trenes, barón Sherval. Como resultado de todo ello, los dos, el Ministro y el Inspector, fueron obligados, poco después, a presentar la dimisión de sus respectivos cargos. Es digno de mencionarse que el Emperador se separó de ellos sin resentimiento alguno. Viéronse obligados a dimitir, porque la opinión pública estaba exasperada con la catástrofe de Borki. El Emperador también destituyó al Jefe de la Dirección de Ferrocarriles a quien consideraba principal responsable del accidente y contra el cual sentía una particular antipatía.

Poco tiempo después de haberse efectuado estos cambios, el ministro de Hacienda Vyshnegradski, me ofreció el cargo, recién creado, de director del Departamento de Asuntos de Ferrocarriles. El ofrecimiento me sorprendió por completo. Aquella Dirección había sido creada como una división del ministerio de Hacienda en cumplimiento de los estatutos que yo había redactado, siendo miembro de la Comisión Baranof. Dentro de su esfera de acción estaba la parte económica de todo el sistema de ferrocarriles del país, incluso las tarifas, asunto de la mayor importancia.

Contesté al ministro, que no deseaba cambiar mi posición independiente y lucrativa en una sociedad particular, por el cargo de director de un Departamento del Gobierno. Replicó a esto Vysh-

negradski que era deseo personal del Emperador llevarme a dicho puesto y que Su Majestad me destinaba a más elevadas posiciones. Parece que Alejandro no había olvidado el incidente, que resultó en mi favor, en que fui increpado por el general Cherevin. En su carta, Vyshnegradski me citaba los términos en que el Emperador se refirió a mí, al insistir en mi nombramiento para el cargo en cuestión: "Es aquel rudo mozo—dijo Su Majestad—que casi delante de mí replicó al ministro de Comunicaciones, que acabaría por desnucarse; todo ha sucedido como él lo predijo. Me propongo emplear bien a ese hombre".

Me apresuré a informar al ministro que no podía de ningún modo sustraerme a los deseos de Su Majestad. Le pedía, sin embargo, que manifestara al Emperador que yo no tenía más ingresos que mi sueldo, que en aquel momento ascendía a más de 50.000 rublos al año y que no podía vivir desahogadamente con los 8.000 que gana un director de Departamento. El Emperador decidió darme, para añadir a la última cantidad, otros 8.000 rublos de su propio bolsillo, y yo acepté el nombramiento. De este modo el año 1888, marca el principio de mi carrera como alto empleado del Gobierno.

Mis servicios exigían mi presencia en San Petersburgo y, en consecuencia, volvimos a establecernos en la capital. El cambio no fué muy del agrado de mi esposa, porque no podíamos vivir en

el plan de lujo que vivíamos en Kief, y además, porque el clima del Norte no nos convenía a ninguno de los dos. A mi llegada a San Petersburgo fui recibido por el Emperador, junto con otros visitantes. La audiencia tuvo lugar en la residencia de Su Majestad, en Gatchina. El Emperador me dijo que tenía mucho gusto en verme y que se alegraba de que hubiese aceptado el cargo de director del recién creado Departamento. Su Majestad sostuvo una larga conversación con uno de los presentes, un hombre delgado que llevaba el uniforme de coronel. El tema de su conversación, según supe después, era la discusión de las ventajas de varios regímenes para adelgazar. Parece que el Emperador estaba gravemente preocupado por su creciente obesidad; y como había conocido al coronel cuando estaba gordo, le detuvo, acosándole a preguntas, para saber lo que había hecho para adelgazar.

El Departamento de Asuntos de Ferrocarriles tenía una Sección de Hacienda y otra de Tarifas. Además, había, en relación con el Departamento, un Comité de Tarifas que examinaba todas las que se proponían y un Consejo de Asuntos de Tarifas, bajo la presidencia del ministro de Hacienda, que se ocupaba de las cuestiones de tarifas que requerían sanción legislativa. Mi principal actuación como director del Departamento, fué poner orden en el caos que dominaba en el campo de la regulación de tarifas. Los estatutos fijaban las tarifas máxi-

mas. Exceptuando esta restricción (y la mayor parte de los ferrocarriles rusos estaban en aquella época en manos de la propiedad particular) las compañías hacían lo que querían. Para hacerse competente, las compañías recurrían a grandes reducciones de precio en las tarifas de mercancías y como el Tesoro les garantizaba el interés de una parte del capital invertido, el resultado era de pérdida para el Estado, o, lo que es lo mismo, para el contribuyente. Como las compañías no estaban obligadas a publicar sus tarifas, fijaban tarifas secretas y toleraban otras combinaciones que aumentaban la confusión. Yo puse fin a esta deplorable situación, introduciendo la inspección del Gobierno en las tarifas. Al principio, mis esfuerzos en este sentido me valieron la animosidad de las compañías, que consideraban mi proyecto de regular las tarifas como una usurpación de derechos; pero como pronto se dieron cuenta de que el orden que había introducido, las beneficiaba, desapareció el resentimiento que me tenían. Las tarifas reguladoras que establecí lograron eliminar el déficit de las vías férreas que ascendía a 48 millones de rublos. Esta regulación está todavía en vigor.

Al principio de 1890, fui nombrado ministro de Comunicaciones, hecho que produjo asombro en las esferas oficiales de la capital. Debo decir unas cuantas palabras acerca de mis antecesores en el cargo: Posyet, ministro durante la catástrofe de

Borki, había sido nombrado por la sencilla razón de ser el profesor naval del Gran Duque Alejo. Era un hombre honrado, pero muy torpe. Su ignorancia en materia de ferrocarriles era prodigiosa. Tenía una manía especial. La inspección de vías férreas se reducía para él, a revistar los tocadores-retretes. Si los encontraba en condiciones antihigiénicas se ponía furioso; pero si estaban limpios, se sentía satisfecho y no se ocupaba de lo demás. Mis inmediatos antecesores fueron: Pauker y Gübbenet. Este último era burócrata y no sabía una palabra de ferrocarriles. En su tiempo el tráfico ferroviario estuvo desmoralizado por completo. El coronel Wendrich fué nombrado para luchar contra el amontonamiento de mercancías; pero toda su actividad sólo logró que la confusión fuese mayor.

Por regla general, no suelo hacer grandes cambios en el personal cuando tomo posesión de un nuevo cargo. Pero entonces, insistí en la separación del coronel Wendrich. Durante la revolución de 1905, volvió a figurar de nuevo con la protección del Gran Duque Nicolás Nicolaiewich. Durante un año entero tronó en vías férreas, relevando empleados y desarrollando desdichados planes para hacer desaparecer el descontento existente entre los ferroviarios. Me aseguré el servicio de dos directores de vías férreas de gran experiencia y de varios ferroviarios locales. Aunque el conocimiento que yo tenía de las carreteras, cana-

les y ríos navegables del país era casi superficial, sabía, no obstante, que la negligencia y la corrupción dominaban en el Departamento que dirigía aquel sector de la obra ministerial. Inicié una campaña contra aquellas prácticas viciosas, pero como mi paso por el ministerio fué breve, mis esfuerzos no dieron fruto. El recuerdo de la catástrofe de Borki estaba todavía fresco en mi memoria, y al efecto dicté una serie de nuevos reglamentos regulando el movimiento de trenes imperiales, para acabar de preservarles de todo contratiempo. A pesar de que aquellas reglas limitaban en cierto modo las comodidades del séquito del Emperador, fueron aprobados sin dificultad por el Monarca, y aún están en vigor.

Aunque durante aquellos años estaba sujeto en la capital por mi cargo burocrático, no llevaba una vida demasiado sedentaria. A fines de 1890, acompañé al ministro Vyshnegradski en su viaje al Turkestán. Inspeccionamos el ferrocarril Transcaspiano y visitamos Samarkand. Aquella parte de Asia me impresionó por la inmensidad de sus recursos naturales, los cuales, por entonces, estaban todavía sin desarrollar en modo alguno. Después, la industria del algodón se ha explotado en aquellas regiones, pero los recursos minerales siguen durmiendo todavía en el subsuelo del Turkestán.

Visitamos, también, los dominios imperiales de Murgab (Transcaspio). Precisamente entonces el Gobierno estaba intentando convertir aquellos vas-

tos estados en una especie de estación agrícola experimental para el cultivo del algodón y otras valiosas plantas industriales. Para fertilizar el suelo, era necesario regarle con agua del río Amu-Darya. Esto ocasionaba grandes perjuicios a la gente de esta región, en donde el agua es excesivamente escasa y se considera como el más preciado de los dones. Por esta causa, la población de la comarca era hostil a la empresa. La gente estaba disgustada por lo que ellos consideraban como un capricho del Zar de Rusia de quitarles una parte de su agua, después de haberse apropiado vastas extensiones de sus tierras. Por supuesto, ni Alejandro II, que fué el que inició la idea de la estación experimental del Murgab, ni Alejandro III, estaban enterados de este aspecto del asunto. Nosotros telegrafiamos al ministro de la Corte, diciéndole que el regar las estepas de Murgab podría quizá ser conveniente para el cultivo del algodón; pero que la población, lo mismo que el gobernador de la región, se mostraban hostiles al proyecto, porque regando los dominios de Murgab se reduciría considerablemente el caudal de agua, perjudicando la agricultura de que vivía la población. Dudo que el telegrama fuese enseñado al Zar.

En nuestro viaje al Turkeistán, visitamos el Cáucaso y estuve dos días con mi esposa en la célebre estación sanitaria de Kislovodsk, en donde se hallaba haciendo una cura. Cuando la dejé,

mostrábase muy animada y con gran optimismo respecto de su salud. Resolvimos regresar a San Petersburgo, casi al mismo tiempo; pero mi esposa en vez de regresar directamente al norte, después de haber terminado su tratamiento, fué a visitar a su hermano en sus propiedades de la provincia de Chernigof, diciendo que se encontraba muy bien allí. Mientras tanto, yo regresé a San Petersburgo y poco después de mi llegada recibí un telegrama informándome de que mi esposa había muerto en Kief de un ataque al corazón. Apresturáme a marchar a esa ciudad para asistir a su entierro.

Al año de la muerte de mi esposa, conocí a madame Lisanevich que poco después se divorció de su esposo y se casó conmigo. Como sabía que el Emperador no consideraba propio de un miembro del Gobierno el casarse con una mujer divorciada, intenté dimitir mi cargo ministerial, poco antes de mi matrimonio; pero Su Majestad, que había sido enterado de todas las circunstancias del caso, me aseguró que a su juicio yo obraba correctamente, y que mi conducta no hacía más que aumentar la consideración que tenía para mí. Sin embargo, durante muchos años, en los círculos aristocráticos no se resignaron a admitir mi casamiento, y hasta 1905, mi esposa no fué recibida en la Corte y en general en la alta sociedad.

Como ministro de Comunicaciones, realicé un largo viaje a lo largo del Volga, en la primavera

de 1892, cuando una epidemia de cólera estalló en aquella región. Empecé el viaje por indicación del Emperador con el propósito de ver qué medidas podían tomarse para combatir la plaga en las provincias atacadas. Fuí de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, inspeccionando hospitales y dispensarios, poniéndome en íntimo contacto con los enfermos. Lo que más me impresionó fué la escasez de médicos. Casi toda la carga pesaba sobre estudiantes de Medicina de los últimos cursos, y debo decir, en honor de los estudiantes rusos, que entregaron sin regateo sus energías y sus vidas, en la heroica tarea. Envié al Emperador frecuentes dictámenes desde el propio terreno. Cuando regresé a San Petersburgo, Su Majestad me dijo que había tenido un verdadero gusto en conocer el sacrificio de los estudiantes, que habían dado pruebas de ser el elemento de más nobles sentimientos de las clases intelectuales. Este incidente tuvo como consecuencia destruir por completo la hostilidad del Emperador contra la clase estudiantil, a la que miraba, al comienzo de su reinado, como un foco de sedición y revolución.

Mi cargo de ministro de Comunicaciones duró unos seis meses. En agosto fuí nombrado ministro de Hacienda. Al llegar a este punto de mi relato, deseo presentar un breve bosquejo de los rasgos personales del emperador Alejandro III y una perspectiva de carácter general del reinado del gran Monarca.



## II

### **Semblanza de Alejandro III.**

**L**o desgraciadamente breve del reinado de Alejandro III (trece años nada más) no fué obstáculo para el completo desarrollo de su noble y prominente personalidad, a la cual todo el mundo rindió homenaje el día de su muerte. Sin embargo, sus contemporáneos rusos y la siguiente generación no le tuvieron en gran estima, y muchos consideran su reinado con un menosprecio injustificable por completo, especialmente en vista de las desdichadas circunstancias de su juventud y las deplorables con que subió al trono.

Empezaremos diciendo que su educación e instrucción fueron grandemente descuidadas durante el período de la vida de Alejandro, en que su hermano mayor Jorge era el presunto heredero. Hay que añadir, además, que el medio ambiente familiar le era desfavorable. Los sensibles sentimientos morales del futuro Emperador fueron gravemente heridos por el nuevo casamiento de su padre a los sesenta años, con hijos mayores y hasta con nietos. Entonces su inflexible honradez

sintióse ultrajada por el predominio en las altas esferas gubernamentales, de un tráfico de privilegios y concesiones a Sociedades mercantiles, y sobre todo, por estar metida en este negocio la princesa Yuryewski, esposa morgánica de Alejandro II.

Consideremos, además, la desfavorable situación nacional. Habiendo vuelto la espalda a las reformas durante la última etapa de su reinado, el Gran Libertador (Alejandro II) empujó a los liberales al campo revolucionario; así es que cuando su presunto heredero empezó a tomar interés en la política, encontróse con la existencia de un partido radical extremo y, por lo tanto, fuertemente impresionado por la necesidad de medidas severas para impedir los movimientos subversivos. El príncipe era alentado en su actitud por su preceptor Pobiedonostzef.

Además, la guerra con los turcos había debilitado al país, retrasando su desarrollo a pesar de sus aparentes éxitos militares. Después de conquistas conseguidas más por la fuerza del número que por la superioridad estratégica y táctica, concluimos un tratado verdaderamente ventajoso, sólo para que el Congreso de Berlín nos robara el fruto de nuestra victoria. Amenazada por Austria con una guerra ruinosa, Rusia vióse obligada a acceder a la anulación del favorable acuerdo de San Esteban, con Turquía; acto humillante, que dejó una penosa y duradera impresión en el fu-

turo Alejandro III, que había tomado parte en la guerra, mandando un Cuerpo de ejército independiente.

Esta guerra retrasó veinte años nuestro desarrollo económico, frustrando la labor del ministro de Hacienda, Reiter, que había intentado implantar el patrón oro en Rusia para poner a la par el rublo de plata que estaba a un bajo nivel desde la guerra de Sebastopol. Hasta que ocupó el puesto de ministro de Hacienda (unos veinte años más tarde) no pudo ser colocado sobre firmes bases el valor corriente de la moneda imperial.

Finalmente, no debe olvidarse que los últimos años del reinado de Alejandro II fueron unidos a una larga cadena de actos terroríficos que culminaron con la muerte del Emperador, el 1 de marzo de 1881, víctima de una bomba. El emperador Alejandro III ocupó el trono que estaba manchado, por decirlo así, con la sangre de su padre, y aquel horrible suceso produjo una terrible impresión en su ánimo.

Alejandro III fué, indudablemente, un hombre de limitada educación. Sin embargo, no puedo estar conforme con aquellos que le califican entre los faltos de inteligencia. Aunque falto quizá de agudeza intelectual, estaba dotado, indudablemente, de una amplia y simpática comprensión, que en un gobernante es a menudo mucho más importante que una gran brillantez de raciocinio.

Ni en la familia imperial ni entre la nobleza

había quien fuese capaz de apreciar mejor que el emperador Alejandro III el valor de un rublo o de un copec. Fué un tesorero ideal para el pueblo ruso y su temperamento económico fué de incalculable valor en la solución de los problemas financieros de Rusia. Si no hubiese impedido tenazmente las incesantes invasiones en el tesoro ruso, y reprimido los impulsos, nunca dormidos, de derrochar los fondos públicos acumulados con el sudor y la sangre del pueblo, ni Vyshnegradski ni yo mismo hubiésemos logrado jamás reponer a la nación en una base económica.

La prudencia de Alejandro III en los gastos oficiales, corría parejas con la economía en los particulares. Enemigo del lujo y despilfarro, llevaba una vida sumamente sencilla. Cuando se sentaba cansado a la mesa, se hubiese contentado con el rancho del soldado o la comida de un cazador. Esta economía era, a veces, llevada demasiado lejos. La mesa imperial era siempre relativamente pobre y los alimentos servidos en la mesa del jefe de Palacio resultaban a veces perniciosos para la salud. Alejandro III era también extremadamente económico en su ropa. Tuve una prueba curiosa de ello al acompañar al Emperador en uno de sus viajes en tren. Como desde el punto de vista de mi responsabilidad consideraba imposible dormir de noche, sorprendí varias veces al ayuda de cámara de Su Majestad remendándole los pantalones. En una ocasión, le pregunté por

qué no sacaba unos nuevos, en vez de remendar los viejos tan a menudo. “Qué más quisiera yo que poder hacerlo—me contestó—; pero Su Majestad no me deja. Quiere usar su ropa hasta que está gastada. Y lo mismo le pasa con el calzado. No sólo lo usa todo lo que puede, sino que se niega a usarlo caro. Si le presentara unas botas de lujo las echaría por la ventana.”

La aversión del Emperador al lujo extendiase a las habitaciones suntuosas. Por esta razón jamás habitaba el Palacio de Invierno, ocupando siempre el modesto alojamiento Anichkof o Gatchina. Allí escogía habitaciones pequeñas y vivía frugalmente. Toleraba el lujo de la Corte como una formalidad inevitable; pero anhelando siempre el modo de existencia llevado por él en su vida privada.

Toda la familia imperial respetaba y temía a Alejandro III, que ejercía la influencia de un verdadero patriarca. Creía que la real familia debía servir de ejemplo a la nación en su vida privada y social. En su tiempo, la conducta licenciosa llevada por los Grandes Duques en el extranjero (tan común ahora) era una cosa rara. Los miembros de la familia imperial que se extralimitaban, estaban seguros de incurrir en el profundo desagrado del Emperador. El contraer segundas nupcias era severamente considerado, hasta para las personas que tuvieran alguna relación con el Gobierno.

Alejandro III llevaba una vida impecable, y su familia era un notable ejemplo del tipo ruso, temeroso de Dios y ajustado a las antiguas costumbres. Era muy severo con sus hijos, y aunque no les inspirase miedo, mostrábanse intranquilos y cohibidos en su presencia, sin más excepción que la de Miguel, su favorito, que no tan sólo no se mostraba cohibido, sino que se permitía ciertas libertades, como lo demuestra la siguiente anécdota, que relató su ayuda de cámara. Cansado de las impertinencias y desatenciones del muchacho, durante un paseo por los jardines en una mañana de verano, Alejandro III cogió una manga de riego y le propinó una buena ducha. Sin más, fuéronse a desayunar, después de cambiarse el muchacho la ropa mojada. En cuanto terminaron, el Emperador se retiró a trabajar en su despacho, y como solía hacer alguna que otra vez, asomóse a la ventana, encontrándose con un inusitado diluvio que caía de la ventana de arriba, en donde Misha (1), provisto de un cubo lleno de agua, se había colocado con anticipación a la aparición de su padre. No cabe duda, de que sólo Miguel se habría atrevido a gastar tal broma, y no hay duda tampoco de que nadie la hubiese podido llevar a cabo impunemente.

Como gobernante, Alejandro III contribuyó de un modo importante a la riqueza y prosperidad

---

(1) Diminutivo de Miguel.

de sus súbditos y al prestigio internacional del Imperio. En primer lugar, reorganizó virtualmente el Ejército, que había caído en un estado de completa desorganización a causa de la guerra con Turquía. Durante el tiempo que fuí director de Ferrocarriles y más tarde ministro de aquel departamento en el reinado de Alejandro III, la construcción de vías férreas que había cesado prácticamente hacía algunos años, fué reanudada con excelente resultado, aprobándose proyectos para su futuro desarrollo. Alejandro III hizo posible también la rehabilitación financiera de Rusia, en la que tuve el honor de tomar parte como ministro de Hacienda. Su saludable influencia en esta materia extendióse más allá de su reinado. En efecto, fué sólo debido a esto que pude conservar mi puesto ocho años después de su muerte y completar de este modo la obra, puesto que Nicolás II era incapaz de apreciar mis esfuerzos y simplemente se fiaba de la confianza que tuvo en mí su difunto padre.

Ahora voy a tocar un asunto que suministra una notable refutación para los que quieran hacernos creer que Alejandro III era incompetente o torpe. Me refiero a la inauguración del sistema de tarifas protectoras, con el objeto de alentar y promover en Rusia las industrias manufactureras. Gracias a su perspicacia tenía un conocimiento completamente claro de una situación fundamental, que resultaba oscura para muchos que

poseían la educación técnica y esencial de que él carecía. Comprendía que Rusia debe crear productos industriales y agrícolas si quiere disfrutar de una extensa y duradera prosperidad. Convenido de que la protección era esencial para la iniciación y desarrollo de las industrias, no descansó hasta que se establecieron adecuadas tarifas. Esto exigía no poca decisión y esperanza en el éxito, porque el proyecto encontró una tremenda oposición por parte de los gobernantes y de las clases cultas del país. Sólo un monarca de la rara prudencia y de la firmeza de Alejandro III podía triunfar en tal empresa. La decisión del Emperador fué un gran bien para el Imperio, como lo atestigua el rápido crecimiento de su industria, y no está lejano el día en que Rusia figure entre los primeros pueblos del mundo en cuestión de manufacturas.

De las medidas tomadas durante el reinado de Alejandro III, hay dos que son invariablemente consideradas en sentido desfavorable. Una de ellas es el Código Universitario de 1884 que sustituyó al del 60 al 70 derogado a instancias del conde Tolstoy y un grupo de ultraconservadores. Yo mismo considero que su aprobación fué un gran error, y es significativo que K. P. Pobiedaostzef, antiguo profesor y en general más conservador que el conde Tolstoy, se manifestara vigorosamente contra el Código en el Consejo Imperial y en una conferencia pública. Sin embargo,

la medida no provocó disturbios, y la vida universitaria fué muy tranquila en tiempo de Alejandro III, con una sola excepción al principio de su reinado, cuando varios notables profesores, entre ellos el célebre Mechnikof, perdieron sus cátedras porque el ministro de Instrucción pública, conde Delyanof, creyó que eran demasiado liberales.

La segunda disposición por la cual Alejandro III es a menudo condenado, se refiere a la *Zemski Nachalnik*, o sea Jefatura de Policía Rural, que llevaba consigo una política de tutela paternal sobre los campesinos, fundada en la teoría de que son siempre, por decirlo así, menores de edad. Esta creencia me parece perfectamente errónea; ha producido ya perturbaciones y está repleta de desastrosas consecuencias para lo futuro. La medida fué una verdadera equivocación; pero yo puedo afirmar que al Emperador le animaba la mejor de las intenciones. Su actitud cerca de los campesinos era de una profunda simpatía. Compartía sus penas y alegrías, y protegía a los desamparados y débiles realizando el ideal del monarca cristiano.

Dándose cuenta, por fin, de que la profunda inquietud que dominaba durante los últimos años del reinado anterior había sido debida principalmente al carácter variable de su padre, el modo de ver las cosas de Alejandro III empezó a cambiar. Al convencerse de que Rusia estaba en rea-

lidad lejos de una revolución, se hizo más liberal en sus ideas y acciones. Tengo la firme convicción de que si Alejandro III hubiese disfrutado de una larga vida, habría inaugurado una era de liberalismo; pero Dios le llamó a su lado antes de que esto pudiese ser.

El principal mérito del reinado de Alejandro III está en el hecho de que durante los trece años que duró, el Imperio disfrutó de una ininterrumpida paz. La actitud del Emperador respecto a la guerra está definida en las siguientes observaciones, que me hizo con motivo de un informe de defensa de fronteras:

“Estoy contento — me dijo — de haber tomado parte en la última guerra y visto con mis propios ojos los inevitables horrores de una acción militar. Después de una experiencia de esta clase, no sólo un gobernante no deseará jamás la guerra, sino que empleará todos los medios honrosos para evitar a sus súbditos las desgracias y horrores de un conflicto de armas. Y si se ve obligado a la lucha, aceptará el reto, confiando que la maldición de Dios y culpa de la sanguinaria contienda caerán sobre la cabeza de los instigadores.”

Esto no eran palabras vanas. El emperador Alejandro III detestaba las frases hechas y las pomposas promesas de amistad internacional. Su honradez profundamente arraigada no consentía tales fingimientos. Por esta razón, hubo muy pocas visitas Reales a Rusia durante su reinado.

Europa estaba intrigada ante la dulzura de aquel gigante, y se maravillaba de continuo de que no llegara el momento en que rompiese a hablar con voz de trueno. Era en verdad hombre de pocas palabras; pero sus declaraciones pesaban. Todo el mundo le respetaba y confiaba en él. Pronto fué reconocido que no iba en busca de conquistas. Era demasiado modesto y amaba demasiado a sus súbditos para querer ilustrar las páginas de su reinado con brillantes victorias compradas con la sangre y felicidad de su pueblo. Alejandro III era lo bastante grande para seguir con éxito una política de provechosa paz con irreprochable honor. No sacrificó jamás ni un ápice ni una tilde de los derechos e intereses del Imperio. Por el contrario, habiendo encontrado a Rusia en una situación desfavorable, la levantó, con su prudencia y firmeza, a una posición envidiable de poder y prestigio entre las naciones, sin derramar una gota de sangre rusa.

Alejandro III es conocido en la Historia con el nombre del "Pacificador". Este epíteto no salió de la boca del pueblo. Apareció por primera vez en un decreto publicado por su hijo, después de su muerte. Al emperador Nicolás, sin embargo, no le agradaba esta calificación. "Es un nombre que no corresponde a mi padre—me dijo una vez.—El conde Worontzof-Dashkof me presentó el documento en que se le llamaba así y yo le firmé sin darme cuenta." Es evidente que la grandeza

de Alejandro III no está en haber sido pacificador, sino en que supo mantenerse firme como una roca y honrado en el más alto sentido de la palabra.

El programa nacional interior de Alejandro III fué tan noble e ilustrado como su política exterior. Su actitud hacia las razas no rusas del Imperio fué de una simpática amplitud de criterio. Sin abandonar, por supuesto, el punto de vista histórico de Rusia ni la tradición, su buen sentido natural hizo que se diese cuenta de que debía concederse a aquellos pueblos el privilegio de su modo normal de vida, puesto que su unión con el Imperio les había convertido en sus súbditos y tenían que ser tratados como tales. Como es natural, sentía más cariño por los rusos; pero estaba favorablemente dispuesto hacia todos sus súbditos. Su conducta con Polonia es un ejemplo de ello. Cuando visitó aquel territorio demostró una buena voluntad admirable, pero sin dar aliento alguno a las tendencias separatistas. Gurko y Drenteln, los gobernadores generales de Polonia durante el reinado de Alejandro III, demostraron igual espíritu. Gobernaron con firmeza, pero con justicia, evitando concienzudamente toda medida agresiva de odio e intolerancia. Los resultados justificaron por completo esta política, pues los polacos después de aquella época mostráronse leales y todavía reverencian la memoria de Alejandro III y sus gobernadores generales. Si aquel noble cora-

zón hubiese vivido en los presentes días, habría, con toda seguridad, mostrado su cólera contra las incesantes persecuciones de toda clase de súbditos rusos que no comparten el ciego y vocinglero patriotismo.

Desgraciadamente para Rusia, el reinado de Alejandro III fué relativamente corto. Su salud empezó a decaer a fines del decenio de 1880-90. Se puso pálido y anémico. El domingo de Pascua de Resurrección de 1894, ocurrió un incidente en el Palacio de Invierno que la gente supersticiosa consideró como un mal presagio. Era costumbre en la Corte que hubiese una gran recepción en la mañana de aquella festividad. Durante aquel acto apagáronse de repente todas las luces eléctricas y fué preciso seguir la ceremonia a la luz de las velas. Por aquellos días el Emperador se puso seriamente enfermo y la gravedad aumentó, sobre todo después de la catástrofe de Borki, a la cual ya hemos aludido. Mi última entrevista con el Emperador tuvo lugar durante el verano de 1894, cuando le di cuenta de mi viaje a Murman. En aquella ocasión su aspecto me impresionó dolorosamente, pues sentía verdadera veneración por él y le profesaba un profundo afecto.

La dolencia del Emperador agravóse, sin duda alguna, por su extremada antipatía a todo tratamiento médico, característica común a todos los miembros de la familia imperial. El famoso doctor Zakharin, de Moscou, que fué llamado a San

Petersburgo, diagnosticó que Su Majestad padecía una nefritis. Poco después el Emperador fué a Yalta, en donde le visitó el célebre especialista alemán Leiden. Los dos médicos me dijeron más tarde que aunque Alejandro III demostró un carácter animado y uniforme, era un enfermo muy difícil de manejar a causa de su falta absoluta de fe en la medicina.

Poco antes de que el Emperador marchase a Yalta, tuve precisión de ir a Vichy, en donde pasé unas cuantas semanas. A mi regreso comuniqué inmediatamente mi llegada a Su Majestad, como era costumbre, pidiéndole permiso para proseguir mi obra como ministro de Hacienda. Su consentimiento llegó rápidamente por telégrafo. Como poco después muriese el Emperador, solicité de la Corte el original del telegrama, porque deseaba conservar dicho recuerdo en el caso en que hubiese sido escrito de puño y letra de Su Majestad. Y como así era en efecto, aquel documento es conservado en mi archivo. A pesar de haber sido escrito sólo diez días antes de su muerte, la escritura es firme. Fué la última comunicación que recibí del Emperador.

Al acercarse su fin, Alejandro III manifestó verdadera ansiedad por ver casado al príncipe heredero, y le envió a celebrar su matrimonio con la princesa de Darmstadt. El Emperador esperó impaciente el regreso del príncipe, y he oído contar que fué extraordinariamente feliz cuando lle-

gó la pareja, aunque había negado su consentimiento al enlace en una ocasión anterior.

El 19 de octubre, a consecuencia de una alarmante noticia de Yalta relativa a la crítica situación de Su Majestad, fué ordenada una rogativa especial en la Catedral de Kazan. Miembros de todas las clases de la sociedad, incluso estudiantes, llenaron el templo de bote en bote y rogaron fervientemente por la vida del Zar. Al día siguiente el pueblo recibió la mala noticia de que el Emperador había dejado de existir. Murió con hermosa tranquilidad, preocupado sólo por el bienestar de las personas queridas que dejaba.

El cadáver del Emperador fué transportado de Yalta a San Petersburgo. En el camino fué expuesto durante un día en la Catedral de Unspensky de Moscou, cuyos habitantes congregáronse para rendir el último homenaje a su venerado Monarca. Cuando el cadáver llegó a la capital del Norte, hubo una solemne procesión desde la estación a la Catedral de San Pedro y San Pablo. Las ceremonias fueron en extremo solemnes, notándose, sin embargo, en todo momento, la noble sencillez que caracterizó el reinado de Alejandro III. Varias veces durante la noche estuve entre los que daban guardia al cadáver del Emperador en la Catedral, y vi cómo el pueblo llegaba en grandes masas a rendir los últimos honores a su amado Monarca.

Bajo la pesadumbre de aquellos días, la Empe-

ratriz se mostró admirable. Sólo hacia el final del panegírico en los funerales del Metropolitano perdió la serenidad, y apoderándose los nervios de ella exclamó: "¡Basta, basta!" Cuando la visité, poco tiempo después, me recibió muy bondadosamente, aunque casi siempre había estado fría conmigo a causa de mi casamiento, en 1892. Recuerdo que me dijo en aquella ocasión: "Creo que estará usted sumamente afligido por la muerte de Su Majestad, pues él le quería a usted de veras."

Durante su corto reinado, Alejandro III ganó la estimación y la gratitud de todo el mundo. Fué una constante influencia que mantuvo la paz de Europa. La anhelante mirada de todo el continente estuvo fija en Yalta mientras se acababa la vida del Emperador, y cuando hubo muerto, todo el mundo comprendió que una fuerte potencia para el bien se había marchado de la tierra. A su muerte, todos los partidos, hasta los más radicales, le tributaron alabanzas. Verdaderamente, Alejandro III fué un gran Emperador, y mereció en alto grado su elevada jerarquía, porque fué, sin duda alguna, la más noble personalidad del Imperio.

### III

## M i o b r a c o m o m i n i s t r o d e H a c i e n d a .

CUANDO me encargué de la administración de la Hacienda del país, aún no se había repuesto de la terrible hambre de 1891, en que las cosechas alcanzaron el más bajo nivel conocido en la segunda mitad del siglo XIX. El Tesoro se hallaba virtualmente exhausto. Al acercarse el 20 de septiembre (el 20 de cada mes es el día de pago en Rusia), el director del Tesoro me informó de que no había dinero con que pagar a los oficiales ni a la tropa. No quedaba más remedio que emitir varios millones de rublos en papel moneda. Cuando se hubo hecho, el anciano Bunge, ex ministro de Hacienda, vino a verme para decirme que me había metido en un camino que llevaría a Rusia a la ruina. Yo aseguré a mi visitante que se trataba de una medida temporal y excepcional, obligada por nuestra desesperada situación económica; pero el venerable hombre de Estado movió la cabeza escépticamente.

Antes de ocuparme con detalle de mi actividad

como ministro de Hacienda, quiero decir unas palabras acerca de mi antecesor Vyshnegradski. A principios de 1892 había sufrido un ataque apoplético. Aunque no estaba muy dispuesto a dejar el cargo, consintió en solicitar una licencia por enfermo, en la esperanza de que recobraría la salud. La dirección del ministerio pasó automáticamente a manos de su subsecretario Turner, hombre de limitada inteligencia, pero de muy elevados principios morales. La salud de Vyshnegradski no mejoró, y al empeorar presentó la dimisión y fué nombrado miembro del Consejo Imperial. Dos o tres años más tarde le repitió el ataque y esta vez tuvo fatales consecuencias. Poco después de la dimisión de Vyshnegradski, fuí nombrado su sucesor (30 de agosto-11 septiembre de 1892).

Vyshnegradski conocía perfectamente su misión. Era cauto y prudente; pero estaba desprovisto del golpe de vista tan necesario para realizar negocios en gran escala. El siguiente incidente es característico de los métodos que empleaba en algunas ocasiones.

Poco después de mi nombramiento de ministro de Hacienda, el emperador Alejandro III me entregó una Memoria de Tzion acusando a Vyshnegradski de haber recibido 500.000 francos de la casa de banca de los Rothschild, al terminar nuestro préstamo con Francia. A pesar de acompañar al documento facsímiles auténticos de los libros de Rothschild, declarando el pago de aquella suma

a Vyshnegradski, manifesté a Su Majestad mi resistencia a creer en la acusación. Declaré que no podía creer en la posibilidad de una acción de aquella clase por parte de un ministro de Hacienda ruso, desde que vivían, por decirlo así, en una casa de cristal, en que cada uno de sus movimientos está constantemente bajo la vigilancia de sus subordinados. Y como el Emperador compartía mi opinión en aquel asunto, no se tomó providencia alguna oficial, quedando el documento en mi poder.

Primero explicaré brevemente el motivo fundamental de la acusación. Tzion, que, dicho sea de paso, era de origen judío, había sido profesor de psicología a las órdenes del famoso Sechenof, antes de entrar en el ministerio de Hacienda en tiempos de Bunge, a principios de 1880. Durante aquellos años, nuestra principal fuente económica era Inglaterra y en una limitada proporción Holanda y Alemania. Como consecuencia de la política de aproximación franco-rusa, inaugurada con la subida al trono de Alejandro III, los financieros franceses asumieron un importante papel en este campo. El primer empréstito ruso de relativa importancia, que debía ser puesto en circulación en Francia, había sido negociado por conducto de Tzion, por un grupo de financieros dirigido por Goskie, que llevaba muchos años establecido, pero que era una casa de banca de segundo orden. Al descubrirse algún tiempo después que

Tzion había recibido de ese Sindicato francés una comisión importante — unos 200.000 francos—, Vyshnegradski le llamó y le obligó a dimitir. Como consecuencia de esto, Tzion alimentaba un gran rencor contra Vyshnegradski.

El segundo empréstito ruso suscrito en Francia fué manejado por Vyshnegradski, y a esta negociación se refería la Memoria que Tzion presentó al Emperador. Al poco tiempo de haberme hecho cargo del ministerio de Hacienda, conseguí descifrar el misterio de los 500.000 francos en cuestión. Los pormenores me fueron revelados por el banquero Rothstein, que junto con Laskin, director del Banco Internacional, habían actuado como agentes de Vyshnegradski en la negociación del empréstito. Parece que dicho ministro había insistido para que el grupo de Goskie fuese invitado a participar en el segundo empréstito, ya que había dado promesa verbal a Goskie de que serían llamados a tomar parte en los ulteriores empréstitos negociados en Francia. Rothschild negóse en absoluto a que Goskie tomase parte en la operación, fundándose en que no había hecho jamás ni deseaba hacer negocios con dichos banqueros. Vyshnegradski vióse obligado a conformarse; pero al terminar las negociaciones pidió una comisión de 500.000 francos. Rothstein a quien fué hecha la petición, sintióse profundamente mortificado de encontrar un ministro que se rebajaba a pedir una comisión. No obstante, él y Laskin te-

legrafiaron a Rothschild y obtuvieron su consentimiento para complacer a Vyshnegradski. Al día siguiente, le dijeron que Rothschild había colocado 500.000 francos a su nombre. Frotándose las manos de gusto, el ministro dijo irónicamente: "Pues ahora hagan el favor de coger los 500.000 francos y distribuirlos entre los miembros del grupo Goskie, en proporción a la parte que tomaron en el primer empréstito. Como saben, dí mi palabra a esos señores de que cuando llegase el caso tendrían participación en el empréstito, y cuando Rothschild y los de su grupo lo dispusieron de otro modo, pensé que era justo que pagaran 500.000 francos al Sindicato de Goskie por el placer de excluirle".

Asombrado ante el relato, pregunté a Rothsstein si podía suministrarme pruebas de la distribución del dinero entre los miembros del grupo Goskie. Como contestación, me entregó los recibos de cada uno de ellos. Los enseñé al Emperador, que se alegró mucho de tener una prueba tan concluyente de la integridad de su ministro. Su Majestad observó, sin embargo, que el modo de obrar de Vyshnegradski no era de los más propios.

Para terminar con mis recuerdos referentes a Vyshnegradski, voy a decir unas palabras acerca de su gran afición a toda clase de cálculos aritméticos y su memoria prodigiosa. En una ocasión leyó en mi presencia una página de una tabla de

logaritmos y la repitió de memoria sin el más pequeño error.

Volviendo a mi administración como ministro de Hacienda, empezaré por decir que conseguí el privilegio de tener a mis órdenes un cierto número de ayudantes de verdadero talento. El célebre sabio Mendeleyef sirvió en clase de director de la Junta de Pesas y Medidas. En reconocimiento de sus grandes méritos científicos, presté, no sólo a él, sino a la institución que dirigía, toda la ayuda posible. Con su experto auxilio logré un gran mejoramiento en la Junta. Tuve también un buen auxiliar en la persona de Malishewski, que a instancias mías fué nombrado director del Crédito, a pesar de ser un patriota polaco. El puesto de secretario del Departamento de Economía, fué confiado a Kokovtzeff a quien más tarde promoví al cargo de subsecretario. Bajo mi administración el ministerio aumentó grandemente su importancia. Además de las cuestiones financieras, propiamente dichas, llegó a comprender: el comercio, la industria y los ferrocarriles en todos sus aspectos, excepto los puramente técnicos. Este estado de cosas tenía sus evidentes desventajas, y así fué que en 1905, a instancias mías, se constituyó un ministerio aparte de Comercio e Industria, que comprendió un Departamento de ferrocarriles; pero sucedió que el ministro de Comercio dejó una amplitud tal a las tarifas ferroviarias, que me obligó a llevar de nuevo lo relativo a vías férreas al ministerio de Hacienda.

La construcción de vías férreas, caía de lleno, dentro de la esfera de acción de mi ministerio. En aquellos años la red de ferrocarriles rusos seguía un proceso de continuo y rápido desarrollo. Naturalmente los numerosos pretendientes de concesiones llenaban mi salón de visitas. Entre ellos había un gran número de miembros de la más elevada aristocracia. Entonces fué cuando me di cuenta de la materia de inferior clase de que aquella gente, provista de antiguos apellidos, estaba hecha. Aquellos hombres que en la Corte se presentaban con aires de príncipe, se arrastraban en mi despacho, con tal de conseguir alguna ventaja económica. Durante muchos años algunos de aquellos truhanes e hipócritas, habían ocupado las posiciones más elevadas en la Corte, y, aparentemente, al menos, habían llegado a intimar con la Familia Imperial.

Al hablar de la construcción de ferrocarriles debo recordar que en aquel tiempo el Gobierno seguía una persistente política de construcción y explotación de vías férreas por cuenta del Estado. Esta política llevaba consigo la redención de los ferrocarriles particulares y su reversión al Estado.

No hay exageración en decir que la vasta empresa de la construcción del gran ferrocarril Transiberiano fué llevada a cabo por mis propios esfuerzos, ayudado, por supuesto, primero por el emperador Alejandro III y después por el empe-

rador Nicolás II. La idea de unir la Rusia europea con Vladivostok por medio de un ferrocarril, fué uno de los más acariciados sueños de Alejandro III. Me habló de ello en una de mis conferencias con él, poco después de mi nombramiento de ministro de Comunicaciones. Como es sabido, el zarevitch Nicolás, actual Emperador, inauguró durante su primer viaje al Extremo Oriente, el 19 de mayo de 1891, la construcción del ferrocarril que debía unir Vladivostok con Khabarovsk. El Emperador quejábase de que a pesar de sus deseos, que ya llevaban diez años de fecha, su sueño no había podido materializarse a causa de la oposición del Comité de Ministros y del Consejo Imperial. Yo le prometí que emplearía todas mis energías en el cumplimiento de ello.

En mi cargo de ministro de Comunicaciones, y más tarde en el de ministro de Hacienda, durante el reinado de Alejandro III y en el de su sucesor, defendí con insistencia la idea de la necesidad de construir el gran Transiberiano. Como muchos de los ministros anteriores habían frustrado el plan, yo, recordando mi promesa al Emperador, procuré sacarlo adelante. En el ministerio de Hacienda me encontraba en una situación favorable en lo relativo a la ejecución del proyecto, porque lo más necesario para la construcción del ferrocarril era el dinero. Si hubiese seguido en el ministerio de Comunicaciones habría tenido enfrente la oposición del ministro de Hacienda.

## Memorias

Me consagré en cuerpo y alma a la tarea; pero, sin embargo, el emperador Alejandro III no vió realizado su sueño, y la inmensa vía férrea no fué terminada hasta el reinado de Nicolás II. Fui ayudado por la circunstancia de que el joven Emperador tomó un interés personal en el asunto. A instancias mías, en vida de su padre fué nombrado presidente del Comité del Transiberiano, que yo había constituido para promover la construcción del ferrocarril. Este Comité tenía poderes para eliminar toda clase de dilaciones innecesarias, y autoridad para resolver los asuntos administrativos y legislativos relativos a la construcción de la vía férrea. Para el joven presunto heredero esta misión constituía una escuela preparatoria para la gobernación del Estado. Trabajaba bajo la dirección de Bunge, vicepresidente del Comité, que era al propio tiempo su tutor. Fué ésta una feliz idea, pues el futuro Monarca tomó la dirección desde el principio, y trabajó con verdadero entusiasmo. Al ser nombrado Emperador conservó el título de presidente del Comité Transiberiano, y no perdió el interés que tenía en el asunto. Esto me facilitó el poder terminar la obra en unos cuantos años.

Poco después de ser nombrado ministro de Hacienda, el Emperador me dijo en una ocasión, que además de la construcción del Transiberiano deseaba encargarme de otro asunto que tenía hacía tiempo en proyecto, o sea de la reorganización del

comercio del vodca. Me confió, además, que le preocupaba en grado extremo el incremento de la bebida entre la gente del pueblo y que era preciso tomar medidas para refrenarla.

Este asunto ya había llamado la atención del Gobierno, a fines del reinado de Alejandro II, pero sólo se habían adoptado paliativos, porque se consideró que el sistema existente de comercio del vodca, el llamado sistema de impuesto sobre el consumo, era el mejor posible, y que no era prudente modificarlo en lo esencial. Yo sabía perfectamente que dentro de aquel sistema, la fabricación y venta de alcohol y vodca era poco menos que libre. El Estado se limitaba a intervenir para poder imponer un impuesto indirecto sobre el producto. Durante la última parte del reinado de Alejandro II dictáronse varias medidas, que aun cuando no acababan con el sistema de consumo, restringían, sin embargo, la libertad de venta de bebidas alcohólicas. Pero como el sistema de impuesto de consumos es incompatible por completo con restricciones esenciales en el comercio del vodca, aquellas medidas no dieron resultado alguno.

El emperador Alejandro III sintió verdadera ansiedad de ayudar al pueblo en esta cuestión. Después de largas discusiones llegó a convencerse de que los paliativos no servían para nada, y en su consecuencia resolvió llevar a cabo una medida vasta y absolutamente sin precedentes: el llamado monopolio del vodca. Su fundamento era que el

Estado tenía el monopolio de la venta de las bebidas alcohólicas, y que su fabricación debía quedar limitada a producir lo suficiente para cubrir las necesidades del Estado como único vendedor. No sé quién fué el autor del proyecto. Hay quien se lo atribuye a Katkof, el editor de un periódico de Moscou. Yo me inclino a creer que la idea tuvo origen en el mismo Emperador.

Alejandro III me dijo que había hablado de este proyecto con el ministro de Hacienda Bunge, pero que este hábil y experto financiero no había encontrado el plan factible ni conveniente. Así es que en tiempo de Bunge no se hizo nada para reorganizar el sistema de consumos. Sin embargo, la necesidad de tal reorganización adquirió raíces en su tiempo. Vyshnegradski, el sucesor de Bunge, a quien el Emperador habló de este asunto, no le contestó negativamente, pero, sin embargo, su respuesta no fué alentadora. Alejandro III me dijo que contaba con mi juventud, mi carácter y mi lealtad hacia su persona, para que acogiese su idea y la llevara a la completa realización. De modo que el proyecto del monopolio del vodca fué otra de las grandes tareas que el difunto soberano cargó sobre mis hombros; tarea que conseguí llevar a cabo en vida suya. Concentré todo el comercio del vodca en manos del Gobierno. La refinación del licor también se convirtió en monopolio del Estado. Sólo quedó en manos de la producción privada la fabricación de los licores sin puri-

ficar, pero sin que pudiesen producir más cantidad que la que el Gobierno les señalaba.

En 1903, cuando dejé el ministerio de Hacienda, el monopolio del vodca había sido establecido en casi toda Rusia, excepto en algunas lejanas provincias de la frontera. Sin embargo, la reforma no estaba completa del todo. La implantación del monopolio fué obstinadamente combatida por los perjudicados por tal reforma. El Gran Duque Vladimiro Alexandrowich aseguró, según recuerdo, que el día que se implantara el monopolio en San Petersburgo, estallarían en la ciudad sangrientos motines. El Gran Duque habló del asunto con Su Majestad que empezó a creer que la reforma no debía afectar a la capital, aunque ya estaba todo preparado para ello. No obstante, logré calmar la alarma del Emperador; el monopolio fué implantado y, por supuesto, la ciudad permaneció tranquila.

El monopolio del vodca, como había supuesto Alejandro III, fué una medida destinada esencialmente a reducir el consumo del alcohol. En 1899 emprendí un viaje por las provincias centrales, con el objeto de inspeccionar la implantación del monopolio del vodca. En mis conversaciones con los empleados recalqué que la reforma no tenía por objeto el aumento de los ingresos del Estado, sino reducir el consumo del alcohol, y que la actividad de los empleados sería juzgada, no por el mayor ingreso para el Estado a causa del mo-

nopolio, sino por el más beneficioso efecto de la medida en la moral y salud del pueblo.

Pero cuando estalló la guerra con el Japón y Kokovtzeff fué nombrado ministro de Hacienda, falseó por completo el efecto de la reforma. Bajo la presión de los inmensos gastos de la guerra, empezó a considerar el monopolio como fuente de ingresos del Estado. Todos sus propósitos iban encaminados a sacar de la venta del vodca el mayor provecho posible. El aumento de ingresos procedentes del monopolio se convirtió en la fuente principal de los impuestos oficiales. El propósito del Gobierno no fué reducir, sino aumentar el consumo del vodca. De acuerdo con ello no se tomaron medidas contra los borrachos. La escala de precios fué alterada. Los precios se hicieron lo bastante elevados para arruinar a los consumidores habituales, pero no para hacer imposible el consumo del vodca a las masas. El número de expendedurías fué doblado. Durante la guerra hubo alguna justificación para esta política, pero al terminar, el primer deber del ministro debió ser recordar el propósito del difunto Emperador, relativo a la reforma del comercio del vodca.

Hablando del monopolio del vodca, recordaré la opinión acerca de ello de un inspector de Hacienda francés, que me acompañó en mi viaje por las provincias centrales. La consideraba como una medida admirable y altamente beneficiosa desde el punto de vista del Estado. Era de opinión que

la medida podía ser implantada en Francia. Añadía, sin embargo, que sólo un monarca absoluto y de una firmeza de carácter inusitada, podría llevar a cabo tal reforma en dicho país. Aquel francés tenía razón. Ningún Parlamento dejará pasar tal medida, por ser en detrimento de los intereses de demasiado número de gente adinerada. Durante mi reciente y prolongada estancia en Francia, me enteré de la parte predominante que en las elecciones de Diputados desempeñaba la gente que en una u otra forma estaba interesada económicamente en la industria de licores.

Vyshengradski me dejó en herencia una ley regulando la responsabilidad de los dueños de fábricas y talleres por la muerte y lesiones de sus empleados. Cuando el asunto fué discutido ante el Consejo Imperial, Pobiedonostzef hizo un largo discurso en contra, haciendo ver que la ley era de tendencia socialista. Aseguró que en Rusia las relaciones entre patronos y obreros eran puramente patriarcales, que los que trabajaban en las fábricas eran por lo general campesinos que habían perdido su contacto con la tierra y que la medida en cuestión, tendería a crear un proletariado sin hogar. El otro miembro del Consejo que habló contra la ley, fué Polovzef, que había invertido su capital en empresas industriales, y temía que la disposición legislativa propuesta redujese sus utilidades. Como yo no había tomado parte en la redacción del proyecto de ley, declaré que aun

cuando no participaba de la opinión de Pobiedonostzef, estaba dispuesto a retirar el proyecto para revisarlo. Durante una inmediata entrevista que tuve con el Emperador (Nicolás) me aseguró que estaba decididamente a favor del proyecto de ley relativo a las fábricas. En dicha ocasión, me exhortó a que no me dejase engañar por Pobiedonostzef. Éste, me dijo, es un crítico excelente, pero incapaz de ninguna medida positiva. Por esta razón, añadió el Emperador, hace tiempo que he dejado de escuchar sus consejos.

Debo decir, que como regla general, Su Majestad se negó a ayudarme en mis esfuerzos para organizar un sistema de inspección de industrias, la cual había sido siempre mirada por el Gobierno con cierto recelo, por considerarlo como una institución liberal, inclinada a mantener los derechos de los obreros contra los de los patronos. Esta sospecha estaba alimentada por aquellos patronos, que por ser de noble origen, tenían acceso cerca de los que ocupaban el Poder. En general, todos los esfuerzos para mejorar la suerte de los obreros en Rusia por medios legislativos, encontraban la obstinada oposición de los reaccionarios. Como es natural, esta política aumentó los rozamientos existentes entre obreros y patronos, y dió ocasión al desarrollo de opiniones extremas de carácter socialista y revolucionario entre el proletariado.

Mi primera actuación financiera consistió en la

conversión de nuestros préstamos, transformándolos de préstamos de interés elevado en préstamos de interés reducido. Además de estas operaciones en gran escala, negocié varios préstamos destinados a cubrir los gastos de construcción de vías férreas y a aumentar nuestras existencias de oro, por haber introducido este patrón. Esta medida estableció de un modo definitivo el crédito de Rusia, y la puso, económicamente, en un pie de igualdad con los demás Estados europeos. Debido a esta reforma pudimos resistir la calamitosa guerra japonesa y los subsiguientes trastornos interiores. Sin ella, un colapso económico y financiero habría tenido lugar desde el principio de la guerra y todas las realizaciones económicas de las recientes décadas habrían sido aniquiladas.

Mis antecesores, Bunge y Vyshnegradski, habían empezado a preparar, con limitadas medidas, nuestra economía, para la introducción del patrón oro, pero quedó para mí la tarea de elaborar un detallado y definitivo plan de reforma monetaria. Tuve que luchar contra fuerzas superiores, y si conseguí llevar a efecto el plan, fué porque Su Majestad, el emperador Nicolás, tenía plena confianza en mí y me prestó un apoyo sin límites.

Al principio, casi toda la gente ilustrada de Rusia se opuso a la reforma. Muy pocos de nuestros economistas y financieros tenían conocimiento completo de la materia. El asunto no era enseñado en los establecimientos de alta enseñanza, y en

Rusia no había buenos libros que se ocupasen del problema monetario. Como habíamos vivido bajo el régimen del papel moneda desde la guerra de Crimea, la verdadera noción de la moneda metálica se había desvanecido de la prensa y de la mente de la gente ilustrada en general. Habíamos vivido acostumbrados al papel moneda, como un producto usado en una enfermedad crónica, aun sabiendo que destruye poco a poco el organismo.

Fuí vigorosamente atacado por aquellos que estaban interesados en la exportación de mercancías, especialmente los agricultores. Creían que el papel moneda les era ventajoso, porque con la depreciación de nuestra moneda, obtenían mayor ganancia de sus productos vendidos al extranjero. Como es natural, esta opinión era errónea, porque el exportador tenía que pagar más altos precios por todo lo que compraba. Y no siendo un economista, no conseguía comprender la correlación de los dos fenómenos.

De mis propios subordinados recibí muy escasa ayuda. La principal razón de haberme asociado al profesor Antonovich fué porque había escrito una disertación doctoral acerca de la moneda, en la cual abogaba firmemente por el patrón oro. Pero resultó que había apreciado en un valor excesivo el carácter de aquel hombre, toda vez que tomó muchísimo más interés en su carrera, que en la reforma monetaria. Al darse cuenta de la

oposición que la reforma encontraba, empezó a tergiversarla y acabó por mostrarse contrario a ella.

Como es natural, había gente que se daba cuenta de las ventajas del patrón metálico. Pero aun éstas se oponían a la reforma, temiendo mi enérgica y resuelta manera de obrar. Además, entre los defensores del patrón metálico, no había uniformidad de opinión acerca de si el oro, la plata o ambos a la vez tenían que ser la base monetaria. Entre los bimetalistas extranjeros estaban Alfonso Rothschild, jefe de la casa Rothschild de París y su amigo León Say, ministro de Hacienda con Thiers. Es digno de notar, que el Gobierno francés no dudó en llevar adelante una intriga contra mi plan de hacer que el oro fuera el patrón de la moneda rusa. Méline, Presidente del Consejo de Ministros de Francia, transmitió a Su Majestad, por conducto del Embajador francés en San Petersburgo, dos Memorias, una escrita por él mismo y otra redactada por el conocido economista Theyri. Los dos autores advertían al Emperador que la implantación del patrón oro sería la ruina de Rusia, y abogaban por el patrón bimetalico, similar al que existía en Francia. Consideré extraordinariamente impropia aquella ingerencia en nuestros asuntos económicos por parte de Méline. Ni el Emperador ni el Gobierno necesitaban sus consejos, y Su Majestad me hizo entrega de aquellas Memorias sin leerlas.

Los franceses fueron impulsados a intervenir en mis reformas por motivos puramente egoístas. Francia tenía una enorme cantidad de plata y estaba muy interesada en elevar el precio de dicho metal. Si Rusia hubiese basado sus sistema monetario al propio tiempo que en el oro, en la depreciada plata, el precio de esta última se habría elevado, y la riqueza de Francia aumentado en centenares de millones de francos. Afortunadamente, y a pesar de todos los obstáculos, Rusia no siguió el camino que le indicaba Méline y la gran reforma, gloria del presente reinado, fué llevada a cabo satisfactoriamente.

Presenté la ley para la implantación del patrón oro, ante el Consejo Imperial, en abril de 1896. La reforma encontró una fuerte oposición, y pronto vi claramente que el Consejo no la dejaría pasar. La retiré y cambié de táctica. Cuando consideré que el tiempo estaba en sazón para implantar la reforma, pedí a Su Majestad que convocara, en sesión extraordinaria, al Consejo de Hacienda, que estaba estudiando los pormenores de proyecto de ley bajo su presidencia y con asistencia de algunos miembros del Consejo Imperial, incluso su presidente el Gran Duque Miguel Nicolaievich. En esta sesión extraordinaria, que tuvo lugar el 2 (14) de enero de 1897, el Consejo aprobó la ley, debido principalmente a la confianza que Su Majestad tenía conmigo. El decreto, poniendo en vigor la reforma, fué promulgado al día si-

guiente. Puede decirse, en verdad, que Rusia debe el patrón oro a Nicolás II, únicamente.

Se ha preguntado con frecuencia, hablando de mi reforma monetaria, qué razón tuve para basarla en el depreciado rublo, y no adoptar una unidad más pequeña. Nominalmente, el rublo valía cuatro francos, pero el 3 (15) de enero de 1897, en que la reforma fué puesta en vigor, el tipo del cambio era 2,66 2-3 por rublo. Para evitar una perturbación en la vida económica del país adopté el último tipo de cambio. Como resultado de ello, la transición al nuevo patrón monetario pasó inadvertida para la población. Pensé, verdaderamente, en la adopción de una unidad monetaria más pequeña que el rublo. A dicha unidad la bauticé con el nombre de *rus* y llegué al extremo de mandar acuñar un solo *rus*. Pero acabé por desistir de la idea de cambiar el rublo por el *rus*, ante el temor del efecto que produjese la reforma en las ignorantes masas campesinas. La adopción de una unidad monetaria más pequeña habría disminuído, sin duda alguna, el coste de la vida, especialmente en las ciudades, pero el conjunto del país se habría aprovechado muy escasamente de la sustitución.

El primer año de mi actuación como ministro, fué señalado por un hecho que no dudo en reconocer como el mejor timbre de mi carrera política. Me refiero a la conclusión del tratado comercial con Alemania. Durante largo tiempo, los produc-

tos industriales alemanes disfrutaban de libre entrada en Rusia, y sin duda alguna eran importadas grandes cantidades de ellos. El sistema de tarifas protectoras no se implantó en Rusia hasta los últimos años del reinado de Alejandro II, fijándose derechos de aduanas convenientes para el hierro, el acero y otras manufacturas. Naturalmente, esta medida disgustó a los alemanes, y llegaron protestas de todas partes, entre otras una del gran Bismarck, que entonces era todavía Canciller. Encontrando a Girs en un balneario, poco después del establecimiento de las nuevas tarifas, le habló de dicho asunto, advirtiéndole que el nuevo sistema daría lugar a que Alemania se desquitase, subiendo las tarifas de los productos agrícolas y de los materiales en bruto. La observación del Canciller de Hierro era algo inexacta y equivocada, pues aunque fuese verdad que nuestro movimiento apresurase la elevación de su tarifa aduanera, los productos agrícolas había sufrido ya un aumento, mucho antes de nuestra acción. El iniciador y director del movimiento proteccionista en Alemania, fué Federico List, el célebre economista, sobre el cual, dicho sea de paso, escribí un folleto cuando era director del ferrocarril del Sudeste.

La principal razón de la continua falta de un tratado comercial entre los dos imperios, hay que buscarla en las íntimas relaciones dinásticas existentes entre ambos. Es bien sabido que se derramaron ríos de sangre rusa en las luchas relacio-

nadas con el engrandecimiento del reino de Prusia, que culminó al fundarse el Imperio alemán. Cuando el emperador Alejandro III subió al trono de Rusia, dirigió la nave del Estado hacia Francia, y nuestras relaciones con Alemania sufrieron un verdadero cambio. Al cambio político siguieron, rápidamente, alteraciones en el intercambio comercial entre ambos países. Fué por este tiempo, en 1891, para hablar con exactitud, cuando se proyectó una escala de impuestos de aduanas para contrarrestar en parte las tarifas que Alemania había impuesto a nuestros productos agrícolas, especialmente al trigo, pero dirigidas, principalmente, a alentar nuestras industrias y a libertarnos, por fin, de nuestra extrema dependencia de las manufacturas alemanas.

El efecto inmediato de estos pasos preliminares fué un sentimiento de extrema irritación y disgusto en ambos países. Nosotros estábamos descontentos por la evidente diferencia que Alemania establecía entre el trato que nos daba a nosotros en comparación con el que concedía a los demás países. Habiendo formado una doble serie de impuestos a la importación, esto es, una escala mínima y otra máxima, Alemania declaró que a todas las naciones que habían concluído o estaban negociando tratados comerciales con ella, les serían aplicados los impuestos mínimos, mientras que las demás tendrían que pagar los máximos. Aunque esta medida tenía carácter general,

iba dirigida directa y exclusivamente contra nosotros, porque Rusia era en realidad el único país de alguna importancia que no tuviese aprobado o en vías de aprobación un convenio mercantil con el Imperio alemán. Como puede comprenderse, esta táctica de mala fe produjo entre nosotros un gran malestar. Si un país, decían, Alemania por ejemplo, cobra 30 copecs por cada *pood* de grano importado, sea cual fuere su procedencia, cada exportador de esta clase de mercancía será quebrantado en sus intereses en una cierta cantidad, pero la carga resultará proporcionalmente distribuída entre todos, y ninguno quedará verdaderamente perjudicado. Pero si un determinado país, por ejemplo Rusia, es sometido a un régimen particular, viéndose obligado a pagar más que los demás, entónces cae sobre él una carga ruinosa e injusta. En vez de este régimen, sería mucho mejor para los exportadores rusos de granos tener que sufrir un impuesto de 60 u 80 copecs y hasta de un rublo por *pood*, siempre que fuesen sometidos al mismo impuesto todos los demás países.

Es evidente que las desfavorables condiciones en que trabajábamos desde este punto de vista, hacían de urgente necesidad, para Rusia, el concluir un tratado comercial con el Imperio alemán, tanto más cuanto que la irregularidad que reinaba en nuestras relaciones comerciales, ofrecía serias desventajas para nosotros. Estos irregulares acuerdos consistían en promesas verbales y

convenios cambiados entre los monarcas y sus ministros. Entonces los alemanes insistían, por su parte, en interpretar nuestras promesas y concesiones en el sentido más amplio y favorable posible, mientras, que por otra parte, procuraban imponer sobre nuestros derechos la significación más reducida de sus propios reglamentos. Añadamos, a todo esto, que nuestro Gobierno se olvidaba o se descuidaba, frecuentemente, de utilizar privilegios que nos habían sido concedidos.

Aunque las conversaciones encaminadas hacia un tratado comercial habían empezado durante el ministerio de Vyshnegradski, no se había llegado a ningún resultado definitivo, debido, principalmente, según parece, a la falta de interés y energía de los oficiales de la Embajada, por cuya mediación se llevaban las negociaciones. Cuando fui nombrado ministro de Hacienda, aun seguían arrastrándose tales negligentes consultas. Por entonces era embajador de Alemania en San Petersburgo, el general Werder. A pesar de que el Emperador estaba muy bien dispuesto hacia él, el general Werder desempeñó, verdaderamente, un insignificante papel en este asunto, a causa de su falta de habilidad política, y no tomó parte alguna en la redacción de nuestro convenio comercial. El ministro ruso en Berlín, conde Pavel Shuvalof, era hombre de mucha mayor talla. Como ayudante general se había distinguido en la guerra turco-rusa. Había recibido una excelente educación y

poseía, además, tacto y atractivos sociales, estando dotado de la característica sutileza polaca, heredada, indudablemente, de su madre que era de origen polaco. El conde Shuvalof fué un embajador extraordinariamente afortunado, siendo apreciado en alto grado por el Emperador de Alemania. Sin embargo, cuando llegó el momento de tener que negociar un tratado comercial no pudo, a pesar de su entusiasmo y diligencia, seguir adelante. Este fracaso puede ser atribuído a dos causas. En primer lugar, tenía demasiados deseos de evitar todos los roces internacionales inevitables y los choques personales desagradables que lleva consigo una negociación de esta clase. En segundo lugar, los problemas económicos eran por completo extraños a su personalidad, y por consiguiente caían fuera de su esfera de acción. Con el objeto de que prestara competente ayuda a Shuvalof, enviamos a Berlín a Vasili Ivanowich Timiryazef, que más tarde fué ministro de Comercio e Industria, y ahora es miembro del Consejo Imperial. Timiryazef, en aquella época vicedirector del departamento de Comercio e Industria, conocía muy bien el asunto; pero, desgraciadamente, poseyendo la habilidad necesaria para negociar, carecía de condiciones apropiadas para vencer. Además, puso tan en evidencia ante los alemanes su gran deseo de llegar a un convenio, que aquéllos se aprovecharon de la situación y asumiendo una actitud arrogante, no nos ofrecieron concesión alguna de

carácter práctico, pidiendo, en cambio, toda clase de privilegios para ellos.

Alemania hizo audazmente uso de su doble escala de tarifas durante las conferencias con nosotros. Y, en efecto, nos dijo: "Si nos concedéis todos los privilegios que pedimos, vuestros productos serán admitidos pagando el impuesto mínimo; de otro modo quedarán sujetos al máximo." Nada más se nos ofreció a cambio de las muchas concesiones pedidas, y no debe olvidarse que los impuestos mínimos no eran en modo alguno reducidos. Encontrándome cuando me encargué del ministerio de Hacienda, ante estas maniobras, decidí, en seguida, emplear la misma táctica de ellos, único modo de conseguir un convenio equitativo. De acuerdo con este modo de pensar, supliqué al emperador Alejandro III, que me permitiera presentar una doble escala de tarifas al Consejo Imperial, dejando los impuestos existentes como mínimos y añadiéndoles el 20 por 100 o una cosa parecida para constituir el nuevo nivel máximo. Toda vez que el golpe iba asestado a Alemania, los aumentos fueron exigidos casi únicamente a los artículos industriales que ella exportaba a Rusia.

Cuando se presentó esta medida al Consejo Imperial, se produjo una gran excitación. Además, hubo una viva protesta de Girs, nuestro ministro de Negocios Extranjeros, en el sentido de que una medida de tanta gravedad, afectando nuestras re-

laciones exteriores, hubiese sido tomada sin consultarle y sin su asentimiento. Por otra parte, mi vigorosa acción produjo gran revuelo en Berlín, y el conde Shuvalof transmitió un enérgico informe a San Petersburgo, criticándome severamente y previendo obstáculos y dificultades diplomáticas. A pesar de las amenazas de fuera y de los temores de dentro, insistí resueltamente en la aprobación de la medida. En mi actitud en este asunto, disfrutaba del apoyo ilimitado del Emperador. Su Majestad no prestó atención a las pretensiones de su ministro de Negocios Extranjeros, Girs, y ordenó que se informase a Shuvalof que el Trono tenía completa confianza en mí y daba su aprobación más completa a mis actos. Argüí, ante el Consejo Imperial, que la medida era una necesidad urgente destinada a obrar más por persuasión que como represalia. Hice ver, que al darse cuenta Alemania de que jugábamos su mismo juego, comprendería lo fútil de su doble táctica y asumiría una actitud razonable. Gracias a la solidez de mi posición y a la poderosa ayuda del Emperador, la medida pasó sin dilaciones por el Consejo Imperial.

Entonces estuvimos en condiciones de decir a Alemania: "Si no nos aplicas inmediatamente el impuesto mínimo, sujetaremos todos los productos alemanes importados en Rusia a las nuevas tarifas máximas. En cambio, si consientes en colocarnos al mismo nivel que las otras naciones, tendremos

mucho gusto en negociar un tratado comercial con vosotros en justa base de toma y daca." Tal fué, en efecto, la proposición que nosotros le presentamos. Nuestros vecinos teutónicos, pensando, al parecer, que no se llevaría a cabo mi programa, prosiguieron descaradamente sus métodos. Sin la menor vacilación corté las conversaciones y ordené la inmediata imposición de los impuestos máximos a los productos alemanes. Nuestros adversarios replicaron elevando aún más las tarifas ya existentes para los productos rusos. Nosotros, inmediatamente, les pusimos una tarifa más elevada aún. Y de este modo nos metimos en una encarnizada guerra de tarifas. Pero no había duda de que nosotros lograríamos la victoria en aquella lucha sangrienta, puesto que una comarca como Rusia, poco adelantada en manufacturas, puede resistir mucho más que una nación de gran desarrollo industrial como Alemania, cuya verdadera existencia depende de un rápido movimiento comercial. La tirante situación, al cesar prácticamente las relaciones mercantiles entre Alemania y Rusia, no dejó de causar alguna alarma. No podría dar mejor idea del sentimiento predominante, que recordando la actitud general tomada en contra mía el día 22 de julio en que la emperatriz María Feodorowna celebraba su santo. Había sido declarado fiesta nacional, y la nobleza, elemento oficial y toda la corte se apiñaban en los grandes salones de Palacio, en donde debían tener lugar la gran misa y

las oraciones de gracias. Al entrar yo en el salón, casi nadie se adelantó hacia mí, esquivando mi persona como si se tratase de un apestado. Corrían tétricos rumores de que yo, a causa de mi temeridad y ligereza había arrastrado a Rusia a una guerra comercial con Alemania, y que la inflexibilidad de esta última, nos llevaría inevitablemente a un conflicto que acabaría por precipitar a toda Europa en una sangrienta lucha.

No puedo olvidar, que además de Su Majestad, el único personaje oficial que me sostuvo en aquella crisis fué Semyonovich Vannovski, nuestro ministro de la Guerra, el cual comprendió la necesidad de mostrar decisión y firmeza si queríamos libertarnos para siempre de la altanera conducta de Alemania. Muchos de mis antagonistas eran movidos, sin duda alguna, por el deseo de atemorizar al Emperador, y que éste al retirar su aprobación a mis actos, me abandonase a un seguro fracaso y a un perpetuo descrédito. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles, porque Alejandro III no era hombre para dejarse engañar por tal estratagemas, y me ayudó hasta el final, sin un momento de vacilación.

No tardó mucho en ser coronada por el éxito nuestra firmeza, pues Alemania, a pesar de sus fuertes protestas del principio, pidió la renovación de las negociaciones. De acuerdo con ello fueron reanudadas las conversaciones en Berlín, pero no sin que antes Alemania nos hubiese colocado en

### Conde Witte

el mismo pie que a las demás naciones favorecidas, en correspondencia a la retirada por nuestra parte de la nueva tarifa máxima de impuestos.

Representaban a Alemania, Caprivi, sucesor de Bismarck, como Canciller del Imperio, y Marshall, Secretario de Negocios Extranjeros, que más tarde fué nombrado ministro en Constantinopla, después de retirarse Caprivi. Por nuestra parte, las negociaciones eran llevadas por Timirayzef y otros empleados de mi ministerio. Importa hacer notar que nuestros representantes en Berlín actuaban como meros agentes, no tomando decisiones sino bajo mis órdenes e instrucciones o con mi permiso y consentimiento. El conde Shuvalof, nuestro Embajador en Berlín, no intervino en modo alguno en aquella ocasión. Cuando Alemania accedió a nuestras demandas, confesó francamente que se había equivocado al apreciar la situación. Después de esto, seguimos siendo buenos amigos durante el resto de su Embajada y mientras fué Gobernador General de Polonia. Cuando tuvo un ataque apoplético, desempeñando este último cargo, fué retirado y nombrado miembro del Consejo Imperial.

El tratado comercial que por fin redactaron los comisionados, fué indudablemente justo y ventajoso para ambas partes. No obstante, los alemanes se consideraron grandemente defraudados en sus primitivas aspiraciones, de que todo les fuera favorable. Nuestra energía, nuestra decisión y nues-

tro triunfo en lograr una participación igual en las concesiones y privilegios, fué un rudo choque para aquellos que querían llevarse la parte del león. Se habló de una fuerte oposición en el Reichstag, pero no se exteriorizó, y el convenio fué ratificado sin modificaciones dignas de mención. Era nuestro primer tratado comercial con Alemania, y teníamos buenas razones para estar satisfechos. El acuerdo llevaba consigo ciertos pormenores políticos relacionados con la ejecución del convenio.

Durante las negociaciones, el emperador Guillermo II de Alemania obró con tacto y demostró buena voluntad. Tan pronto como se dió cuenta de que yo iba de veras, y de que el Emperador de Rusia me prestaba su ayuda y su confianza, adoptó una actitud verdaderamente conciliadora y ejerció su influencia sobre sus ministros y el Reichstag para llegar a una solución pacífica. Por lo tanto, sólo a quien no conozca la verdadera causa podrá parecerle extraño que el Emperador de Alemania haya destituido a Caprivi, aparentemente, a causa de su descontento por el tratado, cuando Guillermo II no hizo más que tomar el tratado como un pretexto, aprovechando aquella buena ocasión para matar dos pájaros de un tiro. Al separar a Caprivi daba gusto a los *Junkers*, que estaban rabiosos por el resultado de las negociaciones, y, al propio tiempo se deshacía de un modo excelente de un Canciller que era según la opinión del Emperador, ignominiosamente pacífico y li-

beral peligrosísimo. Caprivi fué hecho Conde, y Hohenlohe pasó a ocupar su puesto.

El emperador Alejandro III quedó altamente contento de mi modo de llevar las negociaciones y de su feliz terminación. Pude haber conseguido con facilidad un título como recompensa, y hasta el mismo Emperador me empezó a hablar de dicho asunto; pero hacía poco que el embajador alemán, durante una visita que me hizo, me había insinuado que Su Majestad Guillermo II tendría mucho gusto en llevar el uniforme de almirante ruso; yo deseaba transmitir el deseo de Guillermo II a Alejandro III, y, por lo tanto, cuando Su Majestad mencionó los honores que quería concederme, me apresuré a decirle: "Si Su Majestad me permite manifestar mi opinión en este asunto, haría constar que resultaría una excelente idea conceder el uniforme de almirante ruso al emperador Guillermo II, como muestra de aprecio por su liberalidad durante el curso de las negociaciones". Riendo bondadosamente, Su Majestad contestó: "Su deseo será realizado a la primera oportunidad. En efecto, Guillermo ha procedido en esta ocasión con verdadero tacto; por primera vez, le he visto realmente deseoso de evitar un rompimiento con nosotros." El emperador Alejandro III no tomó esta petición muy seriamente, pues el capricho por las condecoraciones era por completo extraño a su carácter. En Guillermo II, por el contrario, este rasgo es muy pro-

minente, y no hay nada que aprecie en más que las órdenes militares, las condecoraciones y los títulos. A consecuencia de la muerte de Alejandro III, poco después de su promesa, el emperador alemán se vió obligado a esperar algunos años el codiciado uniforme. Cuando Nicolás II subió al trono, le hablé de esa conversación y de la promesa del difunto Emperador. Nicolás me escuchó sonriendo, pero no me contestó. Unos cuantos años más tarde envió el uniforme de almirante a Guillermo II. No sé si durante dicho tiempo se le había olvidado la petición del Kaiser, o si le fué renovada o si Nicolás II tuvo alguna razón particular para complacer, por fin, al Emperador de Alemania. Todo esto, como es natural, tuvo lugar antes de la guerra ruso-japonesa, cuando el uniforme naval ruso disfrutaba de gran prestigio.

Las negociaciones de este tratado comercial fueron mi debut en el escenario del mundo político. Toda Europa quedó sorprendida. Poco tiempo después, el escritor alemán Harden vino a San Petersburgo para conocerme. Estaba en íntimas relaciones con Bismarck, le visitaba con frecuencia, y a veces exponía su modo de pensar en periódicos y revistas. En su conversación conmigo manifestó que había venido a verme obedeciendo a indicaciones de Bismarck, el cual le había dicho: "Vale la pena de que vaya a trabar conocimiento con ese hombre. Es el primero que he conocido durante esta última década, que sabe lo que tiene

entre las manos, y que tiene carácter y fuerza de voluntad para conseguir lo que desea. Ya le verá usted realizar una gran carrera como estadista." Bismarck reconocía que había ganado una evidente victoria sobre la diplomacia alemana. Departiendo con Harden le dije: "Cuando vea usted a Bismarck, dígame la gran satisfacción que he tenido al oír el buen concepto que tiene de mí y sobre todo su profecía en lo relativo a mi futura carrera." No tuve jamás la oportunidad de encontrarme con Bismarck, pero oí contar al conde Shuvalof y al conde Muravio, entonces consejero de nuestra Embajada en Berlín y más tarde ministro de Negocios Extranjeros en Rusia, que el viejo Canciller se interesó mucho por mí y siempre hablaba de mi persona con todos los rusos que encontraba.

El primer tratado comercial entre Rusia y Alemania, concluído en 1894, fué la base de sucesivos tratados con otras comarcas, bien con nosotros o bien con Alemania. La duración del convenio fué fijada en diez años. La expiración del plazo nos encontró metidos en la desastrosa guerra con el Japón, y en un momento en que el resultado desfavorable para Rusia era ya evidente. Aprovechándose, sin escrúpulo alguno, de nuestra desgraciada situación, Alemania rehusó la renovación del convenio bajo las mismas condiciones, y nos arrancó importantes ventajas, que seguramente no le habríamos concedido jamás en situa-

ción normal. La riqueza económica de un país y por consiguiente su fuerza política, dependen de tres factores: recursos naturales, capital y trabajo físico e intelectual. Con respecto a los recursos naturales, Rusia es extraordinariamente rica, aunque su situación sea desfavorable a causa del clima riguroso de muchas de sus regiones. En capital, esto es, en valores acumulados, es pobre, por la razón de que la historia del país es una cadena continua de guerras, para no hablar de otras causas. Teniendo en cuenta su población es rica en trabajo físico y también en recursos intelectuales, porque el pueblo ruso está bien dotado de ellos y es sensible y temeroso de Dios. Todos estos factores de la producción están relacionados de un modo tan íntimo, que sólo una acción concertada y coordinada de ellos pueden producir riqueza. En el tiempo presente, debido al desarrollo de las comunicaciones, los recursos naturales son fácilmente transportados, y debido al crecimiento del crédito internacional, el capital se mueve con mayor facilidad. En vista de esto, el trabajo ha adquirido una importancia excepcional en la creación de la riqueza. Como consecuencia de ello, había fijado mi atención, especialmente, en el desarrollo del capital y del trabajo. En primer lugar, era necesario estabilizar el crédito nacional. Yo espero que la historia de la economía reconocerá el hecho de que jamás el crédito ruso estuvo más alto, en el interior lo mismo que en el mercado

monetario internacional, que cuando fuí ministro de Hacienda. No fué culpa mía que nuestras aventuras militares perjudicasen tantísimo a nuestro crédito. El otro día leí en unos periódicos rusos, unos artículos encaminados a demostrar que no importa a los banqueros y tenedores de valores rusos el régimen que prevalece en nuestro país. Esta idea no puede ser más ingenua. Es, por el contrario, de una gran importancia, para el tenedor de valores, lo mismo si es del país que si es extranjero, que tengamos un régimen gubernamental, con el cual sean imposibles aventuras como la de la guerra japonesa, y que la nación deje de ser objeto de experimentos, en manos de una camarilla irresponsable. Nuestros acreedores no pueden tener fe en un régimen bajo el cual perdieron el 20 por 100 de sus inversiones.

Durante mi administración de la Hacienda rusa, aumenté la deuda del país en mil novecientos millones de rublos aproximadamente, y gasté una cantidad mayor en ferrocarriles y amortización de la deuda del Banco Imperial, con el objeto de implantar el patrón oro en nuestra moneda. De modo que la moneda prestada fué gastada exclusivamente con fines productivos y aquel dinero, por lo tanto, fué a aumentar el capital. Debido a la confianza del capital extranjero en el crédito ruso, que yo reconstituí, nuestro país consiguió de él varios billones de rublos. Hay gente, y su número

no es escaso, que presenta esto mismo en contra mía. ¡Cuánta tontería e ignorancia! Ningún país se ha desarrollado sin el auxilio del capital extranjero. Durante mi administración defendí la idea de la utilidad del capital extranjero. Respecto a esto tenía que luchar con algunos estadistas como Durnovo, Plehfe y otros miembros del Comité de ministros. Nicolás, como siempre, favorecía a veces uno de los puntos de vista y a veces el otro. Llegó al extremo de convocar una sesión extraordinaria para discutir la conveniencia de importar el capital extranjero. En dicha sesión manifesté que no me daba miedo alguno el capital extranjero sino que por el contrario lo consideraba beneficioso para Rusia. Lo que temo, dije, es que por ser nuestro régimen tan peculiar haya pocos extranjeros que se atrevan a hacer algo por nosotros. El capital extranjero habría entrado en el país, por supuesto, con mayor abundancia, si no hubiesen sido creados muchos obstáculos contra él durante mi administración.

Mucha gente se oponía, el Emperador uno de ellos, a la importación del capital extranjero por motivos puramente nacionalistas. Argüían que los recursos naturales de Rusia debían ser explotados por "verdaderos" rusos y con la ayuda del capital ruso. Pasaban por alto, que el importe del capital disponible en Rusia era muy pequeño; como muestra de ello diremos que con mucha frecuencia, concesiones otorgadas a "verdaderos" rusos, eran

vendidas después a extranjeros, embolsándose una hermosa suma de inmerecido dinero. Así, por ejemplo, recuerdo que un coronel retirado, llamado Vonlyarlyarski obtuvo la concesión de unas minas de oro en la península de Kamchatka. Varios meses después las había vendido a una compañía extranjera.

El desarrollo de nuestro trabajo nacional fué otro gran problema. La productividad del trabajo ruso es excesivamente baja, siendo debido esto, entre otras razones, al clima. Por esto mismo, decenas de millones de hombres están ociosos durante varios meses del año. La escasez de vías de comunicación es otro factor que disminuye la productividad del trabajo. Después de la guerra turcorusa, la construcción de ferrocarriles quedó suspendida, y me cayó a mí, en suerte, el reanudar su construcción. En lo que a esto se refiere, logré acabar gran parte de ellas, pues durante mi administración doblé el número de millas de vía férrea. Es digno de observar, que el ministro de la Guerra estuvo constantemente estorbando mis esfuerzos. Dicho ministro sólo me ayudó, cuando propuse la construcción de ferrocarriles de importancia estratégica. A menudo se construían ferrocarriles estratégicos en contra de mi opinión. Además, la dirección de los ferrocarriles no estratégicos era cambiada con frecuencia siguiendo los propósitos del ministro de la Guerra. Desde este punto de vista, el general Kuropatkín, y, especial-

mente, el anterior Jefe del Estado Mayor, Obruchef, causaron gran daño. El último era un hombre muy inteligente y muy instruído, pero los ferrocarriles estratégicos constituían en él una monomanía. Sucedió, a menudo, que ferrocarriles, que en el momento de su construcción eran reconocidos como de gran importancia estratégica, dos o tres años más tarde se declaraba que no tenían tal importancia.

De modo que tuve que luchar con toda clase de obstáculos para desarrollar una red de vías férreas. Las consideraciones militares, a las cuales se inclinaba a menudo el Emperador, me impidieron construir las líneas lo más productivamente posible. Como resultado de ello el sistema produjo un déficit.

Después de ocuparme de ferrocarriles durante catorce años, puedo asegurar que en la mayor parte de los casos las consideraciones estratégicas del ministro de la Guerra relativas a la dirección de la vía eran puramente fantásticas. El país habría ganado si en la construcción de los ferrocarriles se hubiesen tenido en cuenta las consideraciones puramente económicas. En general, dichos ferrocarriles habrían satisfecho también las necesidades estratégicas. Soy de opinión que esto debía constituir una de las bases de toda construcción de vías férreas. Durante treinta años, hemos estado construyendo vías férreas con vistas a una guerra hacia el Oeste y hemos derrochado infini-

tas energías en dicho frente. Y al final, la guerra ha estallado en el Extremo Oriente.

Para crear nuevas fuentes para la aplicación del trabajo, lo más indispensable era desarrollar nuestra industria. Alejandro III, con su característica firmeza y prudencia, fué el primero en darse cuenta de esta política y llevarla adelante. En este asunto fuí su leal auxiliar. Mostróse enérgico en desarrollar nuestras industrias no sólo en interés del pueblo sino del Estado. Un cuerpo político moderno no puede ser realmente fuerte sin un verdadero desarrollo de la industria nacional. Como ministro de Hacienda, estaba también encargado del comercio y de la industria. Como tal, triplicqué la industria rusa. Esto también me lo han echado en cara. ¡Insensatos! Se ha dicho que me serví de medios artificiales para el desarrollo de nuestra industria. ¡Qué imbecilidad de frase! ¿Cómo es posible desarrollar una industria? Cualquier medio que se emplee es en cierto modo artificial. Las medidas tomadas por mí fueron mucho menos artificiales y violentas que las practicadas en muchos países extranjeros. Lo único que hice fué sostener las tarifas proteccionistas implantadas por Vyshnegradski en tiempo de Alejandro III. Esto es lo que yo hice, ante una intensa oposición de los grandes terratenientes. Todos mis esfuerzos para facilitar la creación de compañías por acciones, fueron sistemáticamente estorbados, sobre todo, por el ministro del Interior, Plehve. Tam-

bién se me reprochó el haber emitido empréstitos industriales por medio del Banco Imperial. En realidad, dichos empréstitos ascendían solamente a la suma de 50 millones de rublos. Además, la mayor parte de esta suma fué prestada, sin mi aprobación, a los miembros de una camarilla de la Corte o a sus amigos. Debo decir, sin embargo, que hubo poca gente en Rusia que se diera cuenta del completo significado de mis esfuerzos para reconstituir las industrias nacionales. Entre los pocos figuró, dicho sea de paso, nuestro gran sabio y antiguo amigo mío, Mendeleýef.

La construcción de vías férreas y la expansión industrial apartaron unos cuatro o cinco millones de hombres de la agricultura, con lo cual puede decirse que aumentaron los recursos del país en 20 o 25 millones. Mucho tendrá que hacerse en lo futuro para vigorizar el trabajo ruso. Las condiciones en que el pueblo vive y trabaja, tendrán que cambiar. Actualmente, le pasa al ruso con el trabajo, lo mismo que con la bebida. Bebiendo menos que cualquiera otro individuo de otro país, se emborracha con más facilidad, y trabajando menos tiene que imponerse, con más frecuencia que ningún otro, mayores faigas.

Hasta 1905, los asuntos pertenecientes a la industria y al comercio estaban dentro de las atribuciones del ministro de Hacienda. Dentro de mis facultades como jefe de aquel ministerio, hice mucho para promover la educación comercial

e industrial. Debido a mis esfuerzos, el sistema de segunda enseñanza comercial fué considerablemente aumentado. Concebí y llevé a la práctica el plan de fundar un cierto número de instituciones politécnicas, esto es, instituciones de altos estudios, en donde se enseñaban todas las ramas de los conocimientos comerciales y técnicos. En 1899, planteé la cuestión de abrir una de estas escuelas en San Petersburgo. Con el auxilio del personal a mis órdenes redacté los estatutos del Politécnico, que fueron aprobados por el Consejo Imperial, no sin dificultad. Se alegó que ya teníamos un exceso de escuelas de enseñanza superior, y que el Politécnico sería un nuevo foco de preocupaciones. A pesar de todo, logré abrir dos nuevas escuelas, una en Keif y otra en Varsovia.

Durante mi administración de la Hacienda del país, su situación no dejó nada que desear. No sólo no tuvimos déficit, sino que cada año hubo un considerable exceso de los ingresos sobre los gastos. Esta circunstancia me permitió tener en el Tesoro grandes sumas de numerario, que llegó a varios centenares de millones de rublos. Esta política mía fué a menudo criticada. Se indicó que ni Francia, ni Inglaterra ni Alemania tenían tanto dinero sin emplear en las cajas del Tesoro, y alegaron que sería mucho mejor invertir dicho numerario de un modo provechoso. Mis críticos demostraron sencillamente su ignorancia de la economía nacional. Dados los grandes empréstitos

extranjeros del Imperio ruso, que excedían en mucho del pasivo de algunos de los países occidentales antes citados, era necesario mantener una reserva para contener, en caso urgente, el pánico producido por la baja de los valores rusos en el extranjero. Debía ser tenido en cuenta, que Rusia es un país esencialmente agrícola. Las cosechas anuales, su principal riqueza, dependen de los caprichosos elementos y constituyen un factor incierto. Esto hace también que sea preciso tener una reserva para defenderse durante los malos años. Debo decir, además, que me llevó a mantener una gran reserva de numerario en el Tesoro, la idea, que jamás se apartó de mí desde la subida al trono de Nicolás II, de que más pronto o más tarde tendría lugar un sangriento drama en alguna parte del país.

Cuando dejé el puesto de ministro de Hacienda, el numerario disponible en el Tesoro ascendía a 380.000.000 de rublos. Esta suma permitió al Imperio vivir sin necesidad de acudir a préstamos durante la guerra ruso-japonesa que estalló poco después. Esta reserva me facilitó, más tarde, poder concluir un empréstito en condiciones más favorables de las que me hubiese obligado a aceptar, si no nos hubiéramos encontrado en situación, gracias a ese exceso de numerario, de hacer comprender al mundo que nuestras necesidades no eran urgentes ni inmediatas.

Su Majestad expresó su satisfacción por mi

obra en un edicto Imperial, fechado en 1. de enero de 1903, en ocasión del décimo aniversario de mis servicios como ministro de Hacienda:

“Sergio Yulyevich:

Hace diez años que mi padre, que ahora descansa en Dios, le llevó a ocupar el puesto de ministro de Hacienda. A pesar de las graves consecuencias de la mala cosecha de 1891, emprendió usted con firme fe en el poder económico del Estado ruso y con persistente energía, la tarea de rehabilitar la Hacienda de Rusia, empezada por su predecesor, y ha tenido el consuelo de justificar la confianza y merecer la gratitud del emperador Alejandro III.

Ahora, después de transcurrir una década de su actividad, como ministro de Hacienda, tengo el placer de expresarle mi aprecio por todo lo que ha hecho durante los últimos ocho años que justifica también la confianza que en usted deposité. Con igual fe en las energías del pueblo ruso que devoción al Trono, no sólo prestó ayuda a mis esfuerzos para realizar mis principales cuidados relativos a vigorizar el poder del país y la defensa y prosperidad del Estado que Dios me confió, sino que también ha sabido poner en pie por su espontánea actividad las mejores fuerzas de Rusia. Dió usted solidez, independencia y estabilidad a la moneda, aumentó los recursos del Tesoro, con lo cual pudimos hacer frente a las crecientes demandas de los presupuestos; y aparte de sus

diversos deberes oficiales, llevó usted a cabo, a completa satisfacción mía, la misión que le confié de instruir a mi heredero y querido hermano el Gran Duque Miguel, en economía del Estado.

Confiando en ulteriores continuaciones a mi servicio, tan útil al Estado y a mí, al frente del ministerio que le he confiado, sigo siendo su invariable biendispuesto (firmado), Nicolás."

En el original, Su Majestad escribió de su puño y letra "y agradecido".

Entretanto, la pandilla capitaneada por Bezobrazof y Plehve habían activado vigorosamente sus maquinaciones militaristas en el Extremo Oriente, y el Emperador había ido cayendo, gradualmente, bajo la influencia de aquellos hombres poco escrupulosos. En 1903, vi claramente que la guerra con el Japón era inevitable. En cualquier momento que se pusiese a discusión la aventura del Extremo Oriente, la condenaba con toda energía. Admito, en efecto, que el lenguaje que a menudo empleaba delante de Su Majestad era demasiado vivo. El Emperador llegó al extremo de tratar de convencerme, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Me di cuenta de que si en aquellas circunstancias seguía ocupando mi puesto de ministro de Hacienda, toda la culpa de la inevitable guerra caería sobre mí. Rusia conocía mi temperamento y la firmeza de mi carácter, y el pueblo se negaría a creer que yo había continuado formando parte del Gobierno siendo opuesto a su política militar. Por

otra parte, era evidente para mí que desde el momento en que me había mostrado en completo desacuerdo con lo expuesto por el Emperador, no podía, verdaderamente, ocupar uno de los más importantes puestos del Gobierno.

El 26 (29) de agosto de 1903 recibí una nota del Emperador diciéndome que fuese a verle, la mañana siguiente, en Peterhof, acompañado de Pleske, director del Banco Imperial. La orden me sorprendió por completo. Sospeché que Su Majestad quería conceder algún cargo a Pleske, pero no comprendía por qué la elección del Emperador había recaído en aquel hombre, a quien no conocía personalmente. Pleske vino a visitarme a la mañana siguiente y nos marchamos juntos a Peterhof. Le dejé en la sala de recepción, y entré en el despacho del Emperador. Su Majestad me recibió cariñosamente. La audiencia duró cerca de una hora. Le informé de varios proyectos, y le pedí permiso para hacer un viaje por alguna de las provincias en donde el monopolio del vodka acababa de ser implantado. Su Majestad aprobó mis deseos de ver cómo se iba organizando la importante reforma. Finalmente, cuando me levanté para despedirme, el Emperador me preguntó si había traído a Pleske. Le contesté afirmativamente. "¿Qué opinión tiene de él?", siguió preguntando el Zar. Le dije que le tenía en gran concepto. Pues, en efecto, tenía de él una opinión muy elevada, no sólo como hombre, sino como

## Memorias

experto financiero. Durante toda mi época de ministro fué uno de mis más íntimos auxiliares.

“Sergio Yulyevich”, dijo el Emperador después de una pausa, “deseo suplicarle que acepte el cargo de presidente del Comité de Ministros y quiero que sea su sucesor Pleske.” No pude disimular mi sorpresa ante esta imprevista decisión. “¿No le satisface el nuevo nombramiento?”, preguntóme Su Majestad al ver mi asombro. “No debe olvidar que el puesto de presidente del Comité de Ministros es el cargo más elevado del Imperio.” Aseguré al Emperador que estaría muy satisfecho del nuevo nombramiento, si no fuese señal de haber perdido su confianza, pues estaba seguro de que podía ser mucho más útil en mi anterior puesto que en el nuevo cargo, y despidiéndome del Emperador salí de su despacho.



#### IV

### Mis relaciones y trato con Li-Hung-Chang

HACIA el final del reinado de Alejandro III, las relaciones entre el Japón y China se pusieron extremadamente tirantes, y por último estalló la guerra entre ambos países. Por aquella época, nosotros teníamos pocas tropas en el Extremo Oriente. Nuestros destacamentos estacionados en Vladivostok fueron trasladados a Kirín por miedo que las operaciones militares no se extendiesen hacia el Norte y afectasen a los intereses o posesiones rusas. Este fué el único paso que dimos. La guerra terminó con la completa victoria del Japón. Por la paz de Simonoseki (1895) los japoneses, como es sabido, adquirieron la península de Liaotung, incluyendo los muelles de Ing-Kow y Port-Arthur, asegurando además otras diversas ventajas.

Con excepción de dos serias desavenencias, habían existido, durante dos siglos y medio, buenas relaciones de vecindad entre China y Rusia. Esta amistad tradicional, se manifestó con motivo de las extorsiones del Japón en Simonoseki. En

aquel tiempo, muy pocos estadistas rusos tenían una clara noción acerca de Corea, Japón y, especialmente, China, y de sus mutuas relaciones. El ministro de Negocios Extranjeros, Príncipe Lobanof-Bostowski, sabía del Extremo Oriente, poco más o menos, lo que sabe un chico de la escuela. Durante el tiempo que estuve encargado de la construcción del ferrocarril Transiberiano, presté mucha atención a los asuntos del Extremo Oriente. Y, en efecto, era yo el único estadista ruso que estaba familiarizado con la situación económica y política de aquella región.

La paz de Simonoseki fué mirada con justa alarma. Permitió que el Japón pusiera la planta en el continente, en las proximidades de nuestra propia esfera de intereses. El emperador Nicolás II, que, en aquel tiempo, subió al trono, ansiaba extender la influencia de Rusia en el Extremo Oriente. No es que tuviese un plan determinado de conquista, pero estaba dominado por un deseo inexplicable de apoderarse de tierras del Extremo Oriente. En lo que a mí se refiere, comprendí claramente que lo mejor para los intereses rusos era tener por vecino a una China fuerte y pasiva, y que en esto estaba la seguridad de Rusia en el Este. Por lo tanto, me pareció evidente que era preciso no permitir que el Japón penetrase en el corazón de China, poniendo el pie en la península de Liaotung, que en cierto modo ocupa una posición dominante. De

acuerdo con esto, insistí en la necesidad de impedir la ejecución del tratado de paz entre Japón y China. Para discutir el asunto tuvo lugar una conferencia convocada por Su Majestad, bajo la presidencia del Almirante-General Gran Duque Alejo Alexandrovich. En esta conferencia abogué por el principio de la integridad del imperio chino. Puntualicé que los intereses rusos exigían que China no sufriese cambio alguno, y que no debía permitirse que ninguna Potencia aumentase el territorio a sus expensas. Tuve el apoyo del ministro Yannowski. La actitud de Obruchef fué más bien indiferente, porque sólo le interesaban las contingencias militares del Occidente. Los demás miembros de la reunión no manifestaron opinión alguna.

Cuando llegamos a discutir el modo y manera de llevar a la práctica la política que había recomendado, propuse que se presentase al Japón un ultimatum al efecto de que nosotros no podíamos tolerar que fuese violado el principio de la unidad e integridad territorial del Imperio chino, y que, por lo tanto, no aprobaríamos el tratado concluído entre el Japón y China. Indiqué que debíamos permitir al Japón, como vencedor, que se resarciera de los gastos de la guerra imponiendo una indemnización más o menos considerable a China. Si el Japón no accedía a nuestras demandas, no había otro recurso para nosotros que dar principio a las operaciones. Aunque no expliqué

la naturaleza precisa de las medidas que proponía tomar, mi opinión era que se debía llegar hasta el bombardeo de algunos puertos japoneses. Si bien formulé claramente mi política, e hice definidas recomendaciones acerca de su ejecución, la reunión terminó sin tomar acuerdo alguno. Durante toda ella, el conde Lobanof-Rostowski guardó silencio.

A consecuencia de dicha conferencia, el Emperador convocó una reunión bajo su propia presidencia, a la cual invitó solamente al general Yannowski, al conde Lobanof-Rostowski, al Gran Duque Alejo Alexandrovich y a mí. En presencia de Su Majestad, reiteré mi opinión, y como no encontró oposición verdadera, el Emperador aceptó mi idea. Este Comité especial del asunto chino-japonés, llegó el 30 de marzo de 1895 a las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Tratar de mantener el *statu quo ante bellum* en el Norte de China, aconsejando para ello al Japón, primero amistosamente, que desistiese de ocupar el Sur de la Manchuria, puesto que tal ocupación lastimaría nuestros intereses y constituiría una amenaza constante para la paz del Extremo Oriente; en el caso en que el Japón se negase a seguir nuestros consejos, se debía declarar al Gobierno japonés que nos reservábamos la libertad de acción y que obraríamos según nuestros intereses.

2.<sup>a</sup> Dirigirnos oficialmente a las Potencias eu-

ropeas y a China, diciéndoles que mientras por nuestra parte no buscábamos conquista alguna, juzgábamos necesario, para la protección de nuestros intereses, insistir en que el Japón desistiese de la ocupación del Sur de la Manchuria.

Su Majestad encargó a nuestro ministro de Negocios Extranjeros la realización de aquel programa. Debe ser alabada la habilidad con que el conde Lobanof-Rostowki cumplió su cometido. Inmediatamente se aseguró el beneplácito de Alemania y Francia a las peticiones rusas, y en seguida se apresuró a enviar nuestro ultimatum al Japón, el cual vióse obligado a aceptarlo, y en vez de la península de Liaotung pidió y obtuvo una indemnización.

Al propio tiempo entré en negociaciones con China, ofreciéndole nuestros servicios para la conclusión del gran empréstito que le era necesario para pagar la indemnización al Japón. Como el crédito de China no era suficiente para poder contratar el empréstito, consentí en empeñar los recursos de Rusia como garantía para el préstamo. Además, me encargué prácticamente, por completo, de las negociaciones y convenios con el mercado monetario francés. Las entidades bancarias que tomaron parte en la colocación del empréstito fueron el Banco de París, el Banco de los Países Bajos, el Crédit Lyonnais y la casa Hotenger. Los representantes de estas casas recibieron mi promesa de ayudarles en sus asuntos económicos en

China, a cambio del servicio que me habían prestado con motivo del préstamo a dicha nación.

Como resultado de todo ello fundé el Banco Ruso-Chino, en el cual los financieros franceses eran los principales accionistas. Al principio, el Gobierno chino, lo mismo que nuestro Tesoro, invirtieron grandes sumas en el Banco; pero más tarde nuestros intereses en él fueron insignificantes. Después de la desdichada guerra ruso-japonesa, perdimos todo nuestro crédito en China, y el Banco empezó a declinar. Recientemente fué refundido en el Banco del Norte, tomando la combinación el nombre de Banco Ruso-Asiático.

Li-Hung-Chang fué enviado a Rusia como Embajador extraordinario de China. Había sido Gobernador general de la provincia de Chi-Li, y en el momento de ser nombrado ocupaba el puesto de primer Canciller, el cargo más elevado del Imperio. Parecía fantástico que el primer dignatario de China fuese enviado como emisario a un país extranjero, causando sensación este hecho sin precedentes. El distinguido enviado llegó a San Petersburgo el 18 (30 de abril de 1896), tres semanas antes de las fiestas de la coronación. Al enviar tan alto dignatario a presenciar esta ceremonia, el Imperio chino deseaba expresar toda su gratitud a nuestro joven Emperador por todos los beneficios concedidos.

Al propio tiempo, el ferrocarril Transiberiano, que estaba en construcción, había llegado a Trans-

baikalia, y surgió la cuestión acerca de la dirección que debía seguir la vía férrea. Concebí la idea de construir la vía directamente a través de China, principalmente por Mongolia y el Norte de la Manchuria, hacia Vladivostok. Esta dirección, según mis cálculos, acortaría considerablemente la línea y facilitarí su construcción. Considerando la enorme longitud del Transiberiano, era natural buscar el camino más corto. Técnica-mente, la sección del Amur presentaba grandes dificultades. Además, la vía férrea correría a lo largo del río Amur y haría la competencia a las compañías de vapores. La línea, a través de la Manchuria, ahorraría 514 verstas. En comparación de la región del Amur, esta otra sección poseía la ventaja de un suelo más productivo y un clima más suave. El problema consistía en el modo de conseguir el permiso de China para la realización del proyecto por medios pacíficos, basados en mutuos intereses comerciales. Esta idea me preocupaba grandemente, y tuve ocasión de hacer que Su Majestad le prestara su atención. El médico de la Corte, Badmayef, originario de Buriat, que ejercía una considerable influencia sobre el Emperador, era partidario, por el contrario, de la dirección Kyakhta-Pekín. Yo no podía simpatizar con este proyecto: primeramente, porque consideraba a Vladivostok como el término más deseable para el Transiberiano, y en segundo lugar, porque creía que un ferrocarril a Pekín pondría

a toda Europa en contra nuestra. Debe ser tenido en cuenta que el gran impulsor del Transiberiano no tenía propósitos políticos ni militares en relación con la vía, pues se trataba de una empresa de carácter puramente económico. Alejandro III deseaba establecer una comunicación lo más corta posible entre las lejanas provincias marítimas y el centro de Rusia. Estratégicamente considerada, lo mismo Alejandro III que su sucesor, atribuían a la vía una importancia estrictamente defensiva. En ninguna circunstancia el Transiberiano debía servir como medio de expansión territorial.

Cuando Li-Hung-Chang, en su viaje a Rusia, llegó al canal de Suez, fué recibido por el príncipe Ukhtomski, que en aquel tiempo era uno de los íntimos del Emperador. Esto tuvo lugar a instancias mías. Había llegado a mi conocimiento que Inglaterra, Alemania y Austria sentían verdadera ansiedad por atrapar a Li-Hung-Chang, y que deseaban que fuera a San Petersburgo a través de Europa Occidental. Yo, por el contrario, quería impedir que visitase ninguna otra comarca europea antes de su llegada a Rusia, pues era evidente para mí, que mientras Li-Hung-Chang estuviese por Europa estaba expuesto a ser objeto de diversas intrigas por parte de los gobernantes europeos.

El príncipe Ukhtomski se puso en contacto con el dignatario chino, y aparentemente logró

establecer relaciones cordiales con él. A pesar de que las invitaciones de varios puertos europeos habían caído en abundancia sobre Li-Hung-Chang, subió a bordo del *Rossya*, de la Sociedad de Comercio y Navegación rusa, especialmente preparado por nosotros para el caso, y dirigióse directamente a Odesa, acompañado de su séquito y del príncipe Ukhtomski. En aquella ciudad, un destacamento de nuestras tropas le rindió honores. A instancias mías, le fué permitido ir directamente a San Petersburgo, aunque el conde Lobanof-Rostowski opinaba que Li-Hung-Chang debía esperar en Odesa la coronación. Inasmuch, nuestro ministro de Negocios Extranjeros, ignoró por completo nuestra política en el Extremo Oriente, porque yo fuí comisionado por Su Majestad para conducir las negociaciones con nuestro huésped chino.

Fuí advertido que en la conducción de las negociaciones oficiales con China es necesario, ante todo, no demostrar prisa alguna, porque ellos lo consideran de mal gusto, debiéndose tratar los asuntos despacio y ceremoniosamente. Li-Hung-Chang fué el primero en visitarme, en concepto de ministro de Hacienda. Cuando entró en mi salón de recepciones le salí al encuentro de uniforme. Después de cambiar los saludos, le hice pasar a otro salón y ordené que sirvieran el té, que fué servido con grande y primorosa pompa. Mi huésped y yo permanecíamos sentados, mientras

todos los miembros de su séquito, lo mismo que mis auxiliares, estaban en pie. Cuando hubimos tomado el té, le pregunté si deseaba fumar. Emitió un sonido no muy diferente del relincho de un caballo, e inmediatamente salieron corriendo dos chinos de una habitación contigua, llevando uno de ellos un *narghile* y el otro tabacos. Entonces empezó la ceremonia de fumar. Li-Hung-Chang, sentado tranquilamente, inhalaba y exhalaba el humo, mientras su ayudante encendía con gran respeto el *narghile* y sujetaba la pipa, que acercaba y retiraba de su boca. Era evidente que Li-Hung-Chang quería impresionarme con aquella solemne ceremonia. Yo, por mi parte, hacía como si no prestase atención alguna a todos aquellos procedimientos.

Por supuesto, durante la primera visita, no se intentó hablar de negocios. Li-Hung-Chang me preguntó por la salud de Su Majestad el Emperador, de Su Majestad la Emperatriz y de cada uno de sus hijos, mientras yo demostraba un profundo interés por el estado de salud del Emperador de China, de su madre y de todos sus más cercanos parientes. Nuestra conferencia siguiente fué de diferente naturaleza. Viendo que las ceremonias minuciosas no ejercían impresión alguna sobre mí, renunció a ellas y se hizo menos formalista en sus conversaciones conmigo. Después, durante la coronación en Moscou, nos vimos sin el menor despliegue de pompa, y se mos-

tró completamente franco y hombre de negocios, y me formé de él una elevada opinión. Durante el periodo activo de mi vida, tuve ocasión de ponerme en contacto con gran número de estadistas, cuyos nombres figurarán para siempre en la historia, y Li-Hung-Chang, por su inteligencia y sentido común, ocupará un lugar preeminente entre ellos. En la historia reciente de China su importancia es muy grande. Durante muchos años fué verdaderamente el gobernante de aquel vasto Imperio.

En mis conferencias con Li-Hung-Chang insistí en los servicios que habíamos prestado recientemente a su país. Le aseguré que, al proclamar el principio de la integridad del territorio chino, es porque tratábamos de sostenerlo en lo futuro; pero para poder defender este principio debíamos estar en condiciones, si llegaba el caso, de prestar a China el auxilio de nuestras armas. Tal auxilio no podríamos prestarlo mientras Rusia europea y Vladivostok no estuviesen unidos con China por medio de vías férreas, ya que nuestros ejércitos estaban concentrados en Europa. Llamé su atención acerca del hecho de que durante la guerra de China con el Japón enviamos unos destacamentos desde Vladivostok, los cuales se movieron tan lentamente, a causa de la falta de vías férreas, que cuando llegamos a Kirin la guerra ya había terminado. Manifesté que, para defender la integridad del territorio chino, nos era

necesario tener un ferrocarril lo más corto posible a Vladivostok, a través del Norte de Mongolia y de Manchuria. Insinué, además, a Li-Hung-Chang que el proyectado ferrocarril elevaría la productividad de nuestras posesiones y del territorio chino que atravesase. Finalmente declaré que el Japón asumiría, probablemente, una actitud favorable hacia la vía férrea, que le uniría con el Occidente de Europa, cuya civilización había últimamente adoptado.

Como es natural, Li-Hung-Chang opuso objeciones. Sin embargo, de mis conversaciones con él saqué la impresión de que prestaría su apoyo a mi proposición, si llegaba a convencerse de que nuestro Emperador lo deseaba. Por consiguiente, supliqué a Su Majestad que recibiese a Li-Hung-Chang, lo cual fué concedido. Verdaderamente, se trató de una audiencia privada, que pasó inadvertida a la Prensa. Como resultado de mis negociaciones con el estadista chino, convinimos en las tres cláusulas siguientes de un tratado secreto entre Rusia y China:

1.<sup>a</sup> El Imperio chino nos concede permiso para construir un ferrocarril, dentro de su territorio, a lo largo de una línea recta entre China y Vladivostok, pero la vía debe estar en manos de una compañía particular.

Li-Hung-Chang rehusó en absoluto aceptar mi proposición de que el ferrocarril debía ser construido por el Tesoro o pertenecerle. Por esta ra-

zón nos vimós obligados a constituir una compañía particular, que recibió el nombre de Compañía del Ferrocarril del Este Chino. Esta entidad está, por supuesto, en manos del Gobierno; y toda vez que se trata de una compañía particular, queda dentro de la jurisdicción del ministro de Hacienda.

2.<sup>a</sup> China consiente en cedernos una faja de terreno suficiente para la construcción y explotación del ferrocarril. Dentro de dicho territorio se permite a la Sociedad mantener su propia policía y ejercer una autoridad completa y sin limitaciones. China no admite sobre ella responsabilidades acerca de la construcción y explotación del ferrocarril.

3.<sup>a</sup> Los dos países se obligan a defenderse mutuamente en el caso de que el Japón ataque el territorio de China o nuestras posesiones marítimas del Extremo Oriente.

Di cuenta del resultado de mis negociaciones a Su Majestad, quien me dió la orden de que las transmitiese al ministro de Negocios Extranjeros. Expliqué al príncipe Lobanof-Rostowski que había llegado con Li-Hung-Chang a la conclusión de las cláusulas de un tratado secreto entre Rusia y China, y que lo único que faltaba era dar forma al acuerdo en un documento escrito. Después de oír los términos del acuerdo, el Príncipe cogió la pluma y escribió el texto del tratado. El documento fué redactado tan hábilmente, que lo

aprobé sin la menor objeción. El Príncipe me dijo que al día siguiente lo llevaría a Su Majestad, y me lo remitiría en cuanto lo hubiese aprobado el Emperador.

Cuando el texto del tratado volvió a mi poder, descubrí, con gran sorpresa, una alteración esencial, en el párrafo relativo al proceder de la unión ruso-china, en contra del Japón. Las palabras "par le Japón" (por el Japón) habían sido suprimidas del texto. Con esta alteración, el tratado se extendía a la mutua defensa de los dos países en caso de ataque, no sólo del Japón, sino de cualquiera otra potencia. Me quedé espantado. La alteración era de trascendental importancia. Una alianza defensiva contra todas las demás potencias era una cosa muy diferente de una alianza contra el Japón. Varias potencias europeas, incluyendo Francia, nuestra aliada, e Inglaterra, tenían intereses en China, y al obligarnos a defender a China de todos estos países, significaba ponerlos en contra de nosotros, incitándoles a una perturbación interminable.

Inmediatamente me fuí a ver al Emperador para exponerle el asunto, y me dió la orden de que fuera a ver al príncipe Lobanof-Rostowski para que hiciese las correcciones necesarias en el texto del acuerdo. La situación era muy delicada. Yo era mucho más joven que el ministro de Negocios Extranjeros y estaba muy por debajo de él en categoría oficial. Hacerle corregir

yo mismo lo que él había hecho, era, no sólo afrentarle, sino ponerle en contra mía. Así es que manifesté mis escrúpulos al Emperador y le supliqué que tratase personalmente el asunto con el Príncipe. El Emperador accedió a ello. Poco después marchamos todos a Moscou a las ceremonias de la coronación.

En Moscou consagré mucho tiempo y atención a Li-Hung-Chang, pues consideraba de principal importancia para el Estado el llevar nuestras negociaciones a un feliz término. La alianza ruso-china significaba dos cosas: Primera, un gran ferrocarril, extendiéndose hacia Vladivostok, en línea recta, sin tenerse que inclinar hacia el Norte, a lo largo del río Amur; y, en segundo lugar, el establecimiento de firmes relaciones pacíficas con nuestro vecino, la colosal China.

El Emperador me aseguró que había hablado al ministro de Negocios Extranjeros, y que éste le había prometido restablecer la versión original del tratado. Su Majestad hablaba tan categóricamente que no me quedó duda alguna acerca del asunto. Después de este incidente me encontré con el príncipe Lobanof-Rostowski varias veces, pero ninguno de los dos nos referimos a dicho asunto.

Mientras tanto yo seguía mis negociaciones con Li-Hung-Chang, al efecto de inducir al Gobierno chino a que permitiese la construcción de la sección Este de China del Transiberiano al Banco Ruso-Chino, que ya estaba funcionando. Al pro-

pio tiempo preparaba un convenio con dicho Banco, mediante el cual se le cedería la concesión de la Compañía del Ferrocarril del Este de China en cuanto estuviese constituida por el Gobierno ruso.

Finalmente se fijó el día para firmar el acuerdo secreto, siendo los signatarios, por parte de Rusia, el príncipe Lobanof-Rostowski y yo, y por parte de China, Li-Hung-Chang, que había recibido instrucciones directamente de Pekín. Se conyino que nos reuniríamos en el ministerio de Negocios Extranjeros, y allí firmaríamos el documento con todas las formalidades prescritas por la ley y por el protocolo. En el día señalado, los plenipotenciarios rusos, con el personal agregado a ellos, y Li-Hung-Chang con su séquito, reunieron en el ministerio, sentándose en torno de una mesa. El príncipe Lobanof-Rostowski abrió la sesión y declaró que a ambas partes les era familiar el texto del acuerdo; que el documento había sido cuidadosamente copiado por los secretarios y que sería firmado sin leerlo. Añadió, sin embargo, que no tenía inconveniente alguno en dejar leer el documento a los chinos, si así lo deseaban. Y al efecto, una copia del convenio—el documento tenía que ser firmado por duplicado—fué entregado a los que acompañaban a Li-Hung-Chang. Yo cogí otro y empecé a examinarlo, sospechando algo malo. De pronto me horroricé, al darme cuenta de que el párrafo relativo a nuestra alianza defen-

siva con China no había sido cambiado, a pesar de las seguridades de Su Majestad, y que, en contra de mi redacción, contenía la obligación, por parte nuestra, de defendér a China de los ataques de cualquiera otra potencia.

Me acerqué al príncipe Lobanof-Rostowski, le llamé aparte y murmuré a su oído que la cláusula relativa a la alianza defensiva no había sido cambiada, de acuerdo con la voluntad de Su Majestad.

—¡Dios mío!—exclamó, llevándose las manos a la cabeza—. Evidentemente me he olvidado de decir a mi secretario que insertara aquel párrafo en su redacción original.

No obstante, no se desconcertó lo más mínimo. Miró la hora que era. Eran las doce y cuarto. Dió unas cuantas palmadas para llamar a sus criados y dijo, volviéndose a los presentes:

—Han dado ya las doce. Almorcemos, y ya firmaremos el convenio después.

Nos fuimos a almorzar todos, excepto los dos secretarios, que mientras nosotros comíamos copiaban el documento y hacían en él las necesarias correcciones. Las nuevas copias sustituyeron, sin que nadie se enterara, a las que habían circulado aquella mañana antes del almuerzo, siendo debidamente firmadas por Li-Hung-Chang, por una de las partes, y por la otra, por el príncipe Lobanof-Rostowski y por mí.

Este convenio fué un acto de la mayor impor-

tancia. Si lo hubiésemos cumplido fielmente, nos habríamos ahorrado la desgracia de la guerra con el Japón, y hubiésemos conseguido asentar firmemente el pie en el Extremo Oriente. Anticipándome al curso de los acontecimientos, diré que fuimos nosotros mismos quienes rompimos el acuerdo, lo cual nos llevó a la situación que ahora tenemos que afrontar en aquella región de Asia. Fué un acto en donde la ligereza y la deslealtad se mezclaron de un modo peregrino.

El convenio fué ratificado, sin más dilación, por China y por nuestro Emperador. Dicho convenio tenía que servir de base para nuestras relaciones con el Imperio chino y, en general, para todo lo que se refiriese a nuestro estado legal en el Extremo Oriente.

Li-Hung-Chang permaneció algún tiempo en Moscú después de la firma del tratado. Recuerdo que una vez, mientras le estaba haciendo una visita, fué anunciado el Emir de Bokhara. El estadista chino asumió en seguida un aire de gran importancia, sentándose con gran majestad en un sillón. Cuando el Emir entró en el salón de recepciones, en donde se encontraba sentado Li-Hung-Chang, este último levantóse del asiento, adelantóse unos cuantos pasos hacia él y le saludó. Como conocía perfectamente a los dos personajes, no creí necesario retirarme. El Emir sintióse visiblemente disgustado por el aire de importancia de Li-Hung-Chang, y le dió a compren-

der, ante todo, que él, el Emir, era un personaje real, y que solamente visitaba a Li-Hung-Chang como muestra de respeto a su soberano el Emperador de China. Prosiguió la conversación, preguntando por la salud del Emperador y de la Emperatriz madre, e hizo visible su falta de interés por la de su huésped, lo cual, con arreglo a la etiqueta china, constituye un verdadero insulto.

Por su parte, Li-Hung-Chang preguntó al Emir cuál era su religión. Explicó antes que la China profesaba los principios religiosos de Confucio, y que deseaba saber, y lo dijo repetidas veces, cuál era la religión del Emir y de sus súbditos. El Emir declaró que era musulmán, llegando a exponer los principios de la religión fundada por Mahoma. Cuando terminó la visita, Li-Hung-Chang acompañó a su huésped hasta el carruaje en que había llegado el Emir. Al irse a poner en marcha, Li-Hung-Chang gritó al intérprete que acompañaba al Emir: "Haga el favor de decir al Emir que se me olvidó contarle que el Mahoma de que hablaba estuvo en China. Allí se averiguó que era un delincuente, y lo expulsaron del país. Entonces debió irse al pueblo del Emir a fundar su religión entre ellos." Esta salida fué tan inesperada, que el Emir se quedó cortado y no replicó nada. Habiéndose vengado de este modo de la ofensa que el Emir le había hecho, Li-Hung-Chang regresó al salón de recepciones de un humor excelente.

No llegó a la Prensa ni la más ligera información relativa a nuestro tratado secreto con China. Lo único que se supo en Europa fué el simple hecho de que China había concedido al Banco Ruso-Chino la construcción del ferrocarril del Este de China, como continuación del Transiberiano. La concesión fué redactada, bajo mis instrucciones, por el subsecretario de Hacienda, Mikhailovich Romanof, de acuerdo con el ministro chino en San Petersburgo, que también era el enviado de China en Berlín. Solía pasar el invierno y la primavera en San Petersburgo, permaneciendo en Berlín el resto del año. En cuanto empezó el verano, Romanof marchó a Berlín, y allí fué donde se redactaron los términos de la concesión. El proyecto fué ratificado por los dos Gobiernos contratantes. Por aquella época se corrió por Europa la noticia de que Li-Hung-Chang había sido sobornado por el Gobierno ruso. Yo debo declarar que no había la más pequeña parte de verdad en aquel rumor.

Los términos de la concesión del ferrocarril otorgada por China eran muy favorables para Rusia. El convenio concedía a China el derecho de redimir la vía al cabo de treinta y seis años; pero la forma de la redención era tan gravosa, que resultaba muy poco probable que el Gobierno chino se decidiese a efectuarla. Estaba calculado que si el Gobierno chino se decidía a redimir el ferrocarril al principio de los treinta y siete años,

tendría que pagar a la Sociedad, de acuerdo con las cláusulas de la concesión, una suma no menor de 700 millones de rublos.

En sus conversaciones particulares conmigo, Li-Hung-Chang reiteró que, como amigo de Rusia, me aconsejaba que no rebasáramos hacia el Sur la línea a lo largo de la cual debía correr el Transiberiano. Me aseguraba que cualquier movimiento hacia el Sur por nuestra parte podía dar lugar a extensas e inesperadas perturbaciones, que resultarían desastrosas lo mismo para Rusia que para China. "En el interior del país—decía—, las masas ignorantes consideran a todo blanco como a un enemigo." Los esfuerzos de Li-Hung-Chang para persuadirme que era necesario que Rusia reprimiera todo propósito de conquista resultaban verdaderamente innecesarios. Como devoto servidor del Zar, a quien su hijo había aplicado, con justicia (aunque inadvertidamente), el epíteto de "Pacificador", yo había sido siempre el más sincero defensor de la paz. Creía que las enseñanzas del cristianismo no resultarán efectivas hasta que la humanidad no aprenda a obedecer el principal mandamiento de Cristo; esto es: que ningún ser humano tiene derecho a matar a un semejante suyo. Menciono esto para hacer ver cuán eminentemente cuerdo era el estadista Li-Hung-Chang, representante del país que los europeos llaman semicivilizado.

En aquellos días el Emperador llevaba en sí el

germen de lo más excelso que la mente y el corazón del hombre poseen, y no creí necesario darle cuenta de la advertencia de Li-Hung-Chang. Estaba seguro de que el Emperador, al concluir el tratado secreto con China, perseguía exclusivamente designios pacíficos.

Debo advertir, de paso, el origen del llamamiento de Nicolás a las potencias para el desarme parcial. A mediados de 1898, Kuropatkín informó a Muraviof, ministro de Negocios Extranjeros, que, según sus noticias, Austria estaba a punto de aumentar y renovar su artillería. Esto obligaba a la renovación de la nuestra, lo cual resultaba muy gravoso para el Estado, porque en aquel momento estábamos renovando el armamento de toda la infantería. Por esta razón, el ministro de la Guerra indicó que debíamos entablar negociaciones con el propósito de inducir a Austria que renunciase a su plan, con la condición de que, por nuestra parte, nos obligáramos a reprimir los aumentos y perfeccionamientos de nuestra artillería. Muraviof me pidió mi opinión acerca de dicho asunto. "Dicha iniciativa, le dije, no haría más que traernos perjuicios, pues no obtendríamos resultado práctico alguno, y sólo serviría para dar a conocer a todo el mundo nuestra debilidad económica." Hablando con el ministro, me extendí en el incalculable perjuicio que se ocasionaba a todos los pueblos del mundo con el creciente militarismo y el bien que recibiría la humanidad de la limita-

ción de los armamentos. Estas ideas casi triviales eran nuevas para el inexperto ministro, y, al parecer, produjeron en él una profunda impresión.

Varios días después, el ministro de Negocios Extranjeros nos citó a Consejo para estudiar la cuestión del llamamiento a las potencias, pidiendo el desarme parcial y la reducción de los gastos militares. Muraviof nos informó de que Su Majestad aprobaba el plan y nos leyó el borrador del llamamiento. Como es natural, Kuropatkín se opuso al proyecto. Yo, por el contrario, lo aprobé, como hubiese aprobado cualquier plan que tendiese a solucionar los conflictos internacionales por procedimientos pacíficos. Hice ver que, de todos modos, era mucho menos impracticable y estrambótico que el convenio con Austria, sugerido antes por el ministro de la Guerra.

El llamamiento se publicó el 12 (24) de agosto de 1898, y al año siguiente tuvo lugar una conferencia para la paz en La Haya. Tuve ocasión de discutir el asunto con Su Majestad. Le felicité por haber tomado la iniciativa en la grande y noble tarea de llegar a la paz universal, pero le indiqué que la conferencia probablemente no daría resultados prácticos. Las sagradas verdades de la fe cristiana habían sido reveladas por el Hijo de Dios hacía dos mil años, pero todavía la mayor parte de la gente seguía mostrándose indiferente a estos preceptos. Tendrán que pasar muchos siglos, probablemente, antes que pueda

ser llevado a la práctica el arreglo pacífico de los conflictos internacionales. Cinco años más tarde, nosotros mismos demostramos que todo lo que decíamos acerca del desarme no eran más que frases huecas.

Durante las ceremonias de la coronación firmamos en Moscou otro convenio relativo a nuestra política en el Extremo Oriente. Me refiero al tratado con el Japón concerniente a Corea, que sancionaba la posición dominante de Rusia y determinaba la esfera de influencia del Japón en dicha comarca. Este tratado nos concedía el derecho de mantener en Corea instructores militares y unos cuantos centenares de soldados. El convenio también nos concedía una preponderante influencia sobre la Hacienda de Corea. Teníamos el derecho de nombrar el consejero, en cuestiones económicas, del Emperador de Corea, o, lo que es lo mismo, teníamos, prácticamente, el derecho de nombrar el ministro de Hacienda de Corea. De este modo el tratado señalaba las esferas de influencia de los dos Estados en la independiente Corea, pues el tratado de paz chino-japonés estipulaba la independencia de aquella región.

Después de la guerra chino-japonesa y el aumento consiguiente de nuestra flota en el Pacífico, el Departamento naval empezó a pensar en un puerto para nuestros barcos de guerra, porque, a causa de nuestras tirantes relaciones con el Ja-

pon, no era posible contar por mucho tiempo con los puertos japoneses. En 1895, el Gobierno de China nos permitió ocupar el puerto de Kiao-Chow; pero de hecho no llegamos a hacer uso de este privilegio, porque el puerto no reunía las condiciones precisas.

La cuestión de un puerto para nuestros buques de guerra volvió a ponerse sobre el tapete en 1897, cuando Alemania desembarcó una fuerza armada en Kiao-Chow en la costa Sureste de la península de Kantung. Dicha noticia me sorprendió por completo. Sin embargo, el ministro de Negocios Extranjeros no fué sorprendido del todo por el paso dado por Alemania. Varios días después, los diplomáticos alemanes publicaron una nota diciendo que los buques alemanes habían entrado en el puerto con el objeto de castigar a los chinos por el asesinato de un misionero alemán, que había tenido lugar hacía algún tiempo. Parecía extraño, sin embargo, que dicho castigo tuviese que llevar consigo la ocupación de todo el puerto por una considerable fuerza de desembarco y una fuerte escuadra.

Al recibir la noticia del desembarco, el Gobierno chino pidió a Rusia que enviase a Kiao-Chow unos barcos de guerra con el objeto de vigilar lo que hiciesen los alemanes. En seguida, nuestro encargado de Negocios en Pekín recibió la noticia de San Petersburgo de que los buques de guerra habían sido despachados para el puerto chino

en cuestión; pero al día siguiente se dió contraorden. Al informar nuestro encargado de Negocios a Li-Hung-Chang acerca de ello, le manifestó que las negociaciones se entablarían, indudablemente, entre San Petersburgo y Berlín, con lo cual resultaría más rápido el arreglo de la mala inteligencia de Kiao-Chow.

El ministro de Negocios Extranjeros, conde Muraviof, concibió la idea de aprovecharse de dicha situación para lograr una base naval para nuestros barcos. Creyó que sería fácil justificar la ocupación de algún punto del territorio chino, ante la necesidad de poseer una fuerte base para nuestros barcos, en el caso de que los asuntos se desarrollasen en sentido desfavorable para China.

A principios de noviembre, varios ministros, entre ellos yo, recibimos un *memorandum* redactado por el conde Muraviof. Apuntaba que la ocupación de Kiao-Chow por Alemania nos ofrecía una ocasión favorable para apoderarnos de un puerto chino, y en especial de Port-Arthur o del inmediato de Ta-lieng-wan. Poco después recibimos una invitación para una conferencia, con el objeto de ocuparnos de la proposición del conde Muraviof. La reunión fué presidida por Su Majestad en persona, y estábamos presentes, además del autor del *memorandum*, el ministro de la Guerra, Vannovskí; ministro de Marina, Tyrtof, y yo.

El conde Muraviof declaró que Rusia necesitaba un puerto en el Extremo Oriente, y que el

momento no podía ser más oportuno para apoderarse o, más correctamente, para ocupar Port-Arthur o Ta-lieng-wan. Yo indiqué el hecho de que habíamos concluído una secreta alianza defensiva con China, obligándonos nosotros mismos a defenderla de las usurpaciones de su territorio por parte del Japón. En estas circunstancias, declaré, apoderarse de un puerto chino sería la mayor de las felonías y de las deslealtades. Aparte de estas consideraciones de orden ético, seguí diciendo, la medida que se propone resultaría extremadamente peligrosa, aun mirada desde el punto de vista de nuestros intereses. Llamé la atención de los reunidos hacia el hecho de que habíamos emprendido la construcción de un ferrocarril por dentro del territorio chino, y que la medida que se proponía levantaría al país en contra nuestra, comprometiendo la construcción de la vía férrea. Dije, además, que la ocupación de los puertos debe ir unida a la de las líneas férreas que los enlazan con la línea principal, lo cual nos llevaría probablemente a complicaciones de resultados desastrosos.

Vannovski, ministro de la Guerra, defendió firmemente la opinión del conde Muraviof. El ministro de Marina declaró que un puerto en la costa de Corea, más cerca del océano libre, sería preferible al de Port-Arthur o Ta-lieng-wan. Mis argumentos no produjeron efecto alguno en Vannovski ni en Muraviof, pero el Emperador fué

visiblemente impresionado por mi vehemente acusación del proyecto, y se negó a sancionar el plan de ocupación.

Varios días después tuve una audiencia con Su Majestad. "Debo enterarle, Sergio Yulyevich", me dijo el Emperador, evidentemente desconcertado, "de que he decidido ocupar Port-Arthur y Talieng-wan. Nuestra escuadra, con tropas de desembarco, marcha ya hacia allá. He aquí por qué he dado este paso. Después de la reunión del otro día, el ministro de Negocios Extranjeros me dijo que, según sus informes, los buques de guerra ingleses estaban cruzando por delante de los puertos en cuestión, y que si nosotros no los ocupábamos, ellos lo harían." La información de Muraviof era falsa por completo, según supe más tarde por conducto del Embajador de Inglaterra.

La noticia me trastornó grandemente. Al salir del despacho del Emperador encontré al Gran Duque Alejandro Mikhailovich, el cual estaba *au courant* de los asuntos del Extremo Oriente, y le dije: "Recuerde este día, Su Alteza; este fatal paso traerá resultados desastrosos."

Después de hablar con Su Majestad marché directamente a ver a Chirski, consejero de la Embajada alemana en San Petersburgo, para que telegrafara al Emperador de Alemania diciéndole que, en interés de ambos países, solicitaba de él que abandonse Kiao-Chow, después de haber castigado a los culpables del asesinato de los mi-

sioneros. El Kaiser contestó en esencia lo siguiente: "Veo, por lo que dice Witte, que hay algunos pormenores importantes, relativos a dicho asunto, que son desconocidos de él. Por lo tanto no puedo seguir su consejo." Más tarde pude averiguar cuáles eran esos "importantes pormenores", a que se refería el Emperador de Alemania. En su visita a Peterhof, durante el verano de 1897, había obligado, verdaderamente, al Emperador Nicolás, a un tácito convenio en lo relativo a la ocupación de Kiao-Chow.

A principios de diciembre de 1897, una de nuestras escuadras ocupó Port-Arthur y Ta-liengwan. Como he dicho, esto tuvo lugar a consecuencia de declarar el ministro de Negocios Extranjeros que si nosotros no ocupábamos dichos puertos, serían ocupados por los ingleses. Previendo todas las desastrosas consecuencias de la decisión que Su Majestad había tomado, no cedí y continué abogando por el abandono de Port-Arthur. Con este motivo tuve varias violentas discusiones con el ministro de Negocios Extranjeros. Como resultado de ello, mis relaciones con el conde Muraviof se hicieron muy tirantes, y así siguieron hasta su muerte. Todos mis esfuerzos fueron inútiles. Era muy natural que el joven Emperador siguiese los consejos de sus ministros de Negocios Extranjeros y de la Guerra, que estaban de acuerdo con sus propios deseos de gloria y de conquistas.

El conde Muraviof encargó a nuestro representante en Pekín que informase al Gobierno de China de que nosotros no teníamos intenciones de apoderarnos de aquel territorio chino, habiendo ocupado solamente Port-Arthur, con el único objeto de proteger a China de los alemanes, y que lo abandonaríamos tan pronto como aquéllos lo abandonasen. China quedó tranquila desde luego y nos ofreció sus servicios para abastecer de carbón a nuestros barcos.

Al mismo tiempo, grupos de ingenieros empezaban a llegar a la Manchuria. En marzo de 1898 los trabajos preliminares estaban tan adelantados, que ya era posible el trazado de toda clase de proyectos. El ferrocarril del Oriente chino estaba destinado exclusivamente a propósitos culturales y pacíficos; pero aventureros *jingoistas* lo convirtieron en un medio de política agresiva, que envolvía la violación de los tratados, la ruptura de promesas otorgadas libremente y el desprecio de los intereses más elementales de otras naciones.

A principios de enero de 1898, el general Alejo Nikolayevich Kuropatkín fué nombrado ministro de la Guerra, en sustitución de Vannovski. Esperaba que el nuevo ministro adoptaría mi política y que abandonaríamos Port-Arthur. Mi esperanza fué vana. En una reunión convocada con el objeto de discutir las peticiones que había que hacer a China, reunión que presidía el Gran Duque Alejo Alexandrovich, el general se mostró

opuesto del todo a mis ideas. Entre las peticiones hechas a China, dijo, deben incluirse, no sólo la cesión de Port-Arthur y Ta-lieng-wan, sino también la parte de la península de Liao-tung, conocida con el nombre de provincia de Kwantung. Esto, según él, era de una gran necesidad estratégica. Aquella reunión acordó una serie de peticiones en este sentido agresivo. Se convino el arriendo por Rusia de la provincia de Kwantung durante treinta y seis años, sin compensación alguna para China, lo mismo que la construcción de un ramal de vía férrea que la uniese con el Transiberiano.

Poco tiempo después supliqué a Su Majestad que me permitiese abandonar mi cargo ministerial en vista de mi disconformidad con la política del Gobierno relativa al Extremo Oriente. Su Majestad negóse a mi petición. Me indicó que tenía absoluta confianza en mi aptitud como ministro de Hacienda, y que valoraba mis servicios en muy alto grado. Añadió que la ocupación de los puertos había sido ya acordada antes de la reunión, y que el tiempo enseñaría si aquel paso estaba bien o mal dado. Al propio tiempo, el Emperador pedía mi auxilio para la política que inauguraba en lo relativo al Extremo Oriente.

El Gobierno chino no estaba del todo dispuesto a acceder a nuestras demandas. La Emperatriz Regente y el joven Emperador estaban en su residencia de verano, en las cercanías de Pekín.

Bajo la influencia de los diplomáticos japonés e inglés, rehusaba hacernos toda clase de concesiones. Viendo que si en aquellas circunstancias fracasábamos en nuestras negociaciones con China habría efusión de sangre, telegrafíé al agente de mi ministerio en Pekín, para que visitase a Li-Hung-Chang y Chang-Ing-Huan, otro elevado personaje, aconsejándoles, en mi nombre, que viniesen a un acuerdo con nosotros. Daba instrucciones a mi agente para que ofreciese a aquellos dos hombres de Estado valiosos presentes, ascendiendo respectivamente a 500.000 y 250.000 rublos.

Apoyándose principalmente en el hecho de que una de nuestras escuadras, dispuesta a la acción, estaba frente a Port-Arthur, los dos estadistas trataron de persuadir a la Emperatriz de que cediese. Por fin, la Emperatriz accedió a firmar el convenio. Esto produjo una agradable sorpresa a Su Majestad. El acuerdo fué firmado el 15 de marzo de 1898 por Li-Hung-Chang y Chang-Ing-Huan, por una parte, y por nuestro Encargado de Negocios, por la otra. El acto fué una violación de nuestras tradicionales relaciones con el Imperio chino. Recuerdo que hablando con el Embajador alemán, conde de Radolin, de nuestra ocupación de Port-Arthur, dicho personaje caracterizó nuestra política como "un juego de chiquillos que acabará desastrosamente". Fué un paso fatal que nos llevó finalmente a la desdichada guerra con

## Memorias

el Japón y a la subsiguiente revolución. Por otra parte, el Imperio chino está tambaleándose, y más allá de la guerra civil, que está ahora en toda su violencia, se ve levantarse la República. La caída del Imperio chino producirá un cataclismo en el Extremo Oriente, cuyas consecuencias durarán muchos años.



## V

### Orígenes y desarrollo de la guerra ruso-japonesa.

**E**s evidente que con la ocupación de Kiao-Chow el emperador Guillermo nos dió el impetu inicial de nuestra política. Quizá no vió claramente las consecuencias que llevaría consigo nuestro paso; pero el Kaiser y los diplomáticos alemanes hicieron, en aquellos días, toda clase de esfuerzos para meternos en aventuras en el Extremo Oriente. Trataban de desviar nuestras fuerzas hacia allí para tener libre su frontera del Este. Durante la guerra, el Kaiser fué en cierto sentido el defensor de nuestra frontera del Oeste, y pagamos este servicio con un tratado comercial altamente desfavorable para nosotros.

Al hablar de nuestra política en el Extremo Oriente, debo recordar que en 1898 fué construído un gran buque rompe-hielos, con el objeto de mantener la navegación en el Báltico, durante el invierno; pero, principalmente, con el propósito de descubrir un camino por el mar Ártico hacia el Extremo Oriente. El rompe-hielos fué cons-

truído bajo la inmediata inspección del almirante Makarof, que durante la guerra con el Japón murió heroicamente en Port-Arthur. El almirante emprendió una expedición por el mar Artico con el rompe-hielos, pero no llegó más allá de Terranova.

El problema de una vía marítima hacia el Extremo Oriente a través del Artico, interesó grandemente a nuestro sabio Mendeleýef. Recuerdo una conferencia que tuve en mi despacho relativa a este asunto, con el almirante Makarof y Mendeleýef. El gran químico defendía un atrevido plan. Rechazaba la idea de llegar a Saghalien navegando paralelamente a la costa del Artico. Aseguraba que el camino más corto y más seguro estaba cerca del Polo Norte. El almirante Makarof consideraba, por el contrario, que era un proyecto verdaderamente arriesgado y que era más prudente seguir nuestra costa del Norte. Mendeleýef estaba tan seguro de la posibilidad de su plan, que se mostraba dispuesto a formar parte de la expedición a bordo del rompe-hielos, si se seguía el camino que señalaba. En cambio, negábase a unirse a la expedición si se adoptaba el proyecto del almirante. El antagonismo entre los dos llegó a tomar carácter personal, y no volvieron a entrevistarse jamás. Al final, no se llevó a efecto ninguno de los dos planes. El almirante Makarof fué nombrado en seguida para el mando del puerto de Cronstadt, y cuando estalló la guerra ruso-

japonesa se le encargó el mando en jefe de la escuadra del Extremo Oriente.

Nuestra ocupación de la península de Kwantung alarmó a las Potencias que temían intereses en China. Inglaterra se apoderó inmediatamente de Wei-Hai-Wei, y el Japón renovó sus usurpaciones en Corea. Francia se apoderó de algunos territorios en el sur de China, y el 17 de febrero de 1899 el Embajador italiano, Martino, pidió a China la cesión del puerto de Sang-Ming para Italia y el reconocimiento de la provincia de Che-tzian dentro de la esfera de la influencia italiana. En este último caso, el Gobierno chino mostró una inusitada firmeza, e Italia se vió obligada a retirar sus reclamaciones. En una palabra, el acto de Alemania fué la señal para que entrasen a saco en el territorio chino todas las potencias. Para aplacarlas, nos vimos obligados nosotros mismos a construir un puerto comercial libre en las proximidades de Port-Arthur. Esto no bastó para contentar al Japón. Temiendo un choque con dicho país, nos vimos obligados a cederle el terreno en Corea. Tuvimos que retirar nuestros soldados e instructores militares que allí teníamos, llamando a nuestro consejero cerca del Emperador de Corea, el cual en poco tiempo había conseguido adquirir una influencia completa en la Hacienda coreana. Nuestro convenio con el Japón, fechado el 13 de abril de 1898, sanciona nuestra posición dominante en aquella región. Si hubiése-

mos seguido unidos, lealmente, al espíritu de aquel acuerdo, no hay duda alguna de que más tarde o más temprano se habrían establecido relaciones más o menos pacíficas entre el Japón y Rusia. Hubiéramos conservado tranquilamente la península de Kwantung, mientras el Japón dominaba por completo Corea, y esta situación habría durado indefinidamente, sin dar ocasión a choque alguno.

La cesión de la península de Kwantung a Rusia, que trajo como consecuencia la ocupación de territorios chinos por las Potencias europeas, conmovió profundamente a la opinión pública en China. Li-Hung-Chang, que había firmado el convenio el 15 de marzo de 1898, tuvo que dejar su puesto y aceptar un Gobierno-General en el sur de China. En cuanto a Chang-Ing-Huan, fué desterrado durante la rebelión de los boxers al interior del país, en donde fué ahogado o extrangu-lado. Es sabido también, que el Embajador de China en San Petersburgo y Berlín, un respetable y concienzudo personaje, fué ejecutado públicamente a su regreso a Pekín.

La forma más violenta del descontento popular fué la llamada sublevación de los boxers. El año 1898 presenció el comienzo de los disturbios. Al año siguiente, el movimiento se hizo más considerable, y en 1900 los Gobiernos europeos se vieron obligados a tomar medidas represivas. El movimiento que empezó en el Sur se corrió al Norte.

Bandas chinas atacaban a los europeos, saqueaban sus propiedades y, en algunos casos, ponían en peligro sus vidas. El Gobierno chino protegía secretamente a los rebeldes. De todos modos, es evidente que las autoridades no deseaban ni tenían medios para combatir la rebelión.

El día que las noticias de aquel movimiento llegaron a nosotros, el ministro de la Guerra, Kuropatkín, vino a visitarme en mi despacho del ministerio de Hacienda. Estaba radiante de alegría. Le llamé la atención acerca del hecho de que la insurrección era consecuencia de la ocupación de la península de Kwantung. "Por mi parte", dijo, "estoy muy contento. Esto nos dará una excusa para apoderarnos de la Manchuria". Tuve curiosidad de saber lo que haría mi visitante con la Manchuria, después de ocuparla. "Convertiremos la Manchuria en una segunda Bokhara", me contestó.

En las medidas represivas contra los boxers, procedimos de acuerdo con las demás Potencias europeas. Tomamos la iniciativa de marchar sobre Pekín, después del fracaso del almirante Seymour, al intentar la libertad de las Embajadas, que estaban verdaderamente sitiadas en dicha ciudad. En esto me puse otra vez en desacuerdo con Kuropatkín. Defendí, ante Su Majestad, la idea de no intervenir en China, dejando que las otras Potencias reprimiesen los motines de Pekín. Kuropatkín, por el contrario, insistió en que debíamos

desempeñar el principal papel en la expedición contra Pekín. Yo, en cambio, argüía que era esencial para nosotros no irritar a China, para de este modo proteger nuestra posición en Manchuria, lo cual era para Rusia de un vital interés.

Mi consejo fué desatendido. Con asistencia de tropas japonesas tomamos Pekín, después que la Emperatriz viuda y el joven Emperador habían salido de la ciudad. Un cierto número de casas particulares, y especialmente el Palacio Imperial, fueron saqueados. Corrió el rumor de que oficiales del ejército ruso habían tomado parte en el saqueo, y debo decir, para vergüenza nuestra, que el encargado de Negocios de Rusia en Pekín me confirmó, confidencialmente, este rumor. Un teniente general, que recibió la cruz de San Jorge, por la toma de Pekín, regresó a su destino en la región del Amur, con diez cofres llenos de objetos de valor procedentes de los palacios chinos saqueados. Desgraciadamente, el ejemplo del general fué seguido por algunos oficiales del ejército.

El pillaje de los palacios imperiales fué acompañado de la captura de documentos oficiales de la mayor importancia. Es curioso que entre los documentos recogidos estuviese el original del convenio firmado en 1896 por el príncipe Lovanof-Rostovski y por mí, por una parte, y por Li-Hung-Chang, por la otra. Parece que la Emperatriz viuda atribuía tan gran importancia a ese documento que lo tenía guardado en su pro-

pia alcoba en una caja de hierro especial. Cuando Pekín fué sitiado, la Emperatriz vióse obligada a huir de Palacio con tanta precipitación, que dejó allí el precioso documento. Por recomendación mía, ese documento, que había sido alevosamente violado, fué devuelto al Gobierno chino.

Desgraciadamente, el movimiento boxer extendióse a la Manchuria. La actitud de las autoridades y de la población de aquella provincia, con respecto a nuestro modo de obrar, fué al principio satisfactoria del todo. Pero después de ocupar Port-Arthur, sufrió un cambio. Especialmente en la parte del Sur la población mostró una gran hostilidad contra nosotros. Las autoridades, lo mismo que el pueblo, trataron de poner obstáculos a la construcción del ferrocarril, y a veces tuvimos que hacer frente a ataques armados. Había varias razones, algunas de carácter puramente económico, para esta hostilidad; pero no deja de ser significativo que desde nuestra ocupación de Kwantung las autoridades locales no hiciesen esfuerzo alguno para calmar la agitación o reprimirla.

La administración china mostrábase marcadamente pasiva cuando se trataba de castigar las ofensas contra la vida o la propiedad de los rusos. Sólo después de recibir directas y repetidas instrucciones de Pekín, tomaban las autoridades locales las medidas precisas para el castigo de los culpables, y aun así de mala gana. La conmi-

vencia de las autoridades con ellos llegó al extremo de que en una ocasión figuraron soldados chinos, con sus fusiles y sus insignias militares, entre los rebeldes que atacaron a un grupo de nuestros ferroviarios. En algunos casos, los mismos oficiales les instigaban a atacarlos y actuaban de cabecillas. A principios de 1899, el gobernador de Mukden publicó una proclama dirigida al pueblo de aquella provincia, en donde acusaba a los rusos de oprimir a la población por varios medios, y de ocupación ilegal de terrenos para la construcción de la ciudad y el puerto de Ta-lieng-wan. La proclama produjo gran inquietud en la región. En su afán de oponernos obstáculos, China recurrió a su método favorito de ponernos frente a los ingleses, nuestros rivales en el Extremo Oriente. El Gobierno chino favorecía claramente a los ingleses y se mostraba hostil contra nosotros.

A la primera señal de perturbación en la Manchuria, Kuropatkín estuvo pronto a mandar al teatro de los disturbios las tropas que teníamos en la región del Amur. Yo hice todos los esfuerzos que pude para contener a Kuropatkín; pero pronto los motines de la Manchuria asumieron un carácter amenazador, que me obligó a apremiar al general para que apresurara el envío de nuestras tropas. En este caso, además, Kuropatkín actuó con su acostumbrada veleidad y su característica falta de previsión. Llevó al terreno

un contingente de tropas excesivamente grande, aunque resultaba evidente que una fuerza militar insignificante era suficiente para restablecer el orden. Llegó al extremo de enviar tropas desde la Rusia europea. Mientras una parte de ellas llegaba a Port-Arthur, los motines fueron sofocados, así es que tuvieron que volverse atrás inmediatamente. Pero el norte y el sur de la Manchuria quedaron ocupados por nuestras tropas.

La construcción del ferrocarril manchuriano fué emprendida con miras verdaderamente pacíficas. Tendía a una política leal con China, compensándola de pasadas transgresiones contra aquel país. Kuropatkin no sentía simpatía alguna hacia aquella política. Nuestro ejército conducíase en la Manchuria como en país conquistado, preparando el terreno a una catástrofe. Las fuerzas de los boxers en la Manchuria eran verdaderamente insignificantes. El general Subotich derrotó la más fuerte de sus partidas sin dificultad alguna, por cuya hazaña fué condecorado con la cruz de San Jorge. Este hecho de armas puso fin verdaderamente a los disturbios. Sin embargo, el ministro de la Guerra persistió, con uno u otro pretexto, en mantener nuestras tropas en la Manchuria. Durante año y medio, esta fué la causa de las diferencias entre el ministro de Hacienda, la Dirección de los ferrocarriles del Este-Chino y los agentes del ministro de Negocios Extranjeros, por una parte, y el ministro de la Guerra, por

otra. Su Majestad vacilaba dando órdenes contradictorias. Por una parte no condenaba definitivamente los puntos de vista de los ministros de Hacienda y de Negocios Extranjeros; pero por otra parte parecía favorecer al general Kuropatkín y su grupo.

Después de sofocar la rebelión de los boxers, los elementos militares consiguieron una influencia preponderante en nuestras relaciones con China. Trataban de utilizar la perturbación para favorecer sus intereses profesionales y fraguaban diversos planes de conquista. Extractos de una Memoria escrita en 1902 por Hirshman, un ingeniero que construyó la sección del Sur de la línea Kharbin-Port-Arthur, servirán mejor que nada para ilustrar el modo de proceder de nuestros militaristas en la Manchuria.

Hablando de la campaña de 1900, Hirshman hace notar la increíble exageración de los partes oficiales de los hechos de armas y la extraordinaria prodigalidad de toda clase de recompensas que fueron concedidas a los "héroes" de la Manchuria. "Además—dice—es un secreto a voces que desde el comienzo de la campaña el propósito del partido militar fué no sólo castigar a los boxers, sino también anexionarse permanentemente la Manchuria." Al describir la marcha de las operaciones militares en la Manchuria observa, con muy buen sentido, que se entregaba al saqueo una región en cuya prosperidad económica estábamos

vitalmente interesados. Eran proyectadas expediciones de castigo, sin más fin ni objeto que servir de excusa a nuevas recompensas y a nuevos saqueos. Cita, como ejemplo notable, la expedición contra una partida rebelde, mandada por un tal Khing-Tzang. Había llegado a conocimiento del general Tzerpitzki que dicha partida tenía su cuartel general en las cercanías de la ciudad de Kulo, en Mongolia, y decidió exterminarla. En vista de las excelentes relaciones que existían entre los rusos y el pueblo y autoridades de Mongolia, las fuerzas expedicionarias fueron provistas de salvoconductos y las acompañaron oficiales chinos de confianza. El objetivo de la expedición era la ciudad de Kulo, con su antiguo monasterio, venerado en toda Mongolia y renombrado por sus riquezas. Todo marchó perfectamente. La actitud de la población, con respecto a las tropas, fué amistosa y hospitalaria, y la expedición habría sido verdaderamente pacífica si el general que la mandaba no hubiese estado dominado por el afán de los laureles militares y también del pillaje.

“El relato me fué hecho por el general Tzerpitzky en persona — escribe Hirshman — en presencia de varios testigos. Cuando la expedición se acercó a Kulo, el general fingió encontrarse enfermo, y declaró que no podía entrar en la ciudad hasta el día siguiente. Ya de noche, al estar dormidos los oficiales chinos agregados a la expedición, y después de haber tomado las precauciones

necesarias, el general se puso bueno de repente, entrando en la ciudad en plena noche. Con el pretexto de un disparo hecho contra las tropas—probablemente se trataría de un disparo de los que acostumbran a hacer los vigilantes nocturnos en señal de que están despiertos—el monasterio fué tomado a viva fuerza, un gran número de monjes y seglares fueron degollados y el santuario entregado al pillaje. La parte del valiente general en el botín consistió en unas doscientas antiguas imágenes sagradas de bronce dorado.”

El autor de la Memoria llega a la siguiente conclusión: “Es conveniente, sin duda alguna, dejar que las autoridades chinas, con más experiencia en dichos asuntos, se dediquen a dispersar las partidas de bandidos y a restablecer el orden. Es evidente también que la retirada de nuestras tropas no presenta peligro alguno.”

Una serie de cartas que escribí al ministro del Interior, Sipyagin, en 1900, que estaba fuera por motivos de salud, contienen interesantes puntos de vista de la política del Gobierno central durante el período de la represión del movimiento boxer. Lo que va a continuación es de una carta fechada en San Petersburgo el 10 de agosto de 1900:

“La marcha a Pekín sorprendió al conde Lamsdorff. Kuropatkin nos había asegurado que las operaciones no empezarían antes de septiembre, y que sólo entonces habría reunidas las tropas

necesarias para ello. Se traslucía, sin embargo, que mientras Kuropatkín trataba de tranquilizar a Lamsdorff, destituía al almirante Alexeyef, a quien, durante todo aquel tiempo, había dado sus instrucciones el ministro de Negocios Extranjeros, nombrando en su puesto a Linevich, sin conocimiento del conde Lamsdorff, ordenándole que marchase sobre Pekín... Pero no es esto todo. No obstante asegurar pública y oficialmente que nuestro único propósito es el restablecimiento del orden, Grodekow declara de pronto que la orilla derecha del Amur debe ser nuestra. El Emperador se muestra conforme..., ¡y esto es comunicado al mundo entero! Nos apoderamos del importantísimo puerto de New-Chang; izamos allí la bandera rusa y establecimos nuestra administración. Lo mismo se hizo en Kharbín. El resultado de ello es haber promovido la desconfianza en China, los celos y la malevolencia en Europa y la alarma en el Japón. Por añadidura, cada día Kuropatkín llama a algún agregado militar extranjero, y le dice que estamos emprendiendo la guerra, que necesitamos ocupar toda la parte Norte, que no podemos tolerar a los japoneses en Corea, y así sucesivamente. En estas circunstancias, me he tomado la libertad de escribir de nuevo al Emperador para decirle que Kuropatkín le está llevando a un desastre, y que él no debía decir públicamente una cosa por medio del ministro de Negocios Extranjeros y hacer otra; que nues-

tra única misión en China consiste en restablecer el orden en el ferrocarril del Este chino, debiéndonos retirar en seguida; que al luchar contra China nos creamos un eterno enemigo; que el seguir penetrando más en la Manchuria nos producirá seguramente alguna desagradable sorpresa en el Oeste o en la frontera asiática; que la campaña del Extremo Oriente no levanta el entusiasmo en el pueblo; que todo esto es muy peligroso, porque pueden *desarrollarse en el país internas epidemias psicológicas...* En conclusión, imploraba a Su Majestad que ordenara a su ministro de la Guerra el cumplimiento, de un modo leal y sin planes ambiciosos, del programa original, sin arrastrarnos a ulteriores complicaciones internacionales."

"Como se trataba de un asunto muy grave, enseñé la carta a Pobiedonostzef, quien me dijo que tenía el deber de enviársela al Emperador, y así lo hice. Probablemente, debido a mi carta, el Emperador llamó al conde Lamsdorff, que corroboró los puntos de vista manifestados en ella y se quejó de los métodos empleados por Kuropatkin. Estuvo severo, especialmente al denunciar la ocupación de Pekín y el modo cómo se había llevado a cabo. Su Majestad estuvo amable con el ministro, pero le interrumpió a menudo para decirle que, después de todo, los asiáticos merecían la lección que se les había dado... Como usted ve, la situación es descorazonadora. No hay una

política definida, ni firmeza en sostener la palabra empeñada, y Kuropatkín está siempre en un estado de irritación crónico... He hecho todo lo que he podido para evitar el desastre... El curso de los acontecimientos no depende de mí..."

Ahí va un extracto de una carta fechada el 31 de agosto de 1900:

"Bromas aparte, el conde Lamsdorff y yo tenemos más miedo a Kuropatkín que a los chinos... Prescindiendo de los grandes e innecesarios contingentes armados que está empleando, de los inmensos gastos y de las medidas inútiles que toma con respecto a los telégrafos y ferrocarriles, mi mayor indignación es debida a sus partes oficiales, relatando batallas fantásticas sin bajas, o muy insignificantes por nuestra parte, y con centenares de chinos muertos o heridos... ¡Y pensar que Kuropatkín pone toda Rusia en movimiento y moviliza más de 200.000 hombres para oponerlos al enemigo! Creía que todo esto no eran más que locuras y desvaríos; pero estoy temiendo que el general no se traiga alguna oculta intención. Recientemente he tenido algunas discusiones con él; pero todo ha sido inútil; dice una cosa y hace otra. Quizá sea ésta la clave de su conducta. El otro día comió con nosotros, y entre otras cosas dijo que sólo el General en jefe era competente para fijar el número de las tropas. Tuve curiosidad por conocer quién era el General en jefe a quien se refería. Repliqué que aunque mucha gente creía

necesario el nombramiento de un general que ejerciese el mando, Su Majestad y él habían decidido desde el principio de la campaña que el propio Emperador actuaría como General en jefe, y él, Kuropatkín, como su jefe de Estado Mayor... Juzgue usted mismo lo que esto significa."

El general Kuropatkín era ambicioso, tenía facilidad de expresión y poseía, sin duda alguna, un gran valor personal. Era lo suficiente hábil para aprovecharse del hecho de haber sido nombrado ministro por el propio joven Emperador. Pronto se dió cuenta de que, como director de la guerra, estaba llamado a convertirse en la mano derecha del Monarca de un Imperio esencialmente militar. En efecto, Kuropatkín fué en seguida el favorito del Emperador. Mientras los ministros que habían sido nombrados en tiempo de Alejandro III eran raramente invitados a almorzar con Sus Majestades, este honor fué frecuentemente concedido a Kuropatkín, lo mismo que al ministro de Negocios Extranjeros, Muraviof. Este último distraía a la Emperatriz contándole chistes, y el primero era del gusto del Emperador. Pronto se le ocurrió al general, sin embargo, que era importante para él ser también del agrado de la Emperatriz. Recuerdo que en una ocasión, poco después de haber sido nombrado ministro, fuí a verle, al saber que al día siguiente tenía que firmar con el Emperador. Necesitaba pedirle que hablase a Su Majestad de cierto asunto. Le en-

contré en su despacho, delante de una mesa llena de libros. Después de decirle lo que allí me traía, me levanté para marcharme; pero él me detuvo para charlar un rato. Le dije que aun cuando no tenía prisa, no quería distraerle de sus trabajos; a lo cual me contestó que ya tenía preparada la firma; pero que después del despacho “estaba invitado a almorzar con Sus Majestades, y, como usted ve, estoy preparando una conversación interesante para la Emperatriz. Todos los libros que hay encima de esta mesa son novelas e historias de nuestros mejores literatos, especialmente de Turgenev. El tema de mi conversación de mañana será la mujer, en general, y en particular algunos hermosos tipos de la mujer rusa.”

Al año siguiente el Emperador pasó parte de la primavera en Yalta (Crimea), y algunos de los ministros, entre ellos el general Kuropatkín y yo, tuvimos que ir allí. Hacía un tiempo endiablado. Una mañana, al salir del Palacio Imperial, el general se detuvo en mi casa de verano. “Esta mañana, dijo, he conseguido hacer reír a Su Majestad. Mientras estaba despachando con él, el cielo estaba cubierto y el Emperador se encontraba triste. De pronto apareció la Emperatriz, con un espléndido traje de comida, en uno de los balcones. “Mire Vuestra Majestad, le dije, viendo que no había advertido su presencia; acaba de salir el sol!” “¿Dónde ve usted el sol?”, exclamó. “Haga el favor de volverse”, le contesté,

Así lo hizo, vió a la Emperatriz y se echó a reír. Su tristeza había desaparecido.”

Pero para el mando y organización faltábale a Kuropatkín talento creador y originalidad. Siempre trabajaba con las ideas y sugerencias de otros. Hay que confesar, sin embargo, que poseía una gran asiduidad y diligencia.

El comienzo del siglo presenció la formación de una fuerza, que, sin carácter oficial, fué convirtiéndose poco a poco en un factor de grandísima importancia en nuestra política del Extremo Oriente. Apareció en escena un cierto Bezobrazof, capitán de caballería retirado. Defendió la necesidad de recobrar nuestra influencia en Corea, asegurándonos varias concesiones en aquella comarca, aparentemente particulares, pero apoyadas y dirigidas realmente por el Gobierno. Bezobrazof logró ganar a su causa al conde Vorontzof-Dashkof y al Gran Duque Alejandro Mikhailovich, los cuales presentaron al capitán a Su Majestad, defendiendo la idea de anexionarse Corea por el procedimiento de la *tela de araña*, preconizado por su protegido. El Príncipe no era lo bastante inteligente para ver las consecuencias de aquella política, mientras que el Gran Duque sentía verdaderamente debilidad por todos aquellos proyectos que le permitían hacerse visible y le daban pie para entretener su inquietud.

A principios de 1900, Bezobrazof concibió la idea de constituir una sociedad industrial semioficial del

Este asiático, con participación financiera del Tesoro, con el propósito de explotar los bosques coreanos. Viendo que la empresa tenía todos los caracteres de una aventura político-industrial, me opuse enérgicamente a ella. Esta vez gané la victoria. Aunque los estatutos de la sociedad habían sido confirmados en junio de 1901, ésta no llegó a constituirse.

El problema de Corea era uno de los vórtices de nuestra política en el Extremo Oriente. Mis puntos de vista acerca de dicha cuestión están perfectamente expresados en una carta escrita al ministro de Negocios Extranjeros el 28 de noviembre de 1901:

“Estoy profundamente convencido de que, a menos que pongamos fin a nuestras desavenencias con el Japón por medios pacíficos y haciéndonos mutuas concesiones, no sólo estaremos siempre bajo la constante amenaza de un choque armado con aquella Potencia, sino que también nos será imposible dar condiciones de estabilidad a nuestras relaciones con China que está obligada a buscar el apoyo del Japón contra nosotros, así como buscó nuestro apoyo y cooperación durante la guerra con el Japón. *Un choque armado con el Japón en un futuro próximo sería un gran desastre para nosotros.* No dudo que Rusia saldría victoriosa de la lucha; pero la victoria nos costará demasiado y perjudicaremos en grado extremo al país desde el punto de vista económico. Ade-

más, y esto es lo más importante, *a los ojos del pueblo ruso una guerra con el Japón por la posesión de la lejana Corea no será nunca justificada, y el descontento latente puede agudizar más el fenómeno alarmante de nuestra vida doméstica, que aun en tiempo de paz se hace sentir....* Considero un deber decir que, según mi opinión, cuando las cosas se pongan mal del todo, puede ser conveniente abandonar por completo Corea... Entre dos males, un conflicto armado con el Japón y la cesión de la Corea, sin duda alguna elegiría el segundo.”

La situación de Manchuria era otro origen de preocupaciones. Nosotros ocupamos Manchuria con el propósito ostensible de sostener la autoridad del Gobierno de Pekín y reprimir la sublevación de los boxers. Los disturbios cesaron, el Gobierno recobró su asiento en la capital, pero nosotros continuamos en la Manchuria. Era natural que China buscara el apoyo del Japón y de las otras Potencias que tenían intereses en el Extremo Oriente. Todas ellas se unieron pidiendo nuestra retirada de la Manchuria. En su consecuencia, el 26 de marzo de 1902 concluimos un convenio con China, estipulando la evacuación gradual de nuestras tropas de la Manchuria en el plazo de un año, que terminaba el 26 de septiembre de 1903.

A mediados de 1903 visité la Manchuria para inspeccionar el ferrocarril del Este chino y re-

solver sobre el terreno algunos de los problemas relativos a su construcción y explotación. Al regresar presenté al Emperador un dictamen, en el cual hacía recalcar la conveniencia de evacuar la Manchuria y de asegurar nuestra influencia en el Extremo Oriente por procedimientos pacíficos exclusivamente. Mi dictamen no produjo impresión alguna en Su Majestad. Si hubiese seguido mi consejo, habríamos evitado la desastrosa guerra con el Japón, con todas sus terribles consecuencias.

De acuerdo con China, evacuamos una parte de la Manchuria; pero en 1903 se produjo un movimiento contra la evacuación del resto de la provincia, sin tener antes una sólida garantía de que China defendería nuestros intereses en la Manchuria. En un Consejo de ministros, reunido con el objeto de ocuparse de dicho asunto, Kuropatkín manifestó "que no podía menos de mirar a la Manchuria como un territorio que, en parte, debía en lo futuro pertenecer a Rusia." De acuerdo con esta opinión, "era necesario no oponer obstáculos a las hostilidades de parte de China ni de las demás Potencias, ni protestar contra la directa violación de nuestros derechos, expresamente estipulados, con el objeto de asegurarnos una excusa para no llevar a cabo nuestras obligaciones con respecto a la Manchuria".

Se redactó una serie de garantías, sobre las que debía condicionarse la evacuación. El Go-

bierno imperial de China se negó a nuestras pretensiones.

Al propio tiempo, la influencia de Bezobrazof iba creciendo rápidamente, aunque hubiese sido abandonado por sus elevados protectores. Había logrado atraerse las simpatías del propio Emperador. En noviembre de 1902 fué enviado al Extremo Oriente para estudiar la posibilidad de explotar los recursos naturales de aquella región. Su Majestad me ordenó que colocara una suma de dos millones de rublos a disposición de Bezobrazof en el Banco Ruso-Chino, y que realizara esta operación en el secreto más absoluto. Bezobrazof estuvo dos meses en el Extremo Oriente. Él mismo se presentó como representante personal del Emperador. Su presencia en Port-Arthur introdujo un elemento de confusión en la administración de aquella comarca. En todas partes defendía la idea de una política de agresión industrial, amparada por la fuerza militar.

En aquellos días aparecieron claramente visibles dos corrientes en lo que se refiere a nuestra política en el Extremo Oriente: una oficial, de carácter moderado, representada por el ministro, y otra, secreta, inspirada por Bezobrazof y dirigida por el mismo Emperador. Los planes del grupo de Bezobrazof fueron objeto de varios Consejos de ministros. En todas las discusiones figuré como enemigo implacable de las aventuras en Corea. No guardé miramientos a nadie y empleé

las palabras más duras y severas al ocuparme de Bezobrazof. En el Consejo del 26 de marzo de 1903 manifesté que, habiendo llegado a las playas del mar Amarillo, ante las celosas miradas de las Potencias extranjeras, debíamos detenernos en nuestro movimiento de avance y atrincherarnos en las actuales posiciones. Después de todo, el Consejo fué hostil a Bezobrazof y no aprobó sus planes.

Viendo que la influencia de Bezobrazof cerca de Su Majestad iba aumentando constantemente, y conociendo que la opinión de un cierto príncipe Meshchersky, periodista notable, era de gran peso para el Emperador, dominé mi aversión hacia él, y fuí a verle para suplicarle que escribiese a Su Majestad advirtiéndole los peligros de la política que estaba desarrollando en el Extremo Oriente. Meshchersky accedió a mis deseos; pero la respuesta del Emperador mostró claramente que las advertencias de Meshchersky no habían producido en él impresión alguna. La nota terminaba con una frase enigmática: "El 6 de mayo se verá la opinión que tengo acerca de este asunto." En dicho día Bezobrazof fué promovido al cargo de secretario de Estado, y su colaborador Vogak al de general de su séquito. Estos nombramientos fueron muy excepcionales y significativos.

Al día siguiente fué convocado un nuevo Consejo para examinar los proyectos de Bezobrazof. El Emperador estuvo excesivamente amable con-

migo. Me ofreció un puro y encendió un fósforo para mí. Esperaba, evidentemente, desarmarme de este modo; pero yo reiteré mi opinión sobre el asunto con mi acostumbrada rudeza. El conde Lamsdorff insistió en que la dirección de las negociaciones en el Extremo Oriente debía dejarse a nuestros diplomáticos, y que todos los tratados y legítimos intereses de las diversas partes debían ser respetados. A esto replicó Plehve que no los diplomáticos, sino las bayonetas debían funcionar en Rusia, y que los problemas del Extremo Oriente debían ser resueltos con las bayonetas y no con las plumas de los diplomáticos. Debe decirse que casi todos los asistentes se mostraron conformes con los planes de Bezobrazof.

Bezobrazof consiguió constituir una Sociedad industrial con el propósito de explotar los bosques de la cuenca del río Yalu. La sociedad alquiló unas partidas de bandidos chinos para emplearlos como guardas; pero el Gobierno los consideró como individuos fuera de la ley, y tenían lugar frecuentes choques entre los guardas y las tropas chinas. Las relaciones entre los representantes de la sociedad y las autoridades chinas eran muy tirantes. Nuestros trabajos en la región del Yalu empezaron a llamar la atención de la diplomacia extranjera. Japón hizo un llamamiento a la Gran Bretaña, y especialmente a los Estados Unidos. A mediados de 1903 todas las Potencias es-

taban vigilando nuestros movimientos en aquella comarca.

Por aquel tiempo Bezobrazof realizó otro viaje al Extremo Oriente. Aquella vez no viajó como un particular, sino en un lujoso tren especial, acompañado de un numeroso séquito. El ministro de la Guerra, Kuropatkín, también se encontraba entonces en el Extremo Oriente, y tuvieron lugar en Port-Arthur varias conferencias relativas a los principales problemas de nuestra política en aquellas regiones. Las decisiones no diferieron materialmente de las acordadas en las conferencias de primavera de San Petersburgo. La idea de anexionarse Manchuria había sido abandonada, pero se tenía decidido pedir garantías al Gobierno de Pekín para proteger los intereses de Rusia en la Manchuria. Excepción hecha de Bezobrazof, todos los miembros del Consejo estábamos en contra de una política agresiva. El general Kuropatkín, al regresar a San Petersburgo, sometió a Su Majestad un informe, en donde, hablando de nuestros trabajos en Corea, decía lo siguiente:

“No debo ocultar a Su Majestad mi temor de que ahora que nuestra empresa en el Yalu es conocida de todo el mundo, y que los altos intereses del Autócrata de Rusia en ella se han convertido en materia de público conocimiento, lo mismo en el interior que en el exterior, no será posible presentar por mucho tiempo esta empresa como una simple aventura comercial, sino que en lo futuro

tendrá una grande y alarmante importancia política. Por lo tanto, por grandes que sean las ventajas comerciales que pueda tener la empresa, parece conveniente para nosotros venderla al extranjero, si no queremos mantener una constante causa de peligro de ruptura con el Japón."

Kuropatkín termina su Memoria diciendo que debíamos, ante todo, tomar las medidas necesarias para asegurar las buenas relaciones con el Japón, y que teniendo esto presente, debíamos renunciar a la idea de asegurarnos una posición en el Sur de la Manchuria, contentándonos con robustecer nuestra influencia en el Norte.

En julio de 1903 presenté también una Memoria relativa a la situación en el Extremo Oriente. Acerca de la esencia y carácter general de aquel problema decía lo siguiente:

"Rápidas vías de comunicación han arrastrado a la raza amarilla dentro del vórtice del tráfico internacional. Al principio de la mitad del siglo pasado, la sobreproducción y la colonización impulsaron claramente la impaciente atención de Europa y América hacia las vastas comarcas dormidas del Extremo Oriente. De ahí, naturalmente, surgieron choques, no sólo entre ellas mismas, sino también con los indígenas que durante millares de años habían vivido sin intercambio alguno con el resto del mundo, habiendo desarrollado su propia cultura. Dada la superioridad técnica y militar de los occidentales, no es difícil pre-

sumir el resultado de los conflictos con las naciones indígenas. Sólo sobrevivieron aquellas comarcas que, como el Jaqón, habían logrado adquirir rápidamente la cultura europea necesaria para defenderse; los países que se habían mantenido inertes cayeron cual presa en manos de los poderosos invasores y fueron repartidos entre ellos.

Tal es, en esencia, el problema del Extremo Oriente. De acuerdo con ello, el problema de cada país consiste en obtener la mayor parte posible de la herencia de los Estados orientales supervivientes, especialmente del coloso chino. Rusia, geográfica e históricamente, tiene derecho indiscutible a la parte del león en la esperada presa. El movimiento inicial del pueblo ruso hacia el Este empezó en tiempos de Ivan *el Terrible*, continuando desde entonces, hasta detenerse últimamente con la ocupación de la península de Kwantung. Evidentemente, ni este territorio ni la Manchuria pueden constituir el objetivo final de Rusia. Dada nuestra extensísima frontera con China, y nuestra situación excepcionalmente favorable, la absorción por Rusia de una parte considerable del Imperio chino es sólo cuestión de tiempo, a menos que China consiga protegerse por sí misma. Pero nuestro principal fin debe consistir en que esta absorción tenga lugar naturalmente, sin precipitar los acontecimientos, sin apoderarnos de territorio alguno, con el objeto de evitar un prematuro reparto de China entre las Potencias interesadas,

que privaría a Rusia de sus más valiosas provincias.”

Yo insistí en que el problema manchuriano fuese resuelto teniendo en cuenta este punto de vista, y defendí la idea de que debíamos evacuar la provincia después de asegurarnos determinadas garantías.

En julio de 1903 se hizo de urgente necesidad tomar una decisión definitiva respecto a nuestra situación en la Manchuria. Al propio tiempo, el Japón renovó las negociaciones con nosotros relativas a la división de nuestras respectivas esferas de influencia en Corea y Manchuria. Sin embargo, no se tomó decisión alguna. La situación permaneció indefinida hasta el mismo comienzo de la guerra. Y por esto la guerra nos encontró desprevenidos.

Me parecía a mí que, después de todo, la proposición de los japoneses era aceptable. Un Consejo, convocado el 1 de agosto, para estudiar las condiciones del Japón, llegó, en esencia, a la misma conclusión.

Al propio tiempo tuvo lugar un cambio brusco en nuestra política del Extremo Oriente. Sin conocimiento de los ministros de la Guerra, Hacienda y Negocios Extranjeros, que hasta entonces habían estado encargados de los asuntos del Extremo Oriente, un Decreto Imperial del 30 de julio creó el cargo de Virrey de Su Majestad Imperial en el Extremo Oriente. A dicho personaje le

estaba confiado el poder administrativo y militar de todo el territorio oriental del lago Baical y la gestión de las relaciones diplomáticas con China, Japón y Corea. Para el nuevo cargo era nombrado el general Alexeyef, gobernador de la península de Kuantung. Al principio, Alexeyef era opuesto a los planes de Bezobrazof; pero viendo que el Poder favorecía a este último, inclinóse visiblemente hacia él. Desde aquel momento consideré mi causa perdida e inevitable una guerra desastrosa.

Era evidente para mí que no podía seguir por más tiempo en el Gobierno. Ya he relatado las circunstancias bajo las cuales dejé mi puesto ministerial. Mi dimisión no afectó para nada el curso de nuestra política. Marchábamos sin vacilación hacia una guerra, y al propio tiempo no hacíamos nada para prepararnos para dicha eventualidad. Obrábamos como si estuviésemos seguros de que el Japón tenía que soportar todos nuestros actos, sin atreverse a atacarnos. En aquellos años la constante preocupación del ministro de la Guerra era la posibilidad de una lucha con el Imperio alemán. Unos meses antes de la ruptura de hostilidades en el Extremo Oriente estábamos atareados preparándonos para la guerra que considerábamos inevitable con Alemania y Austria-Hungría. Llegamos al extremo de nombrar a los jefes de los ejércitos. El Gran Duque Nicolás fué nombrado General en jefe de las fuerzas que tenían

que oponerse al ejército alemán, y el general Kuropatkín de las del frente austriaco.

Creo de mi deber decir que mientras todo el Gabinete de ministros responsables estuvo unánime en su actitud negativa con respecto a una política agresiva en Corea, el grupo de Bezobrazof permaneció impotente, a pesar de su influencia sobre Su Majestad. La situación cambió radicalmente cuando Plehve, ministro del Interior, se unió abiertamente a Bezobrazof. Sólo entonces el Emperador se pasó al partido de este último. Por aquel tiempo se había entablado una lucha entre Bezobrazof y yo, y Su Majestad estuvo dudando si sacrificarle a él o a mí.

Con la creación del puesto de Virrey, Alexeyef y Bezobrazof tomaron francamente en sus manos la dirección de nuestra política en el Extremo Oriente. Elaboraron grandiosos y fantásticos esquemas de explotación de nuestras posesiones en aquella comarca, entre las cuales incluían la Manchuria y el Norte de Corea. Con tales propósitos proyectaron la Sociedad de Ferrocarriles del Este de China y el Banco Ruso-Chino, con el objeto también de atraer el capital extranjero. Siendo yo todavía ministro, Bezobrazof vino a visitarme varias veces para explicarme sus fantásticos proyectos. En mí no encontró más que indiferencia y una gran obstinación en no dejarle gastar dinero del Tesoro. El crédito de dos millones que se le había concedido a principios de 1903 fué pron-

to agotado, y las diversas empresas emprendidas por él en la Manchuria pasaban apuros pecuniarios, puesto que las colosales ganancias de la explotación de los bosques sólo existían en el papel, y las demás empresas también estaban en quiebra. Sólo lograron alzar contra nosotros a los chinos y agudizar las sospechas del Japón.

En septiembre, el Emperador fué a Alemania, deteniéndose en Darmstadt. Por entonces la influencia del ministro de Negocios Extranjeros en los asuntos del Extremo Oriente había sido eliminada casi por completo. Su Majestad conferenció directamente con el virrey Alexeyef, sin mediación del conde Lamsdorff. En Darmstadt el Emperador ratificó los estatutos del Comité del Extremo Oriente y nombró miembros de dicho Comité a Bezobrazof y a Abaza. Mientras el Emperador permanecía en Darmstadt yo viajaba por el extranjero. En París encontré un gran optimismo con respecto a la situación del Extremo Oriente. Francia estaba segura de que no estallaría la guerra con el Japón, porque Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros, decía en toda ocasión que, según sus informaciones, la guerra era imposible. En realidad había obtenido sus informaciones de nuestro Embajador en París. No tenía informes diplomáticos de Pekín ni de Tokio, lo cual indica el mal servicio diplomático que tenía Francia en el Extremo Oriente. Por el contrario, el ministerio de Negocios Extranjeros de

Alemania estaba muy bien informado respecto a la situación ruso-japonesa. En Berlín se sabía que el Japón estaba haciendo grandes preparativos militares, y que la guerra era considerada allí como inevitable. Parece que mi salida del ministerio de Hacienda convenció al Japón de que nada podría conjurar el conflicto, puesto que ellos sabían que yo era el que principalmente me ponía en frente de nuestros temerarios militares.

Durante la permanencia en Darmstadt del Emperador, el Kaiser le escribió a causa de los preparativos que se hacían en el Extremo Oriente para un conflicto de armas. La respuesta de Su Majestad fué muy característica. Dijo al Kaiser que no habría guerra porque *él* no la deseaba. Quería decir, evidentemente, que Rusia no declararía la guerra, y que el Japón no se atrevería a hacerlo.

El Emperador regresó a Tzarskye Selo el 21 de noviembre (4 de diciembre), y tres días más tarde el ministro de Hacienda, Pleske, se puso enfermo. Sucedióle su subsecretario, Romanof, un hombre de excelentes principios, absolutamente honrado y de una gran erudición financiera. Dadas estas cualidades, no podía seguir en su puesto durante mucho tiempo, y pronto fué sustituido por Kokovzef.

El año 1904 fué señalado por varios acuerdos importantes. A principios de enero hubo una recepción en el Palacio de Invierno. Durante ella,

Kurino, el embajador del Japón se me acercó, suplicándome que hiciese comprender al ministro de Negocios Extranjeros la necesidad de contestar a la última nota del Japón en el plazo más breve posible. Me dijo que las negociaciones con su país se estaban llevando negligentemente, con el objeto evidente de retrasar la solución de los problemas de Corea y Manchuria. Declaró que el Japón había llegado al límite de la paciencia, y que si dentro de unos cuantos días no se le contestaba, las hostilidades serían rotas. Verdaderamente, las negociaciones eran conducidas, por nuestra parte, de un modo que parecía indicar el deseo de obligar al Japón a acudir a la fuerza de las armas. Mientras nuestros adversarios demostraban repetidamente su buena voluntad, cediendo en diversos puntos, nosotros éramos intratables. No obstante el hecho de que reconocíamos en esencia la justicia de las peticiones del Japón, retrasábamos sistemáticamente las negociaciones.

Conocía a Kurino desde hacía algún tiempo. Un mes antes de dimitir mi cargo de ministro de Hacienda, había presentado un proyecto de convenio ruso-japonés, que habría evitado la guerra. A pesar de la defensa que hice de él, el proyecto fué enviado al Virrey para su estudio, siguiéndose de ahí interminables negociaciones. Repetí las palabras de Kurino al conde Lamsdorff, quien me contestó: "No puedo hacer nada; no tomo parte en las negociaciones".

Dejamos de contestar a su debido tiempo, y el 26 de enero (del calendario ruso) los buques japoneses atacaron nuestra escuadra de Port-Arthur, echando a pique a varios de nuestros navíos. Al día siguiente fué declarada la guerra. Hubo una recepción de Corte y unos solemnes oficios divinos en que se rogó por la victoria. No hubo notable entusiasmo entre los concurrentes. El silencio y la tristeza reinaban en Palacio y fué como si una carga muy pesada hubiese caído sobre el pueblo... Al regresar el Emperador a Palacio oyéronse unos débiles vivas que pronto se apagaron. Una serie de manifestaciones fueron organizadas al día siguiente por el Gobierno; pero no encontraron eco alguno por parte de la población. Era evidente que la guerra resultaba altamente impopular. Ni uno siquiera la deseaba y muchos la maldecían. Esto era un signo fatal

El virrey Alexeyef fué nombrado General en jefe de las fuerzas combatientes. Este nombramiento era el mayor de los absurdos. No era un guerrero, ni siquiera podía montar a caballo. Tampoco se había distinguido en modo alguno en el servicio naval. Había hecho su carrera de un modo muy particular. Siendo un joven oficial acompañó al Gran Duque Alejo Alexandrovich en su viaje alrededor del mundo. Se dice que en Marsella, los alegres viajeros bebieron con exceso y que en medio de la borrachera, el joven Gran Duque se portó tan indecorosa y violentamente.

que la policía tuvo que detenerle. Según parece, Alexeyef consiguió convencer a las autoridades de que era él el culpable. Pagó una multa y se ganó la amistad del Gran Duque. En tiempo de Alejandro III, Alexeyef llegó al empleo de Almirante-general, y debido a los esfuerzos del Gran Duque fué nombrado gobernador de la provincia de Kwantung. Sin embargo, creo que el Gran Duque no soñó jamás que su protegido pudiese llegar a mandar como General en jefe un ejército de varios centenares de millares de hombres, que pronto fué aumentado a un millón.

Bajo la presión de la opinión pública, que asumió una actitud recelosa en extremo acerca de Alexeyef, el general Kuropatkín fué nombrado General en jefe de los ejércitos del Extremo Oriente el 8 (21) de febrero. El nombramiento llevaba consigo un dualismo de autoridades, que estaba llamado a producir un sin fin de confusiones y perturbaciones. La marcha de Kuropatkín fué verdaderamente fastuosa. Dirigió la palabra al público, y en general se condujo como un vencedor. Hubiese sido mucho más acertado marcharse en silencio y regresar con pompa y triunfo; pero la fatalidad lo decretó de otro modo.

La noche antes de su marcha, el general Kuropatkín habló conmigo, y pudimos discutir la situación. Sabiendo lo familiarizado que estaba en las cuestiones del Extremo Oriente, me pidió consejo acerca del modo de concluir la guerra, en

general. Antes de dar a conocer mi opinión relativa a dicho asunto, quise conocer cuáles eran sus planes. Me explicó que no estábamos preparados en absoluto para la guerra y que tendrían que pasarse varios meses antes de que tuviésemos el número de tropas suficientes para oponernos al enemigo. Mientras tanto, tenía el propósito de retirarse, lenta y firmemente, en dirección de Kharbín, dejando a Port-Arthur entregado a su suerte. Después de llegar a Kharbín, y reunirse con las tropas de refresco, llegadas de Europa, empezaría la ofensiva contra los japoneses y destruiría su ejército. Este plan de campaña me pareció bueno y manifesté mi aprobación.

Antes de despedirse, el general me dijo: "Sergio Yulyevich, usted es un hombre de extraordinaria inteligencia y mucho talento. ¿Qué consejo me da usted antes de que me marche?"

—Tengo un excelente consejo para usted—le dije—; pero usted no le seguirá.

Insistió en oírme.

—¿Quién marcha con usted al Extremo Oriente?—le pregunté.

Me explicó que se llevaba varios ayudantes que más tarde constituirían su Estado Mayor.

—¿Son todos ellos dignos de confianza?

—Evidentemente—me contestó.

—En este caso—le dije—he ahí mi consejo. El almirante Alexeyef se encuentra actualmente

en Mukden. De seguro usted irá directamente allí. Oiga usted lo que yo haría si me encontrase en su lugar. Al llegar a Mukden enviaría mi Estado Mayor al almirante Alexeyef con orden de prenderle. Dado el prestigio de usted en el ejército, su orden no sería desobedecida. Una vez cumplimentada, enviaría al almirante a San Petersburgo en el primer tren que saliera hacia el Oeste. Al propio tiempo enviaría a Su Majestad un despacho, diciéndole en esencia lo siguiente: "Señor, para el mejor éxito de la gran tarea que V. M. me ha encomendado, he creído necesario, en cuanto he llegado al frente, arrestar al General en jefe y enviarlo a San Petersburgo. Ruego a V. M. que me mande fusilar por la transgresión cometida o que me perdone por amor al país."

El general se echó a reír y, alargándome la mano, me dijo: "Siempre está usted de broma, Sergio Yulyevich". Le aseguré que hablaba bien en serio y que preveía las perturbaciones que su llegada al frente produciría a causa del dualismo de autoridades.

El comandante del ejército de la Manchuria, general Kuropatkín, consideraba a Alexeyef, no sin motivo, como una completa nulidad, y, sobre todo, como un intrigante, mientras que por su parte, el General en jefe Alexeyef odiaba a Kuropatkín y deseaba verle fracasar. Los dos daban informes contradictorios al Gobierno; pero Kuropatkín hacía todo lo que podía para evitar la

ruptura. En sus íntimos sentimientos, el Emperador simpatizaba con la táctica defendida por Alexeyef; pero no podía exteriorizarlos y se conducía como si su principal objeto fuese engañar a sus dos generales. Kuropatkin me contó más tarde que tenía en su poder una serie de telegramas que arrojaban completa luz sobre los fracasos de la primera parte de la campaña, o sea antes de la dimisión de Alexeyef. Tratando de justificarse, me contó una vez Kuropatkin que le habían sido impuestos generales completamente estúpidos, y que las autoridades centrales habían intervenido constantemente en todo. Ante estas quejas, le contesté que toda la culpa era suya por no haber seguido el consejo que le dí antes de marcharse al frente. Le dije que si no le daban libertad de acción debía haber dimitido.

El siguiente hecho puede demostrar el gran optimismo que prevalecía entre nuestros jefes militares al comienzo de la guerra, y el modo cómo evaluaban la capacidad combatiente de los japoneses. Al discutirse el número de hombres que se debía enviar al frente, el general Kuropatkin discrepó de la opinión de Vannowski, el anterior ministro de la Guerra. Mientras el general Kuropatkin creía que la proporción de nuestro ejército con respecto al japonés, debía ser de dos a tres, el anterior ministro opinaba que un soldado ruso podía luchar contra dos japoneses.

Durante el año 1904, el Emperador revistó to-

dos los contingentes armados que se enviaban al frente. A este fin, visitó Belgrado, Poltava, Tula, Moscou, Kolomma, Penza y Sysran. En septiembre visitó un cierto número de ciudades del Oeste e inspeccionó los buques de guerra en Reval. En octubre marchó a Suvalki, Vitebsk y otros puntos de las cercanías. En diciembre estuvo en diversos puntos del Sur. El Emperador, por lo general, dirigía una corta arenga a los soldados, deseándoles un feliz viaje. En seguida, lo mismo él que la Emperatriz repartían entre la tropa varios iconos, incluyendo el del recientemente canonizado San Serafín de Sarof. Teniendo en cuenta que durante el año no habíamos tenido más que derrotas, el general Dragomirof tuvo una frase sarcástica, que corrió por todo el país: "Estamos atacando a los japoneses con iconos, y en cambio ellos emplean balas contra nosotros".

El curso de la guerra durante el año 1904, fué como sigue (las fechas están de acuerdo con el calendario ruso): El 31 de marzo fué hundido nuestro buque almirante *Petropawlowski* y el almirante Makarof y parte de la tripulación perecieron ahogados. La catástrofe condenó a toda nuestra flota del Extremo Oriente a la inacción. A mediados de abril perdimos la batalla de Turenchen. A fines de mayo fuimos derrotados en una batalla naval fuera de Port-Arthur. En agosto perdimos una importante batalla cerca de Liao-Yang, y empezó nuestra retirada hacia Mukden. Cuando

llegó a esta ciudad, Kuropatkin declaró en una orden general que no retrocedería ni un sólo paso más. El 22 de diciembre cayó Port-Arthur. Después fuimos derrotados cerca de Mukden y nos vimos obligados a emprender la retirada en dirección de Kharbin.

Como había previsto, hubo constantes rozamientos entre Kuropatkin y Alexeyef. El primero seguía un sistemático plan de retirada, mientras que el segundo, por el contrario, abogaba por una táctica agresiva. Sentado en su lujoso despacho, hablaba de marchar contra Port-Arthur y dar una paliza a los japoneses. Ninguno de los dos sistemas fué llevado adelante con decisión. Ambos apelaban a San Petersburgo, para recibir instrucciones, y la mayor parte de las medidas militares que se tomaron fueron ordenadas desde la capital. El resultado de este absurdo método de conducir una guerra, fué una serie sucesiva de los más vergonzosos desastres. Por fin, el comandante en jefe fué destituido, ordenándole regresar a San Petersburgo, y el general Kuropatkin fué nombrado en su lugar.

La pérdida de la batalla de Mukden reveló la completa incompetencia del general Kuropatkin, como comandante en jefe. Fué sustituido por el general Linevich, que se había distinguido en la toma de Pekín y en el saqueo del Palacio Imperial de aquella ciudad. El general Linevich, que era un valiente soldado, no pudo hacer nada para re-

mediar la situación. El ejército estaba completamente desmoralizado y en revolución. Ningún hombre cuerdo podía dejar de ver que habíamos perdido toda probabilidad de conseguir una victoria en tierra. Creo que la causa de nuestras continuas derrotas está en la falta absoluta de preparación en que nos encontramos, y también en el dualismo de la autoridad militar. El general Rediger, que ocupaba el cargo de ministro de la Guerra, antes que Kuropatkín fuese destituido, expresó claramente su opinión de que ya habíamos perdido la guerra.

Cuando estaba en Alemania, llevando personalmente las negociaciones de la renovación del tratado comercial, aún seguía creyendo que mientras nuestras fuerzas navales no fuesen destruidas, nuestro ejército saldría victorioso. Tenía confianza en Kuropatkín, aunque no me hiciese ilusiones en lo relativo a su habilidad como militar, y me parecía imposible que el Japón pudiese infligirnos derrota tras derrota. Pero cuando regresé a San Petersburgo, comprendí que la guerra estaba perdida. Desde aquel momento todos mis esfuerzos se encaminaron hacia la más rápida conclusión de un tratado de paz. Mis esfuerzos resultaron inútiles, y sólo después de haber sido derrotados por completo nos decidimos a emprender las negociaciones.

Al ser derrotados en Mukden, el pueblo, que no era guiado por razón alguna, sino por toda

clase de impulsos místicos, concibió la esperanza de cambiar los destinos de la guerra, en favor nuestro, con el envío de la escuadra del Báltico al Extremo Oriente. Creía que bajo el mando del almirante Rozhdestvensky, nuestra escuadra del Báltico destruiría a la japonesa. Por supuesto, se trataba de una ilusión insensata. Era un proyecto irreflexivo, dictado por la esperanza más bien que por la fría razón. Todo espíritu cuerdo veía que la escuadra estaba sentenciada a muerte. Después de la caída de Port-Arthur, la situación de Rozhdestvensky era todavía más precaria, porque no podía esperar ayuda alguna y no había puerto en donde pudiese buscar refugio en caso necesario. El 14 de mayo de 1905, tuvo lugar la desastrosa batalla de Tsushima, y toda nuestra flota fué echada a pique en aguas japonesas. Fué un golpe de muerte para nuestras ambiciones en el Extremo Oriente. Después de esta aplastante derrota, Su Majestad inclinóse hacia la idea de la paz.

El desastre de Tsushima fué la señal para la supresión del Comité del Extremo Oriente, y la destitución del almirante Alexeyef del puesto de Virrey. Fué algo así como unos funerales por la muerte de la aventura de Bezobrazof. El almirante fué condecorado con la cruz de San Jorge, aunque jamás hubiese olido la pólvora. Durante la guerra estuvo siempre en su palacio de Mukden y se preocupó más de sus comodidades que del

## Memorias

estado del ejército. Los procedimientos mediante los cuales los rusos recibían los altos cargos y condecoraciones militares hace tiempo que han sido descubiertos.



## VI

### La paz de Portsmouth.

EN la mañana del 29 (según el calendario ruso) de junio de 1905, fui nombrado primer plenipotenciario para concluir la paz con el Japón. Muraviof, nuestro Embajador en Roma, había sido llamado a San Petersburgo y nombrado plenipotenciario. Tuve una franca conversación con él en el transcurso de una velada que me dedicó a su llegada a la capital. Me dijo que ya sabía que la tarea de conducir las negociaciones de la paz era muy desagradable, porque cualquiera que fuese su resultado, siempre sería blanco de numerosos ataques. No obstante, estaba decidido a sacrificar su carrera personal y aceptar el ofrecimiento del Emperador. Me dijo, además, que la estancia en un país de régimen parlamentario le había convencido de que sólo una Constitución podría salvar a Rusia. El Embajador parecía disfrutar de buena salud y me aseguró que estaba fuerte como un roble.

Unos días más tarde, el conde Lamsdorff vino

a decirme que el Emperador deseaba saber, confidencialmente, si aceptaría el puesto de primer plenipotenciario para conducir las negociaciones con el Japón. Parece que uno de aquellos días, Muraviof, alegando su mal estado de salud, había suplicado a Su Majestad que le relevara de la misión que le había confiado. El conde tenía una opinión definida del motivo por el cual Muraviof rehusaba el cargo. En primer lugar, declaró el conde Lamsdorff, Muraviof no estaba en absoluto preparado para aquella misión, y era lo bastante inteligente para comprender que corría un grave riesgo en la empresa. En segundo lugar, le contrarió el ver que Su Majestad había señalado los emolumentos del plenipotenciario en 15.000 rublos, cuando esperaba que fuesen 100.000.

El conde Lamsdorff apeló a mi patriotismo. Me explicó que no podía ir él personalmente, por ser preciso que continuase en su puesto de honor. Su subsecretario, el príncipe Obolenski, era incapaz para aquella misión. Contesté al conde que no declinaría la misión si el Emperador en persona me pedía o me ordenaba que la aceptase. Al día siguiente fuí llamado por el Emperador. Me recibió muy amablemente y me suplicó que tomase sobre mí la tarea de conducir las negociaciones de la paz. Le contesté que estaba siempre dispuesto a servir a mi Emperador y al país. Su Majestad me dió las gracias y me dijo que deseaba sinceramente que los *pourparlers* nos condujesen a la paz.

Añadió, no obstante, que no pagaría ni un sólo copec de indemnización, ni cedería una pulgada de territorio ruso.

Unos cuantos días después, salí para los Estados Unidos de América. En aquellos momentos la situación económica era la siguiente: Habíamos agotado todos nuestros medios y perdido nuestro crédito en el extranjero. No había la menor esperanza de poder cubrir un empréstito en el interior ni en el exterior. Sólo podíamos proseguir la guerra mediante nuevas emisiones de papel moneda, o sea preparando el camino a un completo colapso financiero y económico. Hare notar el hecho de que durante la guerra el total de papel moneda había pasado de 600 a 1.200 millones. Esta lamentable situación fué el resultado, por una parte, de la falta de experiencia de Kokovtzev, y, por otra, de nuestro optimismo relativo al término de la guerra.

Por mi parte estoy convencido de que lo mismo Kuropatkín que Linevich rogaban a Dios por el éxito de mi misión. Verdaderamente, la paz era el único camino para ellos, pues de este modo podrían decir: "¡Sí, es verdad que hemos sido batidos repetidas veces, pero si no hubiese sido por la paz, habríamos conseguido al final nuestro objetivo!"

De la comisión formaban parte los siguientes miembros: Martens, profesor de Derecho internacional de la Universidad de San Petersburgo

y profesor honorario de muchas universidades extranjeras, hombre de gran inteligencia, pero de estrecho criterio; Planson, del ministerio de Negocios Extranjeros, un burócrata típico, aunque dispuesto siempre a complacer a sus superiores; Pokotilof, nuestro Embajador en China, estadista de talento que siempre se opuso a nuestra política agresiva en el Extremo Oriente; Shipof, que más tarde fué ministro de Hacienda y que representaba al Ministerio; el general Yermolf, representando al ministro de la Guerra, que fué el defensor oficial de la dignidad de nuestro ejército, valiente, pero falto de dirección; el coronel Samoylof, segundo representante del ministro de la Guerra, que creía que nuestra causa estaba perdida y que era preciso concluir la paz a toda costa; capitán Rusin, delegado del ministro de Marina, que estaba de acuerdo en lo esencial con Samoylof. Con el barón Rosen, el segundo plenipotenciario, no trabé conocimiento hasta mi llegada a América. Tenía la mediocre inteligencia de un alemán del Báltico y las maneras de un perfecto caballero. No estaba enterado de las cosas de Rusia, y hasta después de haber oído al coronel Samoylof y al capitán Rusin cuál era la situación del frente, estuvo vacilando en su actitud acerca de la paz. Mientras no tomó parte activa en las negociaciones, hizo cuanto pudo para servirme.

Se dispuso que parte de mi séquito se me uniría en Cherburgo, donde tenía que embarcar, y

que el resto lo encontraría en Nueva York. Salí de San Petersburgo acompañado de mi esposa, de nuestro nieto, de unos cuantos meses de edad, de León Naryshkín y de los criados. Nos detuvimos en París varios días. En la capital de Francia mis sentimientos de patriota eran lastimados a cada momento. El público me trataba a mí, plenipotenciario en jefe del Autócrata de todas las Rusias, como el representante de una nación insignificante. Algunos—una pequeña minoría—simpatizaban conmigo; otros no podían ocultar su alegría ante nuestra desgracia; pero la inmensa mayoría me trataba con la más completa indiferencia. En la estación de París oyéronse gritos de *Haced la paz*. La actitud de la Prensa radical, acerca del Emperador y nuestro país era insultante.

Salí de París para Cherburgo acompañado de nuestra hija y su esposo, Naryshkín, y de una hueste de periodistas. Creía poder embarcar por la tarde; pero nuestro buque se había retrasado, a causa de un temporal, y no pudimos hacerlo hasta la mañana siguiente. Tuvimos que pasar la noche en un hotel, tan lleno de gente, que solamente pudimos disponer de dos habitaciones nada confortables. En Cherburgo, la actitud desdeñosa de los franceses, acerca de nosotros, era más marcada aún. Sin embargo, puede ser muy bien que en mi delicado papel de representante de un país llevado por las circunstancias a una desdi-

chada posición, me sintiese inclinado a una morbosa sensibilidad, sufriendo a causa de afrentas y animosidades imaginarias.

El barco donde habíamos tomado pasaje era, si no recuerdo mal, el *Wilhelm der Grosse*, de la Compañía de vapores de Hamburgo, uno de los más grandes y más veloces trasatlánticos. A bordo fuimos recibidos por el capitán y la tripulación con gran pompa, tocando la banda el himno nacional ruso al pisar yo la cubierta. Alguno de mis acompañantes, entre ellos el coronel Somoylof, Planson, Nabokof, Korostovetz y Martens, ya se encontraban a bordo. Conocía personalmente a un cierto número de los periodistas que nos acompañaban. Así sucedía con Bryanchaninof, joven bastante inteligente, pero sobre todo sempiterno charlatán, y Suvorín, un muchacho encantador, ambos rusos. De los corresponsales extranjeros conocía al doctor Dillón, publicista inglés notable y hábil, muy honrado y de una gran sinceridad, de reconocida fama en Inglaterra y América. Graduado en una universidad rusa, había enseñado Filología comparada en la Universidad de Kharkof. Hablaba y escribía el ruso muy bien, y su familiaridad con la situación de Rusia, especialmente en los últimos años, era muy grande. Estaba relacionado con todos nuestros partidos políticos y grupos sociales. Figuraba también entre los periodistas Mackenzie Wallace, corresponsal especial del rey Eduardo. A juzgar por el he-

cho de que hasta el preciso momento de firmarse aseguró que el tratado no se llegaría a concluir, debió estar despistando continuamente a Su Majestad el Rey de Inglaterra. Al propio tiempo, Wallace era redactor político del *Times*. Sería quizá un buen periodista, pero siempre informó mal a sus compatriotas acerca de Rusia. Hablaba bien el ruso. Sentía debilidad por todo cuanto olera a aristocracia. Cuando estuvo en Rusia frecuentaba las familias aristócratas, y no se reunía más que con la gente *chic*. Todo lo que oía lo tomaba como verdades indiscutibles y las transmitía fielmente a sus compatriotas. Ni siquiera en Inglaterra le tomaban en serio. Hace algún tiempo escribió un libro acerca del campesino ruso, en donde cantaba himnos a nuestra *obshchina* (sistema de organización comunal).

Seis meses antes de estallar la revolución de 1905-1906 publicó una nueva edición de su obra, en la que aseguraba que, debido a la sabiduría de la *obshchina* (organización comunal de nuestros campesinos) era imposible en Rusia toda revolución. El invierno de 1906-1907 lo pasó en Rusia, y, según me contaron, en sus crónicas no me trataba de un modo muy halagüeño. Debió ser influido por el ambiente en que vivía. El no haberle hecho caso en América puede haber contribuido a la mala voluntad que me demostró. En una ocasión le dije que su obra acerca de los campesinos rusos era una prueba de cómo una persona inte-

ligente puede equivocarse cuando mira las cosas a través de los ojos de otros.

Venía también con nosotros Hadémant, que escribía en el *Matin*, periodista hábil y muy bien dispuesto hacia nosotros. Había, además, otros corresponsales; pero en lo que a Europa se refiere, las negociaciones fueron seguidas verdaderamente por Hadémant y Dillon. La Prensa alemana no tenía representante notable en la Conferencia.

El viaje duró seis días. El Océano estaba muy tranquilo, así es que no sentí las molestias del mareo. Nosotros comíamos aparte del pasaje, y unas cuantas veces invité a los periodistas a comer conmigo. Otras veces comimos en el comedor general. Me enteré de que entre los pasajeros figuraban unos cuantos aficionados a emociones fuertes que marchaban a Portsmouth puramente por curiosidad de presenciar el torneo político entre Komura y yo.

Desde en medio del Océano el doctor Dillon transmitió por el telégrafo sin hilos una *interview* conmigo, relatando el principio de las negociaciones. Fué el primer caso en la historia de la Prensa mundial de transmisión de una *interview* por telegrafía sin hilos desde un buque en alta mar. La *interview* se publicó en todos los periódicos de Europa, y contribuyó mucho a dar a conocer al mundo mis puntos de vista relativos a mi misión.

Apenas habían transcurrido dos semanas desde

mi inesperado nombramiento de plenipotenciario, y durante aquellos días estuve constantemente atareado e imposibilitado de concentrar mis pensamientos. Pero a bordo tuve muchas ocasiones de estar solo, y puede reflexionar, preparándome para el duelo diplomático, y trazando mi plan de batalla. Resolví basar mi táctica en los principios siguientes: 1.º No dejar ver, en modo alguno, que deseábamos con ansiedad hacer la paz, dando a entender que si Su Majestad había consentido en las negociaciones era a causa, simplemente, del deseo universal de todos los países de ver terminada la guerra. 2.º Obrar como correspondía al representante del Imperio más grande de la tierra, que no ha perdido el ánimo por el hecho de que el poderoso Imperio se vea envuelto temporalmente en una pequeña dificultad. 3.º En vista de la grandísima influencia de la Prensa americana, prestarle verdadera atención y mostrarme accesible a todos sus representantes. 4.º Proceder con democrática sencillez y sin empaque alguno, para conseguir la simpatía de los americanos. 5.º En vista de la considerable influencia de los judíos en la Prensa y en otros aspectos de la vida americana, especialmente en Nueva York, no mostrar hostilidad alguna hacia ellos, lo cual estaba en perfecta concordancia con mi opinión acerca del problema judío. Este programa lo seguí estrictamente durante mi estancia en los Estados Unidos, donde viví como en una casa de cristal, con la mirada de todo

### Conde Witte

el mundo siempre en mí, cual un actor en escena. Creo que debí, en parte, mis éxitos diplomáticos a este plan. A bordo del trasatlántico empecé a poner en ejecución mi programa, y como resultado de ello, pronto quedaron establecidas entre el numeroso pasaje y yo relaciones de cordialidad, que, al propagarse del barco al público y a la Prensa, crearon una atmósfera favorable a mí y a Rusia. No sólo no huí de los *reporters*, sino que siempre estuve a su disposición y me adelanté a sus deseos de tener al mundo al corriente de la marcha de la Conferencia. Como es natural, tuve que estar constantemente con mucho cuidado, pesando todas mis palabras, con el objeto de asegurar el mejor resultado de la causa que dirigía.

Era un secreto a voces que casi todos los empréstitos de guerra del Japón fueron cubiertos por el mercado monetario americano, así es que América fué verdaderamente el banquero del Japón en su lucha con nosotros. Además, la opinión pública de América estaba por completo al lado de nuestros enemigos. Tal era la situación que encontré al llegar a los Estados Unidos. Anticipándome a los acontecimientos, debo decir que logré que la opinión pública americana cambiase de modo de pensar. Por mi parte fuí ganándome la Prensa, y, por consiguiente, la puse a favor de la causa que la voluntad del Soberano me había confiado, así es que cuando abandoné la República trasatlántica casi todos los periódicos eran campeones

nuestros. Y la Prensa, a su vez, fué el instrumento que cambió por completo la opinión pública del país en favor mío y de la causa que representaba.

Desde este punto de vista, Komura, el plenipotenciario japonés, cometió un grave error, lo cual era más grave en él, que se había educado en los Estados Unidos y conocía el espíritu de aquel país. Evitó la Prensa, ocultándole la mayor parte de las circunstancias del asunto. Por mi parte me aproveché de la falta de tacto de mi adversario para excitar la Prensa en contra de él y de su causa. Desde el comienzo de las negociaciones propuse que las discusiones fuesen accesibles a los periodistas, como diciendo que estaba dispuesto a tomar el mundo entero por confidente, y que, como representante del Zar, no tenía secretos ni segundas intenciones. Sabía, por supuesto, que los japoneses se opondrían a ello, y, en efecto, a instancias de mis adversarios, los periodistas no fueron admitidos a las sesiones. Este incidente fué conocido inmediatamente por la Prensa, perjudicando grandemente la causa del Japón ante sus ojos. Se acordó éntregar breves extractos después de cada sesión. Dichas notas eran escritas por los secretarios y repasadas por los plenipotenciarios. Pronto supieron los *reporters* que la severidad de la censura japonesa era responsable de la brevedad de los boletines y de la escasez de noticias. La amistad del pueblo americano hacia Rusia fué au-

mentando, y la simpatía por la causa japonesa fué constantemente disminuyendo.

Mi conducta personal puede también ser tenida parcialmente en cuenta en lo relativo a la transformación de la opinión americana. Tuve mucho cuidado de tratar a todos los americanos con quienes me puse en contacto con la mayor sencillez posible. Al viajar, lo mismo si lo hacía en tren especial, en automóvil o buque del Gobierno, daba las gracias a todo el mundo, hablaba con los ingenieros y les daba la mano; en una palabra, trataba a todo el mundo, de cualquier clase social que fuese, como a un igual. Este comportamiento me resultaba bastante difícil, como todas las cosas a las cuales no está uno acostumbrado; pero indudablemente valía la pena de que me tomase dicha molestia. No sólo no fué en detrimento de mi dignidad como plenipotenciario en jefe del Emperador, sino que, por el contrario, acrecentó mi prestigio. Los americanos estaban acostumbrados a creer que un emisario del Autócrata de todas las Rusias era un personaje invisible e inaccesible, en nada parecido a los demás personajes oficiales que visitaban el país. Y entonces vieron, no sin cierto placer, que el más alto dignatario del Imperio ruso, el presidente del Consejo de ministros y Embajador extraordinario del propio Emperador, era un hombre sencillo, accesible y amable, que trataba al más humilde ciudadano como a un igual.

Al entrar en aguas de Nueva York, al sexto día de navegación, nos encontramos con una flotilla de barquitos y botes automóviles, llenos de periodistas y curiosos que deseaban conocer al plenipotenciario ruso. Los *reporters* subieron a bordo y me saludaron en nombre de la Prensa americana. Yo les manifesté el sentimiento de alegría que me animaba al llegar a un país que había estado siempre en amistosos términos con Rusia. Les dirigí también unas cuantas frases halagüeñas acerca de la Prensa, que desempeña un papel tan importante en América. Desde aquel momento, hasta mi salida de los Estados Unidos, estuve, por decirlo así, bajo la vigilancia de los periodistas, que literalmente espían todos mis pasos. Durante mi estancia en aquel país fui objeto de innumerables instantáneas, tomadas con *kodaks*. Toda clase de gente, especialmente señoras, se me acercaba, suplicándome que me estuviese quieto un momento para tomar una instantánea. Todos los días recibía, procedentes de todos los puntos de los Estados Unidos, innumerables peticiones de un autógrafo. Estos cazadores de autógrafos, en general señoras, llegaban también directamente a mí. Y yo complacía cariñosamente a todo el mundo, y procuraba, por lo general, demostrar la mayor atención posible con mis visitantes y, sobre todo, con los representantes de la Prensa.

Al desembarcar me encontré con el embajador Rosen, segundo plenipotenciario, y sus auxiliares.

En su coche me llevó al mejor hotel de Nueva York, situado en la principal calle de la ciudad. Me había sido reservada en el hotel una serie de habitaciones, consistentes en dos despachos, un gran salón, un comedor, una alcoba, un tocador y un cuarto para mi ayuda de cámara. El precio de estas habitaciones era de 380 rublos diarios. En uno de los balcones de mis habitaciones ondeaba la bandera de Rusia, que atraía la atención de todo el mundo. El tiempo era muy caluroso, y un gran número de los habitantes de Nueva York estaban veraneando.

Por orden de Roosevelt, el presidente, varios agentes de Policía secreta estaban afectos a mi guardia. Dichos sabuesos americanos se mostraban, hablaban y se comportaban como unos perfectos caballeros. No había nada en aquellos hombres, sin uniforme alguno, que los distinguiera de los demás que pasaban por la calle, por lo menos a los ojos de un extranjero. En Europa es muy fácil reconocer a un policía secreto. En San Petersburgo visten como los demás mortales, pero uno puede señalarles desde lejos, porque llevan un sombrero de forma rígida y un gran paraguas negro. La presencia de dicha guardia fué una sorpresa desagradable para mí. Corrían rumores, según me explicó el barón Rosen, contestando a mis preguntas, de que se temía que atentasen contra mi vida los agentes de un cierto grupo extremo de militaristas japoneses que trataban de

impedir la conclusión de la paz. Se temía también, añadió, que el atentado contra mi vida pudiese llegar de otra parte, principalmente de los judíos que hormigueaban en Nueva York. Habían emigrado después de las matanzas de Kishinef, organizadas por Plehve. Cuando se hubo firmado el tratado de paz, la guardia de policía secreta fué reforzada, por creerse que los japoneses residentes en los Estados Unidos se estaban preparando para atentar contra mi vida.

Al día siguiente de mi llegada a Nueva York cogí un automóvil y, acompañado de un empleado de la Embajada, fuí a visitar el barrio de los judíos, poblado, en su mayor parte, por emigrantes rusos. En aquel tiempo la población judía de Nueva York había llegado a medio millón. Los judíos me conocieron en seguida. Al principio me miraban con recelo; pero cuando hube saludado a varios de ellos y cambiado algunas palabras en ruso con otros, se rompió el hielo, y la mayoría empezó a hablarme cariñosamente. Al regresar al hotel, encontré al agente que había sido designado para acompañarme en mis visitas. Cuando se enteró de que llegaba del barrio judío y venía incólume, casi se cayó de espaldas, pues, según los informes de la Policía, había gran animosidad en contra mía entre los judíos.

El mismo día fuí a visitar al presidente Roosevelt, en Oyster Bay, a una hora de coche de la ciudad. El barón Rosen me acompañó. Roosevelt

ocupaba una casita de su propiedad, en donde vive todavía, después de retirarse a la vida privada. Tenía el aspecto de una casa de verano de un burgués de pocos recursos. Todos los criados de la casa eran negros. Roosevelt había sido durante una gran parte de su vida un defensor de la completa igualdad entre negros y blancos, y fué siempre el campeón de la causa de la gente de color de los Estados Unidos. Como es natural, la actitud de los negros, con respecto a él, es de respeto y cariño, mientras, por otra parte, es atacado por cierto número, aunque reducido, de blancos. Tuve una larga conversación con el Presidente. No le agradó la actitud en que me iba a colocar. Declaró que mis puntos de vista, con respecto al asunto de la paz, impedirían la posibilidad de un arreglo con el Japón. Creía que después de formular ambas partes sus puntos de vista diametralmente opuestos e irreconciliables, se disolvería la conferencia. En seguida fuimos a almorzar, sentándonos a la mesa, además del huésped y los dos convidados, la esposa del Presidente, su hija, de un primer matrimonio, y el esposo de ésta. El almuerzo fué más que sencillo, y para un europeo casi indigerible. No había manteles y en vez de vinos agua helada. Por excepción sirvieron un poco de vino al barón Rosen. Me enteré que, por lo general, se suele comer muy pobremente en América. Lo que más sorpresa me causó fué que el dueño de la casa, y no la señora, se sentase

primero a la mesa y fuese quien primero se levantase y se sirviese primero a la señora de la casa que al señor. También ví que la señora seguía inmediatamente detrás del Presidente. Todo esto es completamente contrario a las maneras y costumbres de Europa. El principio de "las señoras primero", se aplica lo mismo a la esposa del Presidente de Francia que a cualquiera otra señora. Sólo es concedida la prioridad al Presidente de los franceses, cuando se trata de un acto puramente oficial, y, en tal caso, su esposa no suele tomar parte en él.

Después del almuerzo, seguimos hablando; pero como la esposa del Presidente tomó parte en la conversación, no tocamos asuntos de política. Convinimos que al día siguiente me encontraría con el plenipotenciario japonés y su séquito a bordo del yate del Presidente y en presencia suya. Después del encuentro en el yate, y de un ceremonioso cambio de saludos, el barón Rosen y yo debíamos trasbordar a un barco y Komura con su séquito a otro, dirigiéndonos a Portsmouth, en donde tendría lugar la conferencia.

A la hora convenida salí del hotel, emprendiendo el camino hacia el muelle, en donde la muchedumbre me saludaba en silencio. Embarcamos en un barco pequeño, que nos llevó al yate del Presidente. Nuestra marcha era señalada por continuos rugidos y chillidos de las sirenas y silbidos de las fábricas, pues este es el modo de saludar

de América. Es curioso hacer notar que el paso de los japoneses no iba señalado por ninguna clase de manifestaciones. Cuando llegamos a nuestro destino, fuimos saludados por el yate del Presidente, del modo reglamentario. El representante de los japoneses fué saludado del mismo modo.

Tan pronto como estuvimos sobre cubierta, el Presidente procedió a la ceremonia de presentarnos unos a otros, e inmediatamente nos invitó a un *lunch*, que tomamos en pie, para evitar toda delicada cuestión relativa a preferencia de asientos. Manifesté a Rosen mi aprensión de que se concediera alguna ventaja a los japoneses; dije al barón que, por ejemplo, no consentiría un brindis en honor de nuestro Emperador después de uno al Mikado. Temía que el Presidente, un típico americano, inexperto y despreocupado en lo relativo a formulismos, no armase alguna confusión. El barón Rosen consultó el caso con el secretario de Negocios Extranjeros, que había estado durante largo tiempo en San Petersburgo en la Embajada de América. Había sido nombrado para estar al cuidado de la conferencia, y arreglar el ceremonial de modo que no hubiese motivos de rozamientos. El brindis del Presidente fué en honor de los dos soberanos al mismo tiempo. El primer encuentro con los japoneses tenía que ser muy molesto para mí, toda vez que yo representaba a un país que, si bien era el Imperio más grande del mundo, había sido derrotado en la gue-

## Memorias

rra. La entrevista fué ceremoniosa y muy seca. Cuando salíamos del comedor, nuestro grupo, compuesto del Presidente, yo, el barón Rosen, Komura y el segundo plenipotenciario, Takahiri, cónsul del Japón en Nueva-York, fuimos fotografiados, de acuerdo con los deseos de Roosevelt. La fotografía fué entregada a cada uno de los miembros de la Conferencia y reproducida por todos los periódicos americanos. Después de dejar al Presidente y a los japoneses, subimos a bordo del buque que nos condujo directamente a Portsmouth.

Como no soy gran entusiasta de los viajes por mar, y además sentía muchos deseos de visitar Boston, desembarqué en Newport, en compañía de uno de mis secretarios, con el propósito de continuar mi viaje a Portsmouth por tierra. El resto de la comitiva siguió a bordo.

Después de almorzar con el comandante del puerto, recorrí en coche los alrededores de Newport. La ciudad, propiamente dicha, es pequeña y no tiene nada de notable; pero está rodeada de casas de campo y palacios lujosos en extremo. Es la residencia de verano de los millonarios de Nueva-York, y el punto de encuentro de los americanos ricos y en cierto modo de los europeos.

Aunque era temprano, me encontré con gran número de jinetes, cuyos trajes me llamaron bastante la atención. Los hombres llevaban camisas y calzones de colores claros e iban sin sombrero

a pesar del sol que hacía. Las mujeres también iban sin sombrero y llevaban traje de montar muy corto y de colores claros.

El comandante del puerto—que me devolvió la visita dos años más tarde en Hamburgo, cerca de Francfort (Alemania)—me dijo que al principio el Gobierno americano pensó que la conferencia de la paz tuviese lugar en Newport, que en lo relativo a *confort*, lujo y comodidades es, sin duda alguna, muy superior a Portsmouth. Sin embargo, fué elegido al fin Portsmouth, por la siguiente razón: Se temía, y no sin fundamento, que la gente elegante de Newport cultivaría el trato de los representantes rusos, festejándolos y agasajándolos, mientras que los japoneses serían despreciados. Y esto era inevitable, cualesquiera fuesen las simpatías de los americanos, pues como miembros de la raza blanca no podían menos de sentirse atraídos por nosotros, los rusos, y sentir cierta repulsión por los japoneses.

De Newport marché a Boston en tren especial. Llegué por la tarde, y al día siguiente recorrí las calles de la ciudad y visité la Universidad de Harvard, una de las mejores y más antiguas instituciones de enseñanza del país. El presidente, Roosevelt, es alumno de Harvard. En una ocasión me dijo que no deseaba ser reelegido Presidente al expirar el plazo, pues su ambición consistía en ser elegido rector de la Universidad de Harvard. Me encontré allí con el rector y algunos profesos-

res de la Universidad y almorcé con ellos. Después visité algunos barrios de la ciudad, volví al hotel y marché a la estación con el propósito de tomar el tren para Portsmouth. Los agentes de policía secreta, que me seguían en otro automóvil, me dijeron que hiciese uso del camino directo para ir al tren, puesto que los alrededores de la estación estaban llenos de gente de tipo judío, y las autoridades americanas tenían miedo de alguna demostración o ataque contra mí por parte de ellos. Mis ángeles de la guarda me suplicaron, además, que no me moviese del coche; pero viendo que había un gran número de personas ávidas de hablar conmigo, bajé al andén. Los hombres que estaban más cerca de mí se descubrieron. Yo seguí su ejemplo y, acercándome a un grupo, entablé conversación. Eran judíos que habían emigrado de Rusia. Les hablé en ruso y todavía recuerdo la esencia de la conversación que tuve con ellos. Algunos eran americanos de nacimiento o habían llegado a América siendo niños; pero en su mayoría sólo llevaban unos cuantos años de residencia en aquel país. No habían podido, añadieron, resistir por más tiempo la opresión. Me mostré deseoso de conocer su situación económica. Me explicaron que en América disfrutaban de completa igualdad de derechos y que, por lo tanto, no se les presentaban grandes dificultades para asegurarse una vida más o menos confortable. Les pregunté, entonces, si estaban contentos con

su suerte. Los que estaban más cerca de mí empezaron a hablar de prisa. No; sentían verdadera nostalgia y suspiraban por Rusia. El suelo de Rusia contenía las tumbas de sus antepasados y, por lo tanto, siempre sería aquélla su patria. Se habían hecho ciudadanos americanos, continuaron diciéndome; pero jamás podrían olvidar a Rusia, y cuando estaban solos y empezaban a pensar en la vida y la muerte, sus corazones, espontáneamente, se volvían hacia sus antepasados y, por lo tanto, hacia Rusia. “Nosotros no amamos el régimen de Rusia, pero amamos a Rusia sobre todas las cosas”, me dijeron. “No crea, por lo tanto, a la gente que le diga que estamos al lado del Japón. Nosotros deseamos que usted triunfe en la conferencia, y rogamos a Dios por usted”. Rusia es para ellos la región más querida de la tierra. Al despedirme de aquella gente, resonó un fuerte “¡Viva!”. Una actitud semejante, respecto a Rusia, encontré en los judíos de Portsmouth.

A la noche de aquel mismo día, llegué a Portsmouth, base naval junto a una pequeña ciudad, siendo esta última la residencia veraniega de la clase media. En el hotel encontré algunos de los miembros de mi séquito, que habían preferido ir a Portsmouth en tren en vez de ir por mar. Los buques que traían a las Comisiones diplomáticas debían llegar a la mañana siguiente. Nuestro barco fué el primero en entrar en el puerto. Por la mañana, muy temprano, marché de *incógnito* al mue-

lle, y tan pronto como nuestro barco estuvo dentro fuí a bordo en un bote automóvil, desembarcando más tarde en compañía del barón Rosen y del resto de nuestro grupo. Fuerza de la armada, y al frente de ella las autoridades y una banda militar, nos esperaba en tierra para rendirme honores.

Desde el puerto marchamos directamente al edificio de la Base Naval. Una de sus dos alas nos estaba asignada para oficinas, y la otra a los japoneses. Las dos alas estaban unidas por un gran salón, en donde tuvieron lugar las sesiones de la Conferencia. Opuesto a este salón había espaciosas habitaciones, en donde los miembros de la Conferencia podíamos tomar el te y el *lunch*. Desde nuestra llegada a Portsmouth, éramos considerados como huéspedes del pueblo americano, y, por lo tanto, fuimos alojados y alimentados a expensas de los Estados Unidos. Teníamos también automóviles del Gobierno a nuestra disposición. Todos los miembros de la Conferencia estábamos alojados en el mejor hotel; pero los hoteles y la ciudad, en general, estaban tan llenos de gente, que yo, el plenipotenciario en jefe del Emperador de Rusia, disponía solamente de dos habitaciones pequeñas para mí y otra, más pequeña aún, para mis dos criados. Mi despacho era una especie de galería de cristales, de modo que todo lo que yo hacía allí era visto perfectamente, no sólo desde otras habitaciones y galerías del hotel, sino también de los que pasaban por la ca-

lle, y, naturalmente, la calle estaba constantemente llena de curiosos que deseaban ver al plenipotenciario de Rusia mientras trabajaba. Excusado es decir que los periodistas estaban en torno de mí todo el día. No satisfechos con estar en continuo contacto con mis secretarios, solicitaban incesantemente entrevistas personales, esforzándose cada uno de ellos en obtener una entrevista particular, o en conseguir una noticia inédita y exclusiva.

Al terminar la sesión de la primera mañana, tomamos un *lunch* con algunos de los jefes del puerto y sus esposas, a las cuales habíamos sido presentados de antemano. Después se hizo costumbre que el primero y el segundo plenipotenciario de cada nación tomásemos el *lunch* en una misma mesa. Sentábanse también con nosotros, dos intérpretes prontos a auxiliarnos en el caso de que los japoneses empleasen su propia lengua. Literalmente nos servían docenas de platos, en su mayoría fritos. Parece que el Gobierno había encargado para nosotros centenares de los más succulentos manjares, que eran conservados en cámaras frigoríficas. Pronto me di cuenta de que se debe tener mucho cuidado con esta clase de alimentos. Dos o tres días más tarde decidí abstenirme en absoluto de comerlos, y no tomar nada más que pan y alimentos vegetales. Komura, por el contrario, comía de todo con gran apetito. Una vez le llamé la atención acerca del peligro que aquellos alimentos encerraban; pero quiso demos-

trar su intrepidez japonesa y contestó que no tenía miedo de ello y que podía comer de todo..., y siguió comiendo. En su consecuencia, mientras yo salí de Portsmouth sano y robusto, Komura se puso enfermo, al final de las conferencias, de una variedad de tifus intestinal, así es que cuando yo le visité, antes de marcharme de los Estados Unidos, le encontré en la cama.

Después de la primera conferencia fuimos al Ayuntamiento, en carruajes descubiertos, formando una especie de solemne procesión. Formaban la carrera público y tropa, que nos saludaban. Recuerdo un incidente de aquella parada, que se aparta de nuestra noción de la disciplina del ejército. Al pasar el coche en que iba por frente a una de las fracciones, oí de repente el grito tradicional del saludo militar ruso: "Le deseo buena salud, Excelencia". Me volví y pude ver a un soldado que me presentaba las armas. Debía ser un soldado americano de extracción judía-rusa. Lo que me sorprendió fué que los oficiales no reprendieran aquella falta a la disciplina. En el Ayuntamiento encontramos al alcalde y a otros personajes municipales, y cambiamos saludos con ellos.

Al principio comíamos en una mesa aparte; pero en el comedor general del hotel. Después encontramos más cómodo que las comidas nos fuesen servidas en una habitación contigua a las mías. La comida fué preparada de acuerdo con nuestras instrucciones, porque resultaba peligroso

en extremo comer los alimentos que ordinariamente se sirven en América. Llegué a la conclusión de que los americanos no tienen delicadeza de paladar, y que pueden comer todo cuanto se les presente, aunque no sea fresco, siempre que esté fuertemente sazonado y bien servido.

Al día siguiente empezaron las verdaderas sesiones de la Conferencia. Conviene decir aquí unas cuantas palabras acerca de Komura, mi principal adversario. Le había conocido en San Petersburgo, mientras fué embajador del Japón. También conocía a algunos de los que le acompañaban. Komura es, sin duda alguna, un hombre prominente; pero su aspecto y maneras no tienen atractivo alguno. En este aspecto, es inferior a otros estadistas japoneses que había tenido ocasión de conocer, por ejemplo: Ito, Yamahata, Kurino y Montono.

Fueron aquellos días muy pesados y difíciles. Una enorme responsabilidad recayó sobre mí. Me dí cuenta perfecta de que si regresaba a mi país con las manos vacías, las operaciones militares empezarían de nuevo, sobrevendría un verdadero desastre, y toda Rusia me acusaría de no haber conseguido la paz. Y, por otra parte, el patriotismo hacía que mi corazón se sublevase ante la idea de una paz impuesta por un enemigo victorioso.

Me parece—y todo el mundo civilizado compartirá mi opinión—que hice en aquellas circunstancias todo lo que es posible hacer por medios

diplomáticos; pues, en efecto, conseguí más de lo que esperaba. No obstante, no debe ser olvidado que, después de todo, yo representaba la parte derrotada, y que mi situación tenía una lógica inexorable contra la cual no podía hacer nada.

El comportamiento de los japoneses en las sesiones fué correcto, pero frío. A menudo interrumpían las discusiones para celebrar sesiones particulares. A parte de los tres secretarios de cada grupo, las conferencias fueron llevadas por los plenipotenciarios solamente, esto es, por mí, el barón Rosen, Komura y el Embajador japonés en Wáshington. La mayor parte de las discusiones las llevábamos yo y Komura solamente, siendo raro que los segundos plenipotenciarios tomaran parte en los debates. Mi tono y maneras eran tales, que una vez exclamó Komura: "¡Usted habla como si representase a la nación victoriosa!" A lo cual contesté: "Aquí no hay victoriosos, y, por lo tanto, no hay vencidos."

Fué mi deseo que todo el personal afecto a los plenipotenciarios asistiese a las sesiones; pero Komura, por una razón para mí desconocida, se opuso resueltamente. Algunos de ellos no asistieron más que a una sesión. Los plenipotenciarios japoneses tenían a todo su personal en las habitaciones contiguas al salón en que se celebraba la Conferencia, y Komura estaba en constante contacto con uno de ellos, un americano, antiguo abogado en el Japón, que estaba afecto al ministerio de

Negocios Extranjeros. Particularmente, los rusos sólo se encontraban con los japoneses durante el corto tiempo del *lunch*.

Yo seguía completa y estrictamente las instrucciones que me había dado mi Emperador. La cesión del Sur de Saghalien fué la única infracción del principio de no admitir cesiones territoriales; pero de ello sólo Su Majestad es responsable. Fué aquel un buen paso, pues de otro modo no habríamos logrado hacer la paz; pero yo, probablemente, no habría tomado sobre mí tal iniciativa.

En cuanto al presidente Roosevelt, debo decir que trató de conseguir considerables concesiones, asustándome con la indicación de que de otro modo el tratado no se concluiría; pero se encontró con la firme decisión, por parte mía, de no hacer tales concesiones. En aquellos momentos había dos partidos en lucha dentro del Gobierno de Tokio. Uno, capitaneado por Ito, abogaba porque se aceptasen mis condiciones; el otro insistía en pedir una indemnización, y estaba pronto a seguir la guerra si nosotros nos negábamos a dicha demanda. Roosevelt, entonces, viendo que la opinión pública en América se estaba poniendo de parte de Rusia, y temiendo que un desastroso final de la Conferencia pudiese apartar de él y de los japoneses las simpatías del pueblo, telegrafió al Mikado participándole el rumbo que había tomado la opinión pública americana, y aconsejándole que aceptase mis condiciones. Diéronse instrucciones a Komura para

que cediera; pero como era personalmente opuesto a ello, exigió una instrucción del propio Mikado. De ahí vino la confusión y dilaciones que caracterizaron el final de la Conferencia.

El curso de las discusiones puede ser indicado transcribiendo los siguientes cablegramas y cartas:

“Hemos empezado a discutir las condiciones de los japoneses punto por punto. Me parece que tratan de ganar tiempo, bien porque esperan algún acontecimiento, o con el objeto de recibir órdenes de Tokio o quizá de Londres. Estamos en la creencia de que no desistirán de sus principales peticiones. Tengo el profundo convencimiento de que debemos conducir las negociaciones de manera que pongamos de nuestra parte, no sólo la opinión pública de Rusia, sino de Europa y América. Solamente de este modo podremos, con la ayuda de Dios, vencer al enemigo, si estamos destinados a tener que sufrir una guerra prolongada. Si Europa y América cesan de prestar auxilio material al Japón, y se colocan moralmente a nuestro lado, lograremos la victoria. Por lo tanto en el desarrollo de las negociaciones son absolutamente indispensables tres cosas: 1.<sup>a</sup> Debemos obrar con la suficiente habilidad y claridad para poder publicar todos los documentos y someter todos los asuntos al juicio de la Humanidad, en el caso de que no se concluya la paz. 2.<sup>a</sup> Debemos dejar al Japón todas las conquistas

logradas por su buena suerte en la guerra que no ofendan la dignidad de Rusia como gran Potencia ni los sentimientos de los rusos. 3.<sup>a</sup> Debemos ser imparciales en apreciar la situación, pues la imparcialidad es posible en tales casos. Estoy convencido de que, sea cual fuere el resultado de las negociaciones, al llevarlas de este modo serviré a mi Monarca y a mi país todo lo que pueda, dentro de mis facultades, en el supuesto de que encuentre el apoyo necesario.”

Cuatro días después cablegrafí al ministro de Negocios Extranjeros lo siguiente:

“En este momento, la situación es como sigue: No hemos llegado a un acuerdo en lo relativo al pago de indemnizaciones, Saghalien, y reducción de buques de guerra en las aguas neutrales. El lunes o el martes celebraremos una sesión definitiva, después de la cual, si ninguna de las dos partes cede, tendremos que romper las negociaciones. Creo que nadie sabe lo que piensan los japoneses. Existe una muralla impenetrable para los blancos, aun siendo amigos suyos... En vista de la importancia infinita del asunto, es necesario apreciar de nuevo la situación y tomar una decisión inmediata. No me cabe la menor duda de que la continuación de la guerra sería un grandísimo desastre para Rusia. Podríamos defendernos con más o menos suerte; pero difícilmente llegaríamos a derrotar a los japoneses.”

El Emperador puso de su puño y letra, al mar-

gen de su telegrama, las siguientes líneas: "He dicho que ni una pulgada de tierra ni un rublo de indemnización. Y en esto insistiré hasta el final."

El 21 de agosto telegrafíe al ministro de Negocios Extranjeros:

"... Creo que después de la Conferencia, cuando el mundo se entere de lo que aquí ha pasado, la opinión pública partidaria de la paz reconocerá que Rusia ha hecho bien en negarse a pagar una indemnización de guerra; pero que no se pondrá a nuestro lado en la cuestión de Saghalien, porque los hechos son más fuertes que los argumentos. En realidad, Saghalien está en manos de los japoneses y no tenemos medios de recobrarlo. Por consiguiente, si queremos que el fracaso de la Conferencia sea atribuído al Japón, no debemos negarnos a la cesión de Saghalien, después de habernos negado a indemnizar al Japón por sus gastos de guerra. Si nuestro deseo es que en lo futuro América y Europa estén de nuestro lado, debemos tomar en consideración la opinión de Roosevelt de ceder en dicho asunto."

El día siguiente recibí la respuesta que sigue:

"Su último telegrama demuestra, desgraciadamente, que a pesar de sus buenos deseos, manifestados en la Conferencia, para llegar a un amigable convenio en cada uno de los puntos, los plenipotenciarios japoneses siguen insistiendo en condiciones de paz que resultan por completo inaceptables, por ser incompatibles con la dignidad de Rusia.

"En vista de esto, Su Majestad le ordena que cese usted de conferenciar con los delegados japoneses, si estos últimos no son autorizados para desistir de las excesivas peticiones que nos están haciendo.

"... De modo que las negociaciones deben quedar rotas a causa de la intratabilidad de los japoneses en lo relativo a la cuestión de las indemnizaciones; debemos detenernos en este momento preciso. De este modo, resultarán innecesarias las ulteriores discusiones acerca de la cesión, completamente inadmisibile, de Saghalien.

"Es verdad que en este momento Saghalien está ocupado por el Japón, y que nosotros no estamos en condiciones de desalojarlos de la isla; pero hay una gran diferencia entre una ocupación de dicho territorio, por medio de las armas, y un documento cediendo la isla, que tiene un brillante porvenir."

El presidente Roosevelt hizo uso de su influencia cerca de los delegados japoneses para que no insistieran demasiado en sus apremiantes peticiones de una indemnización, como lo demuestran las dos cartas siguientes, que están en mi poder (1).

---

(1) En el original inglés hay una nota del editor que dice así: «Estas cartas que aquí se reproducen han sido traducidas de nuevo al inglés de la traducción rusa que figura entre los papeles del conde Witte.—Como es natural, nosotros las hemos vertido del inglés al castellano.»

“Oyster Bay, 22 de agosto de 1905.

”Querido barón Kaneko:

”Creo de mi deber informarle que oigo discutir, en todas partes, por amigos del Japón, acerca de la conveniencia de continuar la guerra por lograr una crecida indemnización. Un miembro prominente de la Comisión del Senado de Relaciones Extranjeras, que está en absoluto al lado del Japón, me escribe lo siguiente: “Me parece que el Japón se coloca en una posición difícilísima al querer proseguir la guerra sólo con el objeto de lograr una crecida indemnización. No le criticaría si rompiera las negociaciones a causa de la ocupación de Saghalien. Pero si reanuda las operaciones militares con el exclusivo propósito de conseguir una cantidad de dinero, no la conseguirá y perderá en cambio las simpatías de esta nación y de otros países. Creo de mi deber decir que no considero justa su petición de una indemnización, pues no ha ocupado territorio ruso alguno, excepción hecha de Saghalien, y esta última está todavía en su poder”.

”Vuestra Excelencia comprenderá perfectamente que entre los americanos que hasta ahora han estado al lado del Japón hay una gran mayoría que comparten la opinión expresada en las líneas antes citadas. El consentimiento en devolver la mitad norte de Saghalien permite alimentar al Japón la esperanza de conseguir una cierta cantidad de dinero además de las sumas a que tiene

perfecto derecho a causa de los prisioneros rusos que tiene en su poder; pero no creo que pueda pedir ni obtener más que la suma que se considere indispensable, o sea unos seiscientos millones. Ya sabe con cuanta premura aconsejé a Rusia que concluyera la paz. Con igual firmeza aconsejo al Japón que no prosiga la guerra por causa de una indemnización. Si no sigue el Japón mi consejo, creo que tendrá lugar un considerable cambio en la opinión pública en contra suya. No creo que este cambio de la opinión produzca efectos tangibles. Sin embargo, no debe ser despreciado por completo. No obstante, me parece que el Japón no llegará a conseguir sus pretensiones si prosigue la guerra sin más finalidad que lograr una indemnización. Creo que Rusia se negará a pagarla y que la opinión pública del mundo civilizado le apoyará en su negativa a pagar la enorme suma que se le pide, o algo parecido a dicha suma. Claro es que si Rusia paga la suma nada tengo que decir acerca de ello. Pero si se niega a pagarla, después de guerrear otro año, en el supuesto de que ustedes logren ocupar el este de Siberia, habrá gastado el Japón cuatrocientos o quinientos millones más de los que ya lleva gastados, habrá derramado una gran cantidad de sangre, y en el caso de conseguir dicha ocupación, tendrá una cosa que no necesita y Rusia no estará en condiciones de pagar un céntimo. De todos modos, no estaría en situación de pagar lo preciso para

cubrir lo gastado por el Japón. Claro es que mi opinión puede ser errónea; pero ésta es mi convicción, expresada de buena fe, en lo relativo a los intereses del Japón, tales como yo los entiendo. Además, considero que todos los intereses de la civilización y de la Humanidad prohíben la continuación de la guerra por causa de una indemnización.

”Por supuesto, esta carta es completamente confidencial; pero le agradeceré que telegrafíe a su Gobierno y así espero que lo haga. Si ésta es transmitida, debe serlo inmediatamente.

”De usted sinceramente

(Firmado) Teodoro Roosevelt.”

“Oyester Bay, 23 de agosto de 1905.

”Querido barón Kaneko:

Como continuación de lo que le escribí ayer, deseo llamar la atención del embajador de Su Majestad el Emperador del Japón acerca de lo siguiente:

Me parece que interesa al gran Imperio nipónés la conclusión de la paz por las dos razones siguientes: Primero, por interesarle a él, y, en segundo lugar, por interesar a todo el mundo, con el cual el Japón tiene ciertos deberes. Recuerde usted que no he hablado de la continuación de la guerra con el propósito de conservar Saghalien, a lo cual tienen derecho, sino a la continuación de la guerra con el objeto de conseguir de Rusia una fuerte indemnización, a la cual, en mi opinión, no

tienen ustedes derecho. Es posible que puedan ustedes conseguirla; pero estoy convencido de que tendrían que gastar una cantidad mucho mayor para lograrla. Y si no logran obtener la indemnización, no habrá ulteriores humillaciones ni pérdidas infligidas a Rusia, capaces de compensar la sangre derramada ni el dinero gastado.

I. Interesa al Japón terminar la guerra ahora. Ha adquirido dominios en Corea y Manchuria; ha doblado su flota al destruir la rusa; ha conquistado Port-Arthur, Talienna y el ferrocarril manchuriano, y se ha apoderado de Saghalien. No hay ventaja para él en continuar la lucha con el objeto de conseguir una indemnización, puesto que la continuación de la guerra le hará gastar más dinero del que pueda sacar a Rusia. Dará pruebas de cordura, terminando ahora la guerra con su triunfo y colocándose entre los directores de los miembros del Consejo de las naciones.

"II. Desde el punto de vista ético, me parece que el Japón tiene contraída una cierta obligación hacia el mundo, en la presente crisis. El mundo civilizado espera de él la conclusión de la paz; los pueblos creen en él, y debe manifestar su superioridad en cuestiones de ética no menos que en asuntos militares. Le ha sido hecho un llamamiento en nombre de todo lo que es excelso y noble, y yo espero que no permanecerá sordo a este llamamiento.

"Con profundo respeto,

De usted sinceramente,

(Firmado.) Teodoro Roosevelt."

El 27 de agosto cablegrafié al ministro de Negocios Extranjeros lo que sigue:

"... En vista de las catorce horas de diferencia de tiempo, me ha pedido que no convoque la próxima sesión para mañana, sino para pasado mañana (martes). Le contesté que no me creía en el derecho de negarme a su petición; pero que le declaraba del modo más categórico posible que no podíamos en ningún caso ni bajo ninguna circunstancia, renunciar a la decisión tomada de acuerdo con las últimas instrucciones de Su Majestad, y que cualquiera nueva proposición sería rechazada en el acto, sin someterla al Gobierno. Por consiguiente, le dije, si ustedes esperan que nosotros cedamos, pierden inútilmente el tiempo y mantienen al mundo en la incertidumbre."

El Emperador escribió la siguiente observación a su despacho:

"Enviar la orden a Witte de que mañana termine las conversaciones a todo evento. Prefiero proseguir la guerra antes que estar esperando las benévolas concesiones de parte del Japón.

Fechado en Peterhof el 28 de agosto de 1905."

Al día siguiente podía decir en un despacho al ministro de Negocios Extranjeros:

"Antes de comenzar la sesión de hoy, a las nueve y media, el barón Komura ha manifestado

el deseo de tener una entrevista particular conmigo. En el transcurso de ella le manifesté que, con arreglo a las instrucciones recibidas, la sesión de aquel día debía ser la última, y que lo único que en ella debíamos tratar era si aceptaban o rechazaban la decisión final e irrevocable de nuestro Emperador. Estoy casi seguro de que cederán al deseo de Su Majestad."

En el mismo día transmití las agradables noticias del siguiente despacho:

"Tengo el honor de comunicar a Su Imperial Majestad que el Japón ha aceptado nuestras condiciones relativas a la conclusión de la paz. De este modo la paz será restablecida debido a nuestra prudencia y firmes decisiones, y de toda conformidad con los planes de Su Majestad, Rusia seguirá siendo en el Extremo Oriente una gran Potencia, como lo ha sido hasta ahora y como seguirá siéndolo siempre. En el cumplimiento de las órdenes de Vuestra Majestad hemos puesto toda nuestra inteligencia y todo nuestro amor a Rusia. Dispénsenos si no hemos sido capaces de hacerlo mejor."

El tratado de paz fué firmado el 5 de septiembre de 1905, a las tres de la tarde.

Hasta la víspera de la última sesión estuve a oscuras acerca de si el tratado de paz sería firmado por los japoneses. Mi sueño se vió poblado de pesadillas e interrumpido por intervalos de plegarias y llanto. En mi mente reinaba la confu-

sión. Sabía que la conclusión de la paz era imperativa. Comprendía que de otro modo íbamos al más completo desastre, envolviendo en él la caída de la dinastía, a la cual estaba y estoy consagrado en cuerpo y alma. Sabía que no me correspondía la menor parte de culpa en aquella terrible guerra, y que, por el contrario, me opuse a ella todo lo que pude. Y, sin embargo, me había tocado en suerte ser el instrumento de la conclusión de aquel tratado, el cual, hay que decirlo, era un terrible golpe en nuestro amor propio nacional. Sabía que toda la responsabilidad del tratado recaería sobre mí, porque ninguno de los de la camarilla, excepción hecha solamente del emperador Nicolás, confesaría los crímenes que se habían cometido contra el país y contra Dios. Y, como es natural, no podía menos de estar deprimido en grado extremo. No deseo al peor de mis enemigos que pase lo que yo pasé durante los últimos días de la Conferencia de Portsmouth. Para colmo de males, estuve enfermo; pero, a pesar de mi enfermedad no abandoné ni un momento la escena y desempeñé siempre el papel de triunfador. Sólo unos cuantos de mis colaboradores se dieron cuenta de mi estado de ánimo.

La firma del tratado fué anunciada con cañonazos. Inmediatamente la ciudad se cubrió de banderas. De la Conferencia marché directamente a una de las iglesias locales, adonde solía ir, a falta de templos ortodoxos. Durante todo el camino, la

muchedumbre nos saludó con entusiasmo. Cerca de la iglesia, y en las calles adyacentes, la concurrencia era tan densa, que con dificultad podíamos abrirnos paso entre ella. Mucha gente trató de estrecharnos la mano, modo usual de los americanos de expresar su simpatía.

Al entrar en la iglesia, después de abrirnos camino, la encontramos tan llena de gente, que no había sitio para nosotros detrás de la verja de la plataforma en donde se celebra el sacrificio. Allí contemplamos un espectáculo sorprendente: ministros de diversas creencias, incluso sacerdotes ortodoxos de Nueva York y varios rabinos habían organizado una solemne procesión, que marchaba, por en medio de la iglesia hacia el altar, precedida por un coro cantando un himno de paz. La procesión llegó al altar, desde donde el sacerdote ruso y el ministro protestante ofrecieron una corta acción de gracias. Durante la función el obispo de Nueva York vino a unirse a los demás sacerdotes desde la estación del ferrocarril. Él y el sacerdote ruso pronunciaron cortos sermones. Después el clero, con los diversos coros allí reunidos, cantó un himno religioso, acompañado por mucha parte de los asistentes. Jamás he rezado con más fervor que en aquel momento. Aquel acto religioso unió a todas las iglesias cristianas y a todos los cristianos, lo cual constituye el sueño de todas las personas verdaderamente cultas que siguen las doctrinas de Cristo. Está-

bamos todos unidos por el mismo entusiasmo hacia el gran precepto: "¡No matarás!" Viendo a aquellos hombres y mujeres americanos dando gracias a Dios, con lágrimas en los ojos, por la paz que había concedido a Rusia, me preguntaba a mí mismo en qué les concernía aquel suceso. La respuesta fué la siguiente: ¿No son todos cristianos? Cuando terminó la ceremonia religiosa, los coros rompieron a cantar: "¡Dios salve al Zar!" A los acordes de aquel canto salimos de la iglesia. Al marchar pausadamente entre la gente, gran parte de ella trató, siguiendo una costumbre local, de meter en mis bolsillos diversos regalos. Cuando llegué al hotel encontré en ellos algunas cosas de verdadero valor, además de otras muchas chucherías.

Como realicé mi misión con completo éxito, fuí alabado y ensalzado hasta las nubes; de manera que el Emperador se vió moralmente obligado a premiarme de un modo excepcional, otorgándome el título de conde. Lo hizo a pesar suyo, y sobre todo de la Emperatriz, que sentía una antipatía personal contra mí, y a pesar de las bajas intrigas movidas en contra mía por una hueste de burócratas y cortesanos, cuya vileza era sólo comparable a su estupidez.

Combináronse diversas circunstancias que me permitieron concluir una paz que todo el mundo consideró como la primera victoria rusa, después de más de un año de continuas y desastrosas de-

rrotas. En primer lugar, mi conducta durante mi permanencia en los Estados Unidos despertó en América la idea de que los rusos, por raza, cultura y religión, éramos iguales a ellos, y que habíamos ido a su país a pleitear con una raza distinta de la suya en todos sus aspectos esenciales. Además, el pueblo americano descubrió en seguida que, aunque yo representase al Autócrata de todas las Rusias y fuese un alto dignatario, era lo mismo que sus políticos y estadistas. La favorable impresión aumentó con el hecho de que todos los demás miembros de nuestro grupo adoptaron mi actitud, generalmente democrática. Ya he tenido ocasión de explicar el modo que tuve de tratar a la Prensa de América y cómo esto me colocó en muy buen puesto. Contaba también con el apoyo de los judíos de América, porque sabían, por mi carrera política anterior y por mis conversaciones con ellos durante mi estancia en los Estados Unidos—conversaciones de las que se habla antes—, que yo era uno de los pocos estadistas rusos que en los últimos años había defendido un trato humano para los judíos. He mencionado ya el hecho de que las simpatías del presidente Roosevelt estaban del lado del Japón. Para acrecentar su popularidad y satisfacer su amor propio de iniciador de la Conferencia necesitaba una paz, pero una paz favorable al Japón. No se les había ocurrido ni al Presidente ni al pueblo americano que un excesivo aumento de fuerza del

Nipón no era precisamente lo que más convenía a los intereses de los Estados Unidos. Debo hacer observar, respecto a esto, que después de trabar conocimiento con Roosevelt y otros estadistas americanos, quedé sorprendido al ver su ignorancia de la política internacional en general, y en particular de los asuntos políticos europeos. Escuché las opiniones más ingenuas, para emplear un término suave, acerca de la política de Europa, en boca de preeminentes estadistas americanos. Ahí van algunas de ellas: "En Europa no debe haber sitio para Turquía, porque se trata de un país musulmán, y no importa que cualquiera se apodere de sus territorios europeos." "¿Por qué no reconstituyen una Polonia fuerte e independiente? Sería justo y natural."

La situación internacional, sobre todo, favorecía el buen resultado de la Conferencia de Portsmouth. Con vistas a sus propios e inmediatos intereses, Francia sentía verdadera ansiedad por que nosotros, sus aliados, hiciésemos la paz con el Japón. Es verdad que Inglaterra deseaba una paz más o menos favorable al Japón, pues esperaba que esto fuese una lección para Rusia y les sirviese a ellos cuando tuviesen que arreglar ciertos puntos discutibles de las relaciones anglo-rusas. Sin embargo, por otra parte, la Gran Bretaña comprendía que el excesivo crecimiento del Japón estaba lleno de peligros para lo futuro, y, por lo tanto, que no era conveniente. En aquellos

días, precisamente, terminaba el plazo del tratado anglo-japonés. Las negociaciones para su renovación habían empezado en Londres, y se había acordado que las conclusiones finales del pacto dependerían del resultado de la Conferencia de Portsmouth. Llamé la atención del conde Lamsdorff, nuestro ministro de Negocios Extranjeros, acerca de aquella circunstancia; pero nos fué imposible averiguar por qué razón las conversaciones de Londres dependían de nuestra Conferencia. Los círculos financieros también eran favorables a la terminación de las hostilidades, puesto que la guerra ruso-japonesa era un gran trastorno para la economía de Europa. Las Iglesias cristianas estaban también de nuestra parte, porque consideraban a los japoneses como paganos, aunque debo declarar, para ser verdaderamente imparcial, que aquellos paganos estaban sostenidos por una fe inmensa en Dios y una inquebrantable creencia en una vida futura. Por último, también estaba interesado en el feliz resultado de la Conferencia de Portsmouth el emperador Guillermo y Alemania.

En Portsmouth recibí, entre otras comisiones, la visita de un grupo de representantes de los judíos americanos. Entre ellos figuraban Jacob Schiff y Seligman, dos grandes banqueros, y Oscar Straus, que en estos últimos años fué Embajador de los Estados Unidos en Constantinopla. Hace dos años que dicho diplomático concibió la

idea de visitar Rusia. A pesar del elevado puesto que ocupaba y del respeto universal de que disfrutaba en América, vióse obligado a entrar en prolongadas negociaciones con la policía rusa, y sólo se le consintió que viajase por Rusia, bajo una vigilancia especial y por un tiempo estrictamente limitado. Relaté con gran lujo de detalles la conversación con los delegados de los judíos en una serie de despachos que envié al ministro de Negocios Extranjeros, y aquí sólo pondré lo esencial de la conversación. El que llevaba la voz llamó mi atención acerca de la situación completamente aflictiva de los judíos en Rusia, y de la necesidad de poner fin a un estado de cosas tan deplorable concediéndoles la plenitud de derechos. Les indiqué que los horrores de la situación de los judíos en Rusia había sido presentada al mundo con alguna exageración, pero que yo no negaba que los judíos estaban allí en una situación muy difícil. Argüí, sin embargo, que un cambio completo de sus incapacidades legales podría causar, según mi modo de ver, más daños que beneficios. A esta observación mía, Jacob Schiff contestó con una réplica mordaz, que, por lo demás, fué suavizada por los juicios más equilibrados de los otros miembros de la comisión, especialmente por el doctor Strauss, que me causó una excelente impresión.

Entre los numerosos visitantes que recibí en Portsmouth debo señalar a I. D. Curtin, un ru-

sófilo americano, a quien conocía desde la niñez. Fué amigo de mi tío el general Faddeyef y frecuentaba nuestra familia cuando estuvo en Tiflis (Cáucaso). Más tarde le encontré en San Petersburgo, siendo secretario de la Embajada americana y aun después de haber dejado la carrera diplomática, pues solía pasar largas temporadas en dicha capital. Íntimo amigo del famoso procurador del Santo Sinodo Pobyedonostzef, se interesó profundamente en nuestra fe ortodoxa. Dominaba la lengua rusa, y escribió muchísimo acerca de nuestro país con verdadero cariño. En Portsmouth hizo toda clase de esfuerzos para favorecer nuestra causa. Le vi dos veces durante mi estancia en América; mi anciano amigo parecía aún sano y robusto; pero unos meses antes de mi marcha recibí la noticia de su muerte.

Después de firmar el tratado nuestra Misión marchó de Portsmouth. Algunos miembros de ella tomaron el tren hacia el interior del país, deseosos de echar una ojeada sobre América y, sobre todo, de visitar las cataratas del Niágara. El barón Rosen y yo salimos directamente para Nueva York. El barón había insistido previamente en que después de terminar la Conferencia debía emprender un viaje por las principales ciudades de los Estados Unidos, con el objeto de estrechar las simpatías con Rusia, a lo cual yo había accedido en principio. El Gobierno americano, además, veía con gusto este plan. Comuni-

qué el asunto al conde Lamsdorff, indicándole el significado político del viaje. La contestación que recibí era casi una evasiva. Su Majestad me autorizaba a emprender el viaje, y hasta parecía deseoso de que se llevase a efecto el plan acordado; pero, por otra parte, me eran impuestas ciertas condiciones que me hacían creer que el proyecto era mirado con cierto recelo en San Petersburgo. Como no estoy acostumbrado a tales réplicas, y, además, por temperamento, soy literalmente incapaz de sufrir tales tratos, no dudé un momento en telegrafiar a Lamsdorff diciéndole que había desistido de emprender el viaje. Conociendo, como conocía, la atmósfera que rodeaba a Su Majestad, me di cuenta en seguida de la situación. La recepción que había tenido en América fué, sin duda alguna, sabida con todo detalle en San Petersburgo, quitando el sueño a muchos cortesanos. Naturalmente, empezaron a intrigar. Fué insinuado, sin duda, a Su Majestad que empezaba a apuntar a la presidencia de la República rusa. “Mire con qué facilidad se gana las simpatías de las masas—diría, probablemente, a Su Majestad alguno de los que me querían bien—. No debe permitirle que aumente su popularidad.” En una ocasión se oyó decir al mismo Emperador: “Witte es un hipnotizador. En cuanto abre la boca en el Consejo Imperial o en otra reunión cualquiera se gana el apoyo hasta de sus mismos enemigos.” Los conjurados trataron de minar mis

relaciones con el conde Lamsdorff, insinuándole que me proponía eclipsarle para sustituirle después; pero no pudieron prevalecer contra nuestra verdadera amistad y el noble corazón del conde.

Al llegar a Nueva York, el barón Rosen y yo fuimos a visitar al presidente Roosevelt en Oyster Bay. Comimos en familia con el Presidente, lo mismo que en nuestra primera visita, y hablé largamente con nuestro huésped antes y después de comer. Le reservaba una agradable sorpresa. Antes de la guerra ruso-japonesa, los Estados Unidos impusieron un derecho especial de aduanas a nuestro azúcar. Nosotros protestamos contra tal medida, que no estaba de acuerdo con la situación de Rusia como nación más favorecida; pero fueron inútiles todas las protestas. En aquel tiempo yo ocupaba la cartera de Hacienda. Nos desquitamos estableciendo derechos especiales a varias importaciones americanas, medida que disgustó, naturalmente, a los Estados Unidos. Antes de marchar para América conseguí de Su Majestad el permiso de informar al Gobierno de los Estados Unidos que aquellos impuestos especiales quedaban suprimidos. Ni antes ni durante la Conferencia me pareció correcto hacer uso de aquel permiso, pues no quería que pareciese que tratábamos de ganarnos la benevolencia de América. La firma del tratado dejaba mis manos libres, y aproveché mi última visita a Oyster Bay para dar la noticia al Presidente. Quedó visiblemente re-

conocido. Al día siguiente la supresión de los impuestos fué publicada en todos los periódicos, y causó una excelente impresión.

Ya he tenido ocasión de referir que mis relaciones con el Presidente durante la conferencia no fueron ni muy cordiales ni muy armoniosas. Encontrándome intratable, acabó por no comunicarme conmigo, haciéndolo directamente con el emperador Nicolás. Por esta causa, algunos de los extremos de la discusión fueron resueltos por Su Majestad en persona. Creo de mi deber declarar aquí, que ninguna de las decisiones de mi Monarca estuvieron en desacuerdo con mi propia política, aunque yo quizá no me habría atrevido a hacer las concesiones que Su Majestad hizo. No obstante es natural que así fuese, puesto que yo era sólo uno de los súbditos del Soberano, mientras que él era el Monarca autócrata del Imperio ruso, responsable solamente de sus hechos ante Dios.

Durante nuestra conversación, especialmente antes de la comida, el presidente Roosevelt se preocupó visiblemente de hacer desaparecer la impresión de desagrado que había caracterizado a nuestras relaciones oficiales. Me aseguró que había empleado su influencia con el Japón en favor nuestro. Para corroborarlo me enseñó su telegrama al Mikado que he mencionado antes. Por lo general, la conversación fué llevada en un tono verdaderamente amistoso. Hacia el final de la vi-

sita rogué al Presidente que me regalara una fotografía suya con su autógrafo, lo cual hizo con visible satisfacción. Nos despedimos de nuestro huésped y de su familia, y aquella misma noche regresamos a Nueva York. La fotografía me fué enviada al hotel al día siguiente, acompañada de una carta, la cual dice:

"Oyster Bay, 10 de septiembre de 1905.

"Querido Mr. Witte:

"Le suplico que acepte la adjunta fotografía acompañada de mis cordiales saludos.

"Le agradezco sinceramente el mensaje de Su Majestad que me transmitió, informándome de su noble propósito de interpretar en adelante el artículo relativo a la nación más favorecida de manera que resulte América en iguales condiciones que las demás potencias.

"Haga el favor de dar las gracias a Su Majestad por ello.

"En el transcurso de nuestra conversación que tuvo lugar anoche le supliqué que prestase toda su atención al asunto relativo a la entrega de pasaportes a respetables ciudadanos americanos de religión judía. Me parece que si esto se consiguiese, desaparecerían las causas de descontento entre los dos países, cuya antigua y mutua amistad procuraré perpetuar, poniendo en ello todas mis fuerzas.

"Ustedes pueden siempre negar el refrendo de un pasaporte de cualquier ciudadano americano,

judío o no, si no están ustedes completamente seguros de que aquel refrendo no cause un perjuicio a Rusia. Pero si su Gobierno encuentra el medio de permitir a respetables ciudadanos americanos de religión judía, cuyas intenciones no puedan ser sospechosas, la libre entrada en Rusia, lo mismo que permiten entrar a respetables ciudadanos americanos de religión cristiana, se habrá conseguido, según mi modo de ver las cosas, una medida excelente.

"Asegurándole a usted de nuevo mis profundos respetos y renovándole mi felicitación a usted y a su país por la conclusión de la paz, le suplico que me tenga sinceramente suyo,

(Firmado.) Teodoro Roosevelt.

"Mr. Sergius Witte.

"Hotel St. Regis, New-York."

Los pocos días que permanecí en Nueva York los pasé muy agradablemente. En cuanto se terminó la Conferencia me despojé de mi carácter de plenipotenciario y embajador extraordinario y me convertí en un simple ciudadano. Como tal tomé un número más reducido de habitaciones en el hotel, pagando sólo 82 rublos, en vez de 380 que pagaba antes. La vida es muy cara en América. Por ejemplo, no se puede dar al muchacho del ascensor una propina menor de un dólar (dos rublos de nuestra moneda), así es que en los grandes hoteles es como si no existiese la moneda fraccionaria. Naturalmente, tuve que añadir unos

cuantos miles de rublos de mi bolsillo particular a los 20.000 que tenía asignado para mi viaje a los Estados Unidos.

A cualquier sitio que fuese de Nueva York era recibido con gran pompa y entusiasmo. Por ejemplo, cuando fuí a la Bolsa se suspendieron en honor mío, durante diez minutos, todos los negocios. Entre otras instituciones visité la Academia Militar (West Point), que nutre de oficiales al ejército americano. La escuela está situada a orillas del Hudson, a unas tres horas de distancia de la ciudad de Nueva York. Fuí recibido con gran pompa, y los cadetes, todos ellos muchachos altos con lujosos uniformes, fueron revistados por mí. No fuí yo solo quien visitó la Academia aquel día. Dió la casualidad de que los oficiales del ejército japonés afectos a Komura habían ido, también, a ver la escuela. Me enteré de que estaban muy descontentos, por la sencilla razón de que nadie fijaba la atención en ellos. Al tener conocimiento de su desairada situación, me acerqué a ellos, les saludé y les invité a que se unieran a mí. Me dieron las gracias y me acompañaron durante todo el tiempo de la visita, como si formasen parte de mi séquito. El desfile fué muy hermoso, y los cadetes marcharon a los acordes de "¡Dios salve al Zar!". Cuando los sonidos de aquel admirable himno se dejaron oír me quité el sombrero, y lo mismo hicieron todos los presentes.

Fuí a West Point en el yate de J. P. Morgan. Durante mi estancia en los Estados Unidos tuve ocasión de encontrarme varias veces con aquel famoso banquero y rey de la industria. Hombre de una riqueza fabulosa, es la mayor influencia financiera de América. Morgan tiene un palacio en Nueva York; pero, en realidad, vive a bordo de su yate. En dicho buque cruza el Océano, navega por el Mediterráneo, etc. Cree, no sin razón, que la vida en el mar es la más higiénica de las vidas, y, en su consecuencia, procura pasar la mayor parte del tiempo posible en él. Durante mi permanencia en los Estados Unidos no almorcé ni comí decentemente más que una sola vez, y ésta fué a bordo del yate de Morgan el día que visité West Point. En el hotel pagábamos sumas fabulosas para comer (30 ó 40 rublos por plato), y, sin embargo, la comida era excesivamente mala.

El objeto de mis visitas a Morgan era para inducirle a tomar parte en el empréstito que estábamos preparando para liquidar la guerra. Me pareció decidido a ello, y, en efecto, me ofreció sus servicios, insistiendo en que no entrase en ninguna clase de negociaciones con el grupo de banqueros judíos capitaneados por Jacob Schiff. Conseguí su promesa de tomar parte en él, y no intenté interesar al grupo de banqueros judíos. Describo en otro lugar las circunstancias en que se contrató el empréstito, cómo el emperador Guillermo prohibió a los banqueros alemanes que to-

maran parte en él y cómo el grupo de banqueros capitaneados por Morgan se volvió atrás, probablemente bajo la presión del Gobierno alemán.

Morgan padece una enfermedad en la nariz que le desfigura en extremo; tiene una nariz tan desarrollada, que parece una remolacha. Antes de abandonar su yate aproveché un momento en que estábamos solos para decirle:

“Permita que al propio tiempo que le dé las gracias por su hospitalidad, le preste un pequeño servicio. El célebre profesor Lassar, de Berlín, es un gran amigo mío. Estuve bajo su tratamiento a causa de una enfermedad de la piel que padecía y ví en su clínica un cierto número de enfermos con desarrollos morbosos de la nariz, como el que usted padece, a los cuales trataba por procedimientos quirúrgicos, devolviéndoles su forma primitiva normal.”

Mi huésped me dió las gracias y me dijo que había oído hablar de dicha operación y que hasta conocía al mencionado profesor; pero que no se encontraba en situación de ser operado. Pensé que el banquero tenía miedo, pero estaba equivocado.

“No es que tenga miedo, me dijo. Conozco la habilidad del operador y no me cabe duda alguna acerca del resultado de la operación. Pero, amigo mío, ¿cómo me presento en América después de la operación? ¿No comprende usted que no podría volver a los Estados Unidos?”

Me quedé intrigado por la pregunta.

“¿No lo comprende usted?, añadió. Si regreso a Nueva York con mi nariz curada, todos los granujas de la calle me señalarán con el dedo, riéndose a carcajadas. Todo el mundo conoce mi nariz y no es posible que aparezca por las calles de Nueva York sin ella.”

Todo esto fué dicho en el tono más serio del mundo. El banquero, según parece, creía sinceramente que no estaba en condiciones de librarse de su remolacha.

Al regresar a Nueva York desde Portsmouth, la Universidad de Columbia, de dicha ciudad, me confirió el título honorario de doctor en Leyes. Pasé toda una mañana en aquella institución de alta enseñanza visitando el edificio y hablando con los profesores, que me recibieron con verdadera cordialidad, quedando muy agradecido de sus atenciones. La Universidad de Columbia es tan rica como la de Harvard. Pude ver también a los estudiantes, porque la Universidad estaba abierta. Quedé grandemente impresionado de la importancia que se concede en América a la educación física. La Universidad de Columbia tiene un edificio destinado por completo a la gimnasia y a toda clase de deportes.

Mientras examinaba el catálogo de economía política de la biblioteca de la Universidad, recuerdo que pregunté al profesor de dicha asignatura si exponía a sus alumnos las teorías de Enrique George acerca del impuesto único. Me aseguró que En-

rique George era estudiado en su clase con verdadera atención. "En primer lugar, me dijo, Enrique George es uno de nuestros escritores de más talento. Además, creo útil que mis discípulos conozcan sus puntos de vista acerca del problema de la tierra, para poderles exponer sus sofismas".

Muchos de los veletas economistas rusos, lo mismo que nuestro ingenuo y gran escritor León Tolstoy, deberían asistir a la clase de aquel profesor americano.

Tuve curiosidad de saber si los alborotos y motines estudiantiles, tan frecuentes en Rusia, eran posibles en las Universidades americanas. Tal idea, según parece, no se les había ocurrido jamás a los profesores. Si algún estudiante, dijeron, intentase mezclar la Universidad en algo que no fuesen los estudios, sería inmediatamente echado de la escuela por sus mismos compañeros.

Realicé un viaje a la ciudad de Washington, que es la capital oficial de los Estados Unidos. Allí visité la Casa Blanca, residencia del Presidente; el Senado, el Congreso y su biblioteca. En las cercanías de dicha ciudad está la casa en donde el gran Washington, el *hacedor*, por decirlo así, de los actuales Estados Unidos de América, vivió y murió. Está situada a orillas de un río. Los barcos que pasan la saludan y los pasajeros se quitan el sombrero. Puede decirse que los americanos reverencian aquella casa como una reliquia sagrada. Sin duda alguna, los america-

nos saben honrar a sus grandes hombres. Suele enseñarse a los que visitan la casa y pequeña granja de Washington, el sitio en donde están enterrados él y su esposa. Puede verse también la habitación en que murió el grande hombre, y la que ocupó el general francés Lafayette, que ayudó a fundar la naciente República. Cerca de la casa hay un cercado especial con árboles, cada uno de ellos sembrado por un visitante ilustre. Fuí invitado a sembrar un árbol en aquel cercado. No sé lo que ha sido de él.

Dió la casualidad de que llegué en domingo, día en que la casa de Washington no está abierta a los visitantes. Como tenía un verdadero deseo de regresar a Nueva York el mismo día, supliqué al Presidente que me permitieran visitar la casa como un favor especial. Se me dijo que todos los monumentos y edificios históricos de los Estados Unidos están bajo la custodia de una sociedad especial de mujeres. Dicha organización dispone de grandes medios y cuida de todos los gastos que lleva consigo la conservación de los monumentos, siendo tan independiente la sociedad, que aunque el Presidente de la República acudiese a su presidenta, ésta podría negarse a complacerle. Por lo tanto, me ví obligado a dirigirme personalmente a ella, pidiéndole permiso. Le telegrafí y recibí una cortés respuesta concediéndome autorización para visitar la casa de Washington. Fuí allí a bordo de un barco del

Gobierno y unos representantes de la sociedad me sirvieron de guías.

Durante mi visita a Nueva York me llamaron mucho la atención los *rasca-cielos*. Quise subir en un ascensor a los alto de uno de aquellos monstruos de treinta y siete pisos. Hacía un fuerte viento y pude sentir cómo el último piso se cimbrea.

Algunos de los caracteres peculiares de la vida americana me asombraron en extremo. Así, por ejemplo, tardé en acostumbrarme a la idea de que la mayor parte de los camareros de los hoteles y restaurantes que yo frecuentaba, eran estudiantes de la Universidad. Atraídos por las grandes ganancias—a menudo ascendían a cien dólares al mes—, los estudiantes entraban de buena gana al servicio de los hoteles y restaurantes, ganando durante los meses de verano lo suficiente para vivir durante el invierno. Dichos estudiantes no parecían avergonzarse de las obligaciones serviles de su ocupación. Llevaban el traje de camareros, servían a los huéspedes y retiraban los platos de las mesas sin la más leve turbación, y en seguida que habían terminado la comida, se cambiaban de ropa, poniéndose a veces las insignias de su Facultad, hacían el amor a las muchachas que se hospedaban en el hotel, paseaban con ellas por el parque, jugaban al tennis, etc. Y cuando llegaba de nuevo la hora de la comida, volvían a ponerse la librea, metamorfoseándose en camare-

ros. Esto es casi enteramente imposible en Rusia. Nuestros estudiantes vivirán con diez o veinte rublos al mes o se morirán de hambre, antes que consentir en desempeñar las funciones de un sirviente. Y lo mismo sucederá, probablemente, en otros países de Europa.

También me chocó ver muchachas de buena familia, que se hospedaban en nuestro hotel, pasearse por la oscuridad en compañía de muchachos. Una joven y un joven paseaban solos por el bosque y el parque, permaneciendo allí horas enteras, o cogían un bote marchándose a remar en el lago, y nadie encontraba nada reprehensible en ello. Durante nuestra estancia en Portsmouth, algunos de los miembros de la misión, yo inclusive, nos encontrábamos con dos encantadoras muchachas que vivían con sus madres en las cercanías del hotel. Tomábamos el te con ellas, y la gente joven no salía de su casa hasta las altas horas de la noche, sin que nadie encontrase su conducta extraña ni impropia.

En Portsmouth, con el objeto de matar el tiempo, pasaba a menudo una hora o más en la playa, contemplando las olas. En Europa, en Biarritz, por ejemplo, el Océano causa bastante impresión, pero carece de la grandiosidad y magnificencia con que se manifiesta en las playas de América.

Me sorprendió, también, ver la actitud del pueblo americano ante la policía secreta. Un día iba en automóvil por las calles de Nueva York, acom-

pañado por uno de los agentes auctos a mi servicio. Llegamos a un sitio en que la confluencia era tan grande que un mortal ordinario hubiese tenido que aguardar algún tiempo antes de poder proseguir su camino. El agente enseñó su insignia al policía encargado del tráfico, este último extendió la mano, el torrente del tráfico se detuvo como por arte mágico, y nosotros seguimos nuestro camino. Hay que ver el huracán de indignación que tal conducta de la policía habría levantado en Rusia, ¡en la monárquica Rusia!

Antes de salir de los Estados Unidos, el presidente Roosevelt me entregó una carta conteniendo una petición al emperador Nicolás. La carta empezaba refiriéndose a la gratitud expresada anteriormente por Su Majestad hacia el Presidente por su cooperación en el tratado de paz, y proseguía diciendo que iba a pedir un favor a Su Majestad. El tratado comercial de 1832 entre los Estados Unidos y Rusia, decía el Presidente, fué interpretado por América en el sentido de que permitía la libre entrada en territorio ruso de todos los ciudadanos americanos, sin más limitación de aquel derecho que las originadas, exclusivamente, por la necesidad, por parte de Rusia, de protegerse de todo daño material o de cualquier otra clase. Pero en la práctica, Rusia parecía interpretar el tratado de un modo muy diferente. En los últimos años—seguía diciendo el Presidente—era práctica corriente del Gobierno ruso, di-

ferenciar a los ciudadanos americanos tomando como base la religión, negando la entrada a los judíos. Esta diferencia, añadía el Presidente de un modo categórico, no podían consentirla los americanos. Por tanto, terminaba diciendo la carta, para continuar las amistosas relaciones que mi visita a los Estados Unidos había inaugurado, era necesario que el Gobierno ruso abandonara la reprehensible práctica de excluir de Rusia a los ciudadanos americanos de religión judía. Esta carta la entregué a Su Majestad y, siguiendo su debido curso, pasó a manos del ministro del Interior. Durante mi presidencia se nombró una Comisión para estudiar el asunto. La Comisión, después de largas deliberaciones, recomendó abandonar la interpretación que se daba a la cláusula que molestaba a América; pero esta recomendación no tuvo resultado práctico alguno. El Gobierno de los Estados Unidos acabó por anular el tratado y nosotros perdimos la amistad del pueblo americano.

Realicé mi viaje de regreso a Europa en un trasatlántico alemán todavía más veloz y más lujoso que el que me había llevado a los Estados Unidos. El pueblo de Nueva York me hizo una cariñosa despedida, y, a bordo, los pasajeros me trataron con mucha bondad y deferencia. En el primer puerto militar en que tocamos disparáronse salvas en honor nuestro.

El texto de la carta en que el Zar Nicolás me informó de su decisión de honrarme con el título

de conde, y expresó el aprecio que hacía de mis servicios por haber conseguido un honroso tratado de paz, es el siguiente :

8 de octubre de 1905.

"Conde Sergio Yulyevich :

"En mi constante deseo por la pacífica prosperidad de Rusia, le pedí que aceptase la amistosa proposición del presidente de los Estados Unidos de América del Norte para celebrar una conferencia entre plenipotenciarios rusos y japoneses, con el objeto de poner fin a las calamidades y horrores de una prolongada guerra, que ha costado tantos sacrificios a ambas partes. Mi confianza le impuso la misión de marchar a los Estados Unidos como mi primer plenipotenciario y entrar en negociaciones si las condiciones del Japón eran admisibles, con el objeto de concluir una paz basada en principios que había elaborado con precisión.

"Lo mismo en la detallada discusión de las condiciones preliminares, que en al redacción del tratado de paz, desempeñó brillantemente la tarea confiada a su cuidado; actuó usted firmemente y con dignidad, como correspondía a un representante de Rusia, y, de este modo, ha conseguido justas concesiones, habiendo demostrado lo inadmisibile de las condiciones que ofendían la conciencia patriótica del pueblo ruso o perjudicaban los intereses vitales de nuestro país. Reconociendo debidamente las consecuencias de los éxi-

tos logrados por nuestro adversario, sin embargo ha rehusado, de acuerdo con mis instrucciones, pagar en una forma o en otra los gastos producidos por la guerra, que no fué empezada por Rusia, y ha cedido en lo relativo a que vuelva al Japón la parte sur de Saghalien, que ya le perteneció antes de 1875. En su consecuencia, la misión de restablecer la paz en el Extremo Oriente ha sido lograda con éxito para los comunes intereses.

"Reconociendo en alto grado la habilidad y condiciones de hombre de Estado demostradas por usted, le elevo a la categoría de conde del Imperio ruso, como recompensa a los elevados y grandes servicios prestados al país.

"Quedo inalterablemente bien dispuesto a usted y sinceramente agradecido,

(Firmado) Nicolás."

Durante las negociaciones para la paz con los japoneses, me enteré de que conseguiríamos mejores condiciones si el tratado de paz era completado con un tratado de alianza con el Japón. Con mucha cautela aludí al asunto y recibí de Komura una respuesta evasiva. Era evidente, sin embargo, que los japoneses no eran opuestos a una alianza parcial con nosotros. Telegrafí al conde Lamsdorff que las negociaciones debían llevarse con vistas a una alianza ruso-japonesa. Como la contestación del ministro era evasiva y más bien hostil a mi gestión, abandoné el asunto,

y así fué que cuando se terminaron las conferencias nos separamos de los japoneses, no como amigos decididos a soportarnos unos a otros, sino como enemigos que han suspendido la lucha por un período indefinido de tiempo.

Al regresar a Rusia me dí cuenta de que mi insinuación no había sido bien recibida por el Gobierno. Era evidente que en aquellos días la idea de la *revancha* predominaba en un número considerable de gente influyente, la mayor parte de ellos especuladores enriquecidos a causa de la guerra. Era defendida por poderosos órganos de la Prensa, como, por ejemplo, el periódico *Novoye Vremya*, y vista con simpatía por los altos círculos de la Corte, incluso por el Emperador. Uno de los principales órganos de la *revancha* era la Junta de la Defensa Nacional, presidida por el Gran Duque Nicolás Nikolaievich, que de hecho tomó en consideración un cierto número de medidas encaminadas a la realización del sueño de la *revancha*.

El presidente del Consejo, Stolypin, figuraba, por supuesto, entre los militaristas. Concibió el plan de construir el ferrocarril del Amur, de modo que pudiésemos tener una vía férrea que, corriendo por territorio ruso, estuviese libre de un golpe de mano de los japoneses. El proyecto fué llevado a la Duma, siendo bien recibido por el conocido Comité de Defensa capitaneado por Guchkof. Con el objeto de causar impresión sobre la

Duma, en lo relativo a la necesidad de la vía, se dijo que la guerra con el Japón era inminente y que estallaría lo más tarde en 1911 ó 1912. De este modo la Duma autorizó la construcción de esta línea, que constituirá una pesada carga financiera para el pueblo ruso y que al final no traerá más que perjuicios. Bajo la influencia de los mismos argumentos, el Consejo Imperial dió su consentimiento. Yo me opuse enérgicamente al proyecto, indicando que en caso de guerra la nueva línea no estaría más segura de un golpe de mano de los japoneses que el ferrocarril del Este-Chino. Argüí, además, que el ferrocarril aumentaría peligrosamente la influencia de los chinos en la provincia del Amur. Y, por último, insistí en que la nueva línea representaba el gasto de crecidísimas sumas, que podían ser empleadas, con mejores resultados, defendiendo nuestras posesiones del Extremo Oriente, y el ya construído ferrocarril del Este-Chino. Pero mis argumentos fueron inútiles.

La situación internacional estaba afectada considerablemente por la guerra ruso-japonesa. Varias décadas antes de la guerra las relaciones entre Francia y la Gran Bretaña eran más bien tirantes a causa de su rivalidad por las regiones coloniales de África y Asia adyacentes al Mediterráneo. Después de la guerra franco-prusiana, Inglaterra suplantó casi por completo a Francia en Egipto y arrebató el canal de Suez de sus

manos. La Gran Bretaña se convirtió en rival de Francia en aquellas regiones del norte de África, que estaban dentro de la esfera de acción de esta última o gravitaban hacia sus posesiones coloniales.

Unos años antes de la guerra ruso-japonesa, el coronel Marchand plantó la bandera francesa en un territorio del norte de África que había explorado. La Gran Bretaña, en una forma más bien descortés, obligó a Francia a cederle el derecho sobre aquel territorio. El incidente produjo un gran revuelo en Francia, y el Gobierno pidió el auxilio de Rusia. Nosotros aconsejamos a Francia que no llevase el asunto a una ruptura, y Francia cedió. Como consecuencia de ello, el ministro de Negocios Extranjeros, Delcassé, vino a San Petersburgo, para ver el medio de mantener en jaque a Inglaterra. Nos excitó a que nos diéramos prisa en la construcción del ferrocarril Orenburgo-Taskhent, que nos permitiría amenazar a la India en caso necesario. Accedimos a ello, y Francia, en cambio, se obligó a ayudarnos en un empréstito. La guerra ruso-japonesa hizo ver a Delcassé que Francia no debía contar con Rusia, y que en estas circunstancias no era lo más prudente estar en gran tirantez de relaciones con Alemania e Inglaterra. En su consecuencia, Delcassé inauguró una política de aproximación con la Gran Bretaña. Con el conocimiento de Rusia, concluyó un tratado con Inglaterra regulando las

## Memorias

relaciones de ambos países en aquellas comarcas en que sus intereses estaban en pugna. Desde entonces, Francia ha cultivado la amistad con la Gran Bretaña.



## VII

### Nicolás II y Alejandra.

CUANDO, en 1894, supe la muerte de Alejandro III, fui a dar cuenta de mi pena a I. N. Durnovo, que era ministro del Interior; yo desempeñaba el de Hacienda. Los dos éramos muy afectos al difunto Monarca, y, como es natural, estábamos verdaderamente afligidos. En el transcurso de la conversación, Durnovo me preguntó qué opinión tenía formada acerca del nuevo monarca, Nicolás II.

Le contesté que había tratado muy pocos asuntos con él, que le creía en extremo inexperto, aunque inteligente, y que siempre me había producido la impresión de un joven bondadoso y bien educado. En efecto, raramente había encontrado un joven de mejores modales que Nicolás II. Su excelente educación borraba todos sus defectos. Esperaba, añadí, que nuestro joven Monarca aprendería pronto el desempeño de su cargo, y, en tal caso, la nave del Estado navegaría felizmente.

Durnovo me miró socarronamente y me dijo:

“Está bien, Sergio, pero siento que esté usted equivocado en lo que a nuestro joven Emperador se refiere. Yo le conozco mejor y le digo a usted que su reinado nos traerá muchísimos disgustos. Acuérdesse de mis palabras: Nicolás II intentará una versión modernizada de Pablo I.”

Sospecho que si Durnovo tenía un conocimiento tan completo del carácter del Emperador, más que a su perspicacia era debido al hecho de que la apertura de las cartas es una de las tareas que está confiada al ministro del Interior. Según parece, Durnovo llevaba con gran diligencia esta tarea. Me dijo una vez, con gran ingenuidad, que había dimitido la cartera del Interior, por la sencilla razón de que la Emperatriz viuda se quejó a su hijo de que Durnovo leía su correspondencia particular. Siendo esta la actitud de la Emperatriz, me decía, no era posible que siguiese en aquel puesto.

Durante aquellos días, hablé también con el procurador del Santo Sínodo, Pobiedonostzef, que estaba profundamente afligido por la muerte de Alejandro. De Nicolás me habló en términos muy vagos, aunque había sido profesor suyo. Lo que más temía, dada su juventud y falta de experiencia, era que el Emperador cayese bajo el influjo de malos consejeros.

En mi primera entrevista, el Emperador me trató muy cordialmente. Disfrutaba de su favor desde mi participación en la Junta del Ferrocarril

Transiberiano, que el joven príncipe Nicolás había presidido. El asunto que discutimos en nuestra primera entrevista oficial fué la construcción de una base naval para nuestra flota del Norte. Éste era uno de los asuntos dejados al joven Emperador por su difunto padre. Debido principalmente a mi influencia, Alejandro III había elegido el puerto de Yekaterina, en la costa Murman, con preferencia a Libau. Su Majestad me declaró que no se quería separar de la voluntad de su padre e inmediatamente decretó la construcción de la base en Murman.

Dos o tres meses después me encontré de pronto en el *Mensajero Gubernamental* un Imperial decreto ordenando la construcción de la base naval de Libau, que debía ser llamado Puerto de Alejandro III, en consideración al hecho de que este era el deseo del difunto Emperador. Yo me quedé completamente sorprendido porque unos cuantos meses antes de su muerte, Alejandro III me repitió su preferencia por la base de Murman.

Poco tiempo después me enteré de que inmediatamente de publicar el decreto, Su Majestad fué a ver al Gran Duque Constantino y, con lágrimas en los ojos, se le quejó de que el almirante general, Gran Duque Alejo, le había obligado a firmar un decreto contrario a sus deseos y a los de su difunto padre.

Sin embargo, no era el Gran Duque Alejo el principal defensor de la idea de construir la base

naval en Libau, sino el ministro de Marina, N. M. Chikhachef. Él fué principalmente el responsable de la insistencia del Gran Duque, y el Emperador tuvo conocimiento de ello. Y mientras cedía a la presión externa, albergaba un secreto rencor contra la persona que había originado aquella influencia. No había pasado un año y Chikhachef fué destituido, siendo ello sin duda alguna un acto de venganza.

Desgraciadamente, la conducta de Nicolás II, en el caso citado, es la característica de sus actos. Como observó el príncipe Mirski, su carácter es el origen de todas nuestras desventuras. Un gobernante en quien no se puede fiar, que aprueba hoy lo que mañana rechazará, es incapaz de conducir la nave del Estado a un puerto seguro. Su defecto prominente es su falta de voluntad. Aunque bondadoso y no escaso de inteligencia, este defecto le incapacitaba para el gobierno autocrático e ilimitado del pueblo ruso. ¡Pobre y desdichado Emperador! ¡No había nacido para desempeñar el papel histórico que la fatalidad le ha confiado!

En la coronación del emperador Nicolás II, que tuvo lugar el 14 de mayo (calendario ruso) de 1896, ocurrió una triste y siniestra desgracia: cerca de dos mil personas perecieron en Moscou, en el campo de Khodynka, en donde se habían preparado refrescos y diversiones para el populacho. Unas cuantas horas después de la desgracia de Khodynka, Sus Majestades oían un concierto di-

rigido por el célebre Safonof. Recuerdo vivamente una corta conversación que tuve durante el concierto con el plenipotenciario chino, Li-Hung-Chang, que por aquel tiempo se encontraba en Rusia con una comisión oficial. Sentía curiosidad por conocer los pormenores del desastre, y le dije que habían perecido cerca de dos mil personas.

“Su Majestad, dijo, no debe saber nada de ello.”

“Al contrario, contesté, lo sabe perfectamente. Todos los detalles deben haberle sido comunicados.”

“No veo, observó el chino, la prudencia de tal medida. Recuerdo que siendo yo gobernador general murieron en la provincia confiada a mi cargo diez millones de hombres de la peste bubónica, y, sin embargo, nuestro Emperador no tuvo noticia de ello. ¿Para qué molestarle inútilmente?”

Pensé, para mí solo, que no en balde nosotros estábamos más adelantados que los chinos.

Estaba anunciada para el mismo día una reunión dada por el Embajador de Francia, marqués de Montebello. Creíamos que la reunión sería suspendida a causa del desastre de Khodynka. Y, por el contrario, tuvo lugar como si nada hubiese pasado, siendo abierto el baile por Sus Majestades, que bailaron un rigodón.

El carácter del Emperador puede decirse que es esencialmente femenino. Alguien ha observado

que la Naturaleza le concedió los atributos masculinos por equivocación. Al principio, cuando llegaba a su presencia algún personaje oficial, hacía demasiado visible el elevado concepto en que le tenía, llegando mucho más allá de los límites de lo debido en demostrarle sus atenciones; sobre todo si habían sido nombrados por él y no por su padre. Sin embargo, poco tiempo después, Su Majestad se volvió indiferente hasta para sus favoritos, llegando a demostrarles animosidad inclusive. Este morboso sentimiento era originado por tener el Emperador la conciencia de que la persona en cuestión era indigna de sus favores. Debemos observar que Su Majestad no toleraba a su lado a nadie que considerase como superior a él en inteligencia o cuya opinión difiriese de la de la camarilla de la Corte.

Hay un exceso de optimismo en el carácter de Su Majestad, y padece de una extraña miopía en la que se refiere al tiempo y al espacio. Sólo siente miedo cuando la tormenta está encima y desaparece todo temor en cuanto el peligro ha pasado. Y así es que aun después de haber concedido la Constitución, Nicolás se considera como un Soberano autócrata en el sentido que puede ser formulado del modo siguiente: "Yo hago lo que quiero y lo que quiero es bueno; si el pueblo no lo ve así, es debido a que son simples mortales, mientras yo estoy ungido por Dios".

Es incapaz de jugar limpio y siempre busca

medios clandestinos y caminos subterráneos. Siiente una verdadera pasión por los métodos y notas secretas. Hasta en los momentos más críticos, tales como en el período que siguió inmediatamente al otorgamiento de la Constitución, Su Majestad no abandonó sus trajes de ceremonia "bizantinos". Pero como no tenía el talento de Metternich, ni de Talleyrand, se metía, por lo general, en charcos de barro o de sangre.

El incidente que voy a referir, ilustrará por completo acerca del carácter poco escrupuloso del Emperador. Cuando Sipyagin, ex ministro del Interior, fué asesinado por un revolucionario en 1912, su colega P. N. Durnovo y el ayudante general Hesse recibieron el encargo de poner en orden sus papeles. Éstos fueron clasificados, entregándose los documentos de carácter particular a la viuda del difunto ministro. Ésta sabía que su esposo guardaba un diario, consistente en dos libros: uno que comprendía el período de su ministerio y el otro correspondiente al tiempo en que presidió la Comisión de Peticiones. Como estos documentos no le habían sido devueltos, preguntó a Durnovo qué había sido de ellos, y éste le dijo que estaban en manos del general Hesse. (El desarrollo de este incidente lo sé por conducto de la misma Mme. Sipyagin y de su cuñado el conde Sheremetyef). Unos cuantos días más tarde, la viuda fué a Palacio a dar las gracias a Sus Majestades por sus atenciones. En el transcurso de

la audiencia, el Emperador dijo a su visitante que había recibido los diarios de su difunto esposo, y que los encontraba tan interesantes que le agradecería que se los dejase un cierto tiempo para leerlos. Como es natural, Mme. Sipyagin dió su consentimiento.

Pasaron unos meses y los diarios seguían aún en manos del Emperador. Mme. Sipyagin se dirigió a su cuñado, el conde Sheremetyef, que era ayudante de campo y antiguo camarada del Emperador, pidiéndole que recordara a Su Majestad las notas de su difunto esposo. A los pocos días Mme. Sipyagin tuvo una audiencia con la Emperatriz, y cuando ya estaba a punto de marcharse, Su Majestad le dijo que se esperara un momento, porque el Emperador deseaba hablar con ella. Unos minutos más tarde el Emperador entró en la habitación y le entregó un paquete, diciéndole que le devolvía las interesantes Memorias de su difunto esposo y que le daba las gracias por habérselas dejado leer. Al llegar a su casa Mme. Sipyagin se dió cuenta de que sólo le había devuelto una parte de los diarios, principalmente la correspondiente al tiempo en que su esposo presidió la Comisión de Peticiones. Mme. Sipyagin acudió de nuevo a los buenos oficios de su cuñado el conde Sheremetyef para arreglar el asunto. El conde fué a ver al general Hesse, el cual contestó casi con malos modos que ya se había hablado demasiado de aquellas Memorias.

Al cabo de pocos días Su Majestad marchó a Moscou para prepararse para la consagración y pasar los primeros días de la Pascua de Resurrección. En una de las comidas oficiales el conde Sheremetyef estuvo sentado al lado del general Hesse. Este último le aseguró que había entregado a Su Majestad los dos diarios completos de Sipyagin. Al regresar a San Petersburgo el Emperador llamó al conde Sheremetyef y tuvo una conversación con él, que más tarde me fué relatada por el mismo conde. Según le dijo Su Majestad, una parte de las Memorias de Sipyagin se habían perdido y se extrañaba el Emperador de que el conde no estuviese enterado de ello. El conde indicó a Su Majestad que ni Durnovo ni Hesse negaban que hubiesen recibido los dos libros completos, y, por lo tanto, que no se podía explicar la pérdida. Entonces el Emperador observó que Sipyagin había estado disgustado con Hesse. El general quizá encontró en las Memorias, siguió diciendo el Emperador, algunos pasajes desagradables para él, y decidió, sin duda, destruir el libro para impedir que él lo leyera. "El hecho es, dijo el conde, terminando su historia, que me consta que fué Su Majestad en persona quien destruyó el libro de las Memorias de Sipyagin." Añadiré de paso que, después del acto del 17 de octubre de 1905, el conde Sheremetyef ordenó que todos los retratos que tenía en su palacio de Su Majestad fuesen vueltos hacia la pa-

red, lo cual trajo como consecuencia una ruptura entre nosotros dos.

Ahí va otro incidente de naturaleza parecida que se refiere a mí personalmente.

En vista de los persistentes rumores de que yo había arrancado el Manifiesto del 17 de octubre a Su Majestad, escribí una Memoria, que presenté al Emperador por conducto del ministro de la Corte. El Emperador la retuvo unos quince días, y después la devolvió diciendo: "En la Memoria de Witte los hechos están relatados correctamente. Sin embargo, no se lo diré a él por escrito, sino de palabra." El barón trasladó la extraña respuesta al príncipe Obolenski, y este último me la repitió. ¡Y pensar que estas palabras habían sido pronunciadas por el hijo de Alejandro III, el más noble y el más sincero de los Monarcas!... Como es natural, jamás recibí una respuesta escrita a mi *memorandum*.

En otra parte ya he hablado de la política internacional del Emperador, especialmente en lo relativo a la guerra ruso-japonesa. Bastará decir aquí que, después de todo, es sólo responsable por aquella desdichadísima guerra en el supuesto de que sea posible condenar a un hombre que no es responsable de sus hechos más que ante Dios.

En el fondo, Su Majestad era partidario de una política agresiva; pero, como siempre, su mente vacilaba de continuo. Cambiaba de política cada día. Trataba de engañar al virrey del

Extremo Oriente y al comandante en jefe del ejército, y, por supuesto, la mayor parte de las veces sólo se engañaba a sí mismo.

Aunque jamás habló de ello, es evidente que se metió en la aventura del Extremo Oriente porque desde su juventud sintió un verdadero odio contra el Japón, y además porque sentía un grandísimo anhelo por una guerra victoriosa. Estoy inclinado a creer que si no hubiese estallado la guerra con el Japón, habría surgido en la frontera de la India o más probablemente en Turquía, siendo el Bósforo la nñanza de la discordia. Desde allí habría saltado a otras regiones. Después de la coronación de Su Majestad y de su viaje a Francia, Nelidof, por aquel entonces Embajador nuestro en Constantinopla, casi nos arrastró a una guerra con Turquía.

A últimos del año 1896 hubo una matanza de armenios en Constantinopla, precedida de otra en el Asia Menor. En octubre, Su Majestad regresó del extranjero, y Nelidof, nuestro Embajador en Turquía, fué a San Petersburgo. Su llegada levantó rumores acerca de las medidas que iban a tomarse contra los turcos. Dichos rumores me obligaron a presentar un escrito a Su Majestad, exponiendo mis puntos de vista en relación a Turquía, oponiéndome al empleo de la fuerza. El 21 de noviembre (3 de diciembre) recibí una Memoria secreta, redactada por Nelidof. El Embajador hablaba en términos vagos de la situación

alarmante de Turquía, y sugería la idea de que debíamos producir incidentes que nos diesen derecho y posibilidad de apoderarnos del Bósforo.

La idea de Nelidof fué discutida en una conferencia especial que tuvo lugar dos días después, y que presidió Su Majestad. El Embajador insistió en que estaba a punto de ocurrir un cataclismo en el Imperio otomano, y que para defender nuestros intereses debíamos ocupar el Bósforo superior. Naturalmente, era apoyado por el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor, general Obruchef, para quienes la ocupación del Bósforo, y a ser posible de Constantinopla, constituía una idea fija. Los demás ministros se abstuvieron de expresar su opinión acerca de dicho asunto, así es que me tocó en suerte tener que oponerme al desastroso proyecto, lo cual hice con energía y decisión. Apunté la idea de que el plan que nos era sometido precipitaba la guerra europea y haría añicos la brillante posición política y económica en que Alejandro III había dejado a Rusia.

El Emperador limitóse, al principio, a interrogar a los miembros de la conferencia; pero cuando la discusión hubo terminado, declaró que compartía los puntos de vista del Embajador. Así fué planteado el problema, por lo menos al principio. Decidióse llevar a cabo sucesos tales en Constantinopla, que nos suministrasen un pretexto plausible para efectuar un desembarco y ocupar el

Bósforo. Se ordenó inmediatamente a las autoridades militares de Odesa y Sebastopol que tuviesen tropas preparadas para desembarcar en Turquía. Se convino también que cuando Nelidof encontrase el momento oportuno enviase un telegrama a nuestro representante financiero en Londres, diciéndole que comprase una gran cantidad de trigo. El despacho debía ser remitido en seguida al director del Bancó Imperial y expedido por este último al ministro de la Guerra, lo mismo que al de Marina.

El acta de la sesión fué redactada por Shishkin, director del ministerio de Negocios Extranjeros. Según ella, las decisiones de la conferencia habían sido aprobadas por unanimidad. Hice saber a Shishkin que no podía firmar el acta, por la sencilla razón de que, según mi modo de pensar, los acuerdos de la conferencia amenazaban a Rusia con desastrosas consecuencias. Le dije que consiguiese de Su Majestad permiso para insertar un resumen de mi punto de vista relativo a dicho asunto, o bien exponer brevemente que yo estaba por completo en desacuerdo con las conclusiones a que se había llegado en la conferencia. No quiero, le dije, asumir ante la Historia la responsabilidad de esa aventura. Shishkin escribió al Emperador y le fué ordenado que insertase al principio del acta la siguiente manifestación: "En opinión de Witte, mi secretario de Estado, la ocupación del Bósforo Superior, sin un acuerdo pre-

liminar con las grandes Potencias, es en el presente momento y en las circunstancias actuales muy peligroso y nos llevaría probablemente a consecuencias desastrosas." Su Majestad firmó el acta el 27 de noviembre (9 de diciembre) y escribió en el margen unas cuantas palabras para decir que estaba de completo acuerdo con la opinión de la mayoría.

Nelidof salió para Constantinopla, ansioso de poner en ejecución su plan, por tan largo tiempo acariciado. Se esperaba que la señal llegase de un momento a otro, así es que uno de los secretarios del director del Banco Imperial estaba de guardia toda la noche, pronto a recibir el fatal telegrama y a ordenar su inmediata transmisión al director. Temiendo las consecuencias de aquel acto, no pude menos de hacer partícipes de mis aprensiones a varias personas de la intimidad del Emperador, y entre ellas al Gran Duque Vladimir Alexandrovich y a Pobiedonostzef.

El último leyó el acta de la sesión y me la devolvió con las palabras siguientes: "Me apresuro a enviarle en sobre cerrado el acta. Gracias por habérmela enviado. *¡Alea jacta est!* ¡Que Dios nos salve!"

No sé si fué debido a la influencia de estos hombres o a la de aquel Poder que gobierna todo el mundo y a quien nosotros llamamos Dios, pero el hecho es que Su Majestad cambió de opinión y ordenó a Nelidof, poco después de su marcha

a Constantinopla, que abandonase su proyecto. Es significativo que algún tiempo después de este incidente el Emperador empezó a tomarme ojeriza.

Hay que tener en cuenta que durante la guerra ruso-japonesa, la actitud de la camarilla de la Corte, y hasta la del mismo Emperador, hacia Inglaterra, fué la de una fuerte hostilidad. Era debido esto al convenio de Inglaterra con el Japón y a que concedía hospitalidad a los revolucionarios rusos. Su Majestad tenía la costumbre de emplear, hasta en documentos oficiales, la palabra *macacos* (monos) al referirse a los japoneses. A los ingleses les llamaba judíos. "Un inglés, repetía a menudo, es un *shid* (judío)."

Para ilustrar más los puntos de vista y simpatías de Su Majestad, citaré el notable incidente siguiente: Durante mi presidencia (1906) recibí un despacho del gobernador-general, Sologub, dándome cuenta de las medidas tomadas para reprimir la sublevación del distrito de Reval y pidiéndome que ejerciera una influencia moderadora sobre el capitán Richter, que formaba parte de la expedición de castigo, que ejecutaba a la gente sin hacer distinción alguna y sin la menor sombra de legalidad. Sometí el despacho a Su Majestad, que me lo devolvió con las siguientes palabras en el margen correspondiente a las líneas en que se describían las hazañas sangrientas del capitán: "¡Admirable! ¡Excelente muchacho!" Y me dijo que enviara dicho telegrama al capitán.

Telegrama que no volvió a mi poder. Algún tiempo después dejé el puesto de primer ministro. Su Majestad me recibió muy amablemente y me pidió que le devolviera todos los telegramas y cartas que contenían comentarios suyos autógrafos y que estaban en mi poder. Así lo hice, y ahora me arrepiento. Dichos documentos arrojarían una notable luz sobre el carácter de ese Soberano, verdaderamente desdichado y débil, intelectual y moralmente.

Cuando en el transcurso de mis conferencias oficiales con Su Majestad me refería a la opinión pública, el Emperador me interrumpía cólericamente, exclamando: "¿Pero qué tengo yo que ver con la opinión pública?" Consideraba, y con razón, que la opinión pública era la opinión de los *intelectuales*. Para que se vea lo que pensaba el Emperador acerca de éstos, recordaré una anécdota que me refirió el príncipe Mirski. Cuando Nicolás visitó las provincias del Oeste, el príncipe le acompañó en concepto de gobernador-general, comiendo con él. Una vez en la mesa alguien se refirió a la *intelligentsia* (intelectuales). Al oír el Emperador la palabra, exclamó: "¡Cómo detesto esta palabra! Quisiera poder ordenar a la Academia que la borrara del diccionario ruso."

El Emperador estaba hecho a la creencia que todo el pueblo, con excepción de los intelectuales, estaba a su lado. Esta era también la convicción

de la Emperatriz. En cierta ocasión, estando discutiendo la cuestión política con la Emperatriz, el príncipe Mirski observó que en Rusia todo el mundo estaba contra el régimen existente. A esto la Emperatriz replicó vivamente que sólo los intelectuales estaban en contra del Zar y su Gobierno; pero que el pueblo había estado siempre y siempre estaría a su lado. "Sí, replicó el príncipe, es verdad; pero son las clases intelectuales las que hacen la historia en todas partes, mientras que las masas son solamente un poder elemental; hoy la masa aplasta a los revolucionarios intelectuales; pero quizá mañana saqueará los palacios del Zar."

El Emperador estaba rodeado por declarados enemigos de los judíos, tales como Trepof, P. Plehve, Ignatyef y los directores de los *Cien Negros*. En cuanto a su actitud personal hacia los judíos, recuerdo que siempre que le llamé la atención acerca del hecho de que no era posible tolerar los motines contra éstos, guardaba silencio o decía: "¡Pero si son los judíos los que tienen la culpa!" (Su Majestad empleaba siempre el injurioso vocablo *shidy* en vez de la palabra *yevrei*.) La corriente antijudía no iba de abajo a arriba, sino todo lo contrario.

En diciembre de 1905 tuvo lugar en Homel una atroz matanza de judíos. Encargué a Durnovo, ministro del Interior, que ordenara una investigación. Resultó de ésta que el sangriento motin fué organizado por completo por los agentes del ser-

vicio secreto, bajo la dirección del jefe local de los gendarmes, conde Podgorichani, que no negaba su papel en el asunto. Encargué a Durnovo que llevase las conclusiones de la investigación al Consejo de ministros. El Consejo condenó enérgicamente la actitud de la policía del Gobierno, y aconsejó que el conde Podgorichani fuese destituido y procesado. La opinión del Consejo fué reproducida en el acta de la sesión, aunque en forma más suave. Las actas fueron sometidas, como era debido, a Su Majestad, quien, con visible disgusto, escribió en el margen las palabras siguientes: “¿En qué me concierne a mí este asunto? El caso del conde Podgorichani está dentro de la jurisdicción del ministro del Interior.” Unos cuantos meses después el conde Podgorichani era jefe de policía de una de las ciudades del mar Negro.

En su actitud acerca de los judíos, como en todo lo demás, el ideal del Emperador era, en el fondo, el de los *Cien Negros*. La fuerza de este partido estaba precisamente en el hecho de que Sus Majestades tenían la idea de que aquellos anarquistas del derecho constituían su salvación.

El partido de los “Verdaderos Rusos”, como se llaman ellos mismos, es esencialmente patriótico, cuya circunstancia, dado nuestro cosmopolitismo, le recomienda a nuestra simpatía. Pero el patriotismo de los *Cien Negros* es puramente elemental; no está basado en la razón, sino en la pasión. La mayor parte de sus jefes son aventu-

ros políticos, sin escrúpulos y sin ninguna idea política práctica ni honrada, estando dirigidos todos sus esfuerzos a estimular y explotar los bajos instintos del populacho. Estando bajo la protección de la doble águila imperial, este partido será capaz de producir espantosos motines y sublevaciones; pero su obra será siempre puramente destructora y negativa. Es la personificación del patriotismo salvaje y nihilista, alimentándose de mentiras, infamias y falsedades; el partido de la desesperación cobarde, privado de todo espíritu creador, varonil y previsor. La masa del partido es torpe e ignorante, y los jefes son, en su mayoría, villanos, entre los cuales se encuentra algún titulado noble y un cierto número de secretos simpatizadores, reclutados entre los cortesanos. Su prosperidad está asegurada por reinar el desorden en Rusia y su divisa es la siguiente: "No para el pueblo, sino el pueblo para el bienestar de nuestros estómagos." Sin embargo, hay que decir que los jefes de los *Cien Negros*, secretos o públicos, constituyen una despreciable minoría entre la nobleza rusa. Son verdaderos parias de la nobleza, que se alimentan de las migajas, ricas migajas en verdad, que caen de la mesa del Zar. ¡Y el pobre y descarriado Emperador sueña en restaurar a Rusia con la ayuda de este partido! ¡Pobre Emperador!

En relación con este asunto recordaré el vergonzoso telegrama puesto por el Emperador al co-

nocido petardista Dubrovin, presidente de la Unión del Pueblo ruso (una organización de los *Cien Negros*), fechado el 3 de junio de 1907. En ese cariñosísimo despacho, Su Majestad manifiesta su aprobación a los actos de Dubrovin como presidente de la Unión del Pueblo ruso, y le asegura que en lo futuro se apoyará en aquella cuadrilla de asesinos. Ese telegrama, unido al manifiesto disolviendo la segunda Duna, revelan toda la pobreza de la política de aquel Emperador que se llama autócrata y el estado patológico de su mente.

Alejandro III fué un Monarca verdaderamente económico. Durante su reinado el presupuesto del ministerio de la Corte permaneció estacionario. Con la subida al Trono de Nicolás II aquel presupuesto empezó a subir rápidamente. De acuerdo con la ley, el presupuesto debía ser fijado por el Consejo Imperial. Pero en la práctica, su importe era el resultado de una conversación entre el ministro de la Corte y el de Hacienda, y la cantidad acordada era, por lo general, ratificada por el Consejo Imperial. Al subir al Trono Nicolás, el ministro de la Corte, conde Vorontzof-Dashkof, comenzó a aumentar los gastos del ministerio. Como no hacía caso de mis protestas, presenté un escrito al Emperador. Su Majestad me contestó diciéndome que quería ser económico, como lo había sido su padre. Debí decir algo nada agradable al conde Vorontzof-Dashkof, porque este último se me acercó, declarándose culpa-

ble. Unos cuantos meses después el conde dejó su cargo y fué sustituido por el barón Frederichs. Al cabo de poco tiempo recibí un decreto imperial, con las reglas que entonces existían relativas al señalamiento del presupuesto del ministerio de la Corte, y estableciendo el siguiente orden para calcular los gastos de aquel ministerio. Su importe es fijado y sometido a la confirmación imperial por el ministro de la Corte solamente; la suma es comunicada al ministro de Hacienda, el cual la incluye en el presupuesto general, sin permitir su discusión en el Consejo Imperial. El decreto terminaba diciendo que la nueva ley no sería publicada para evitar discusiones inútiles, pero que en la nueva edición de los estatutos serían modificados, con arreglo a ello, los artículos relativos a dicho asunto. Un procedimiento tan irregular no se había conocido en Rusia desde los días de Pablo I, y quizá este mismo Emperador habría vacilado ante lo que resultaba un falseamiento de las leyes del país.

Al hablar de la actitud de Sus Majestades acerca de mi propia persona, debo decir que me constaba que era objeto de una particular enemistad de la emperatriz Alejandra. Si no recuerdo mal, creo que provino de un incidente que tuvo lugar en 1900. Aquel año, durante la estancia en Yalta (Crimea), el Emperador se puso enfermo del tifus. Nicolás sentía aversión a todo tratamiento médico. Esto es, según creo, un rasgo fami-

familiar de los Romanofs. Tengo la convicción de que su padre murió prematuramente porque acudió a un tratamiento serio cuando ya era tarde. El médico del emperador Nicolás era Hirs, un perfecto caballero que había heredado más que ganado el cargo que desempeñaba. No tenía reputación alguna como médico ni como cirujano.

Dió la casualidad de que Sipyagin, ministro del Interior, y yo nos encontrásemos en Yalta cuando se puso enfermo el Emperador. Inmediatamente tocamos alarma y llamamos a una celebridad médica de San Petersburgo. Al llegar el período crítico de la enfermedad fuí llamado por Sipyagin para que fuese a verle en el hotel en que se alojaba. Además de él encontré en su despacho al Gran Duque Miguel Nikolayevich, al conde Lamsdorff, ministro de Negocios Extranjeros, y al barón Frederichs, ministro de la Corte. Estaban discutiendo la situación que crearía la muerte de Su Majestad sin dejar heredero. En aquella época no había nacido aún el zarevitz Alejo. Se decía que, estando embarazada la Emperatriz, y pudiendo ser un varón lo que llevaba en las entrañas, debía ser declarada regente hasta el momento del parto. Yo me opuse a dicho plan, diciendo que debía cumplirse la ley literalmente; esto es, que debía subir al Trono el pariente más próximo del Emperador, o sea su hermano el Gran Duque Miguel Alexandrovich. Logré convencer a los demás

miembros de esta conferencia improvisada, acordándose que, en caso de muerte del Emperador, prestaríamos juramento de fidelidad a Miguel Alexandrovich. Este incidente, que no tuvo consecuencias de ninguna clase, porque el emperador Nicolás se curó, fué interpretado por la Emperatriz como una clandestina intriga contra ella por parte mía, y de ahí proviene su enemistad. Cuando renuncié a mi puesto de primer ministro, la Emperatriz, según me contaron, demostró su satisfacción con una exclamación de alivio.

A pesar de los grandes e inapreciables servicios prestados a él y al Imperio, la actitud del Emperador respecto a mi persona, excepción hecha de la primera parte de su reinado, estuvo de conformidad con la profunda aversión sentida por la Emperatriz. Después de resignar el cargo de presidente del Consejo de ministros he tenido dos audiencias con Su Majestad. La primera tuvo lugar en 1906, al regresar del extranjero, en donde estuve, en realidad, desterrado, y duró unos veinte minutos. Hablamos del monumento de Alejandro III, que entonces estaba en construcción. Un intervalo de seis años separó esta entrevista de la segunda audiencia. Desde 1912 no he sido recibido por el Emperador.

Durante la primera parte de su reinado, Nicolás estuvo bajo el ascendiente de los Grandes Duques y de la Emperatriz viuda, María Fyodorovna. La influencia del Gran Duque Nicolás fué, proba-

blemente, la que duró más tiempo. Puede ser debido el hecho a que poseía aquel misticismo complejo que la emperatriz Alejandra había contagiado a su marido.

Un incidente de mis relaciones con el Gran Duque Nicolás ilustrará este aspecto de su carácter. Trabé conocimiento con él en Kief, en casa de su madre, la Gran Duquesa Alejandra Petrovna, a quien yo visitaba. En aquella época yo era director de los ferrocarriles del Suroeste y él era coronel agregado al Estado Mayor. A veces jugamos a las cartas juntos. Su madre era una excelente señora, pero algo influída por la manía del ocultismo. Más tarde le vi con mucha frecuencia; pero jamás tuve ocasión de hablar con él. Cuando fui ministro me enviaba o me dejaba en casa una tarjeta los días de aniversario. Algún tiempo después de haber sido nombrado presidente del Consejo de ministros fui a visitarle. La conversación versó acerca del Emperador.

—Con toda franqueza, Sergio Yulyevich—me dijo de repente—; ¿según su modo de ver, el Emperador es un simple ser humano, o es algo más?

—El Emperador—le contesté—es mi señor, y yo soy su leal servidor; pero aunque sea un Monarca autócrata dado a nosotros por Dios o la Naturaleza, no deja de ser un ser humano con todas sus contrariedades.

—Según mi modo de pensar—observó el Gran

Duque—, el Emperador no es un simple mortal, sino más bien un ser intermedio entre el hombre y Dios.

Y nos despedimos.

La influencia de la Emperatriz viuda, María Fyodorovna, sobre su hijo fué, según creo, una influencia bienhechora. Pero después de su matrimonio, la influencia de su madre se fué desvaneciendo, y Nicolás cayó para siempre bajo el hechizo de su esposa, una mujer histérica y desequilibrada, poseyendo, sin embargo, la suficiente fuerza de carácter para dominarle por completo y contagiarle su propio estado morbosos.

Unos años antes de la muerte de Alejandro III se hicieron algunos intentos, sin resultado, para buscar esposa al futuro emperador Nicolás II. En estas circunstancias fué a San Petersburgo de visita la princesa Alix de Darmstadt. No gustó, y el proyecto de casamiento del Príncipe heredero quedó en suspenso. Esto fué un grave error. Como es natural, el joven Nicolás buscó placeres ilícitos, y tuvo amores con la bailarina Kszesinska. El enredo con aquella mujer no fué conocido de su augusto padre, pero no pudo escapar a la atención de los que rodeaban más de cerca al Emperador, los cuales le instaron para que apresurara el casamiento de su heredero. Al propio tiempo, Su Majestad se puso enfermo, y como consecuencia de ello sintió ansiedad por ver casado a su hijo. Entonces se acordaron de la rechazada prin-

cesa Alix, y el heredero salió para Darmstadt a pedir su mano.

Lo funesto de aquella determinación se deduce de la siguiente anécdota que me refirió el conde Osten-Sacken, nuestro actual enviado en Alemania, en el transcurso de una conversación íntima que tuvimos en Berlín. "En tiempo de Alejandro II, me dijo el querido conde, fui enviado a la Corte de Darmstadt en calidad de encargado de Negocios, y pude conocer perfectamente a la familia del Gran Duque. Durante el reinado de Alejandro III fué suprimido el cargo y fué trasladado a Munich. Cuando el Príncipe heredero marchó a Darmstadt recibí la orden de unirme a él. El primer día de mi llegada tuve una conversación con el viejo mariscal de la Corte, con quien estaba en muy buenas relaciones de amistad desde la otra vez que estuve allí. La conversación versó acerca de la princesa. "Cuando yo salí de Darmstadt, le dije, la princesa Alix era una chiquilla muy mona. Dígame usted con franqueza qué piensa usted de ella, ahora que ya es una mujer". El viejo cortesano se levantó, miró detrás de todas las puertas para asegurarse de que no había oídos indiscretos, y me dijo: "¡Qué suerte para Hessen-Darmstadt que se la lleven!"

Como es natural, aceptó a Nicolás y manifestó su sentimiento, sin duda sincero, de tener que cambiar de religión. Conocía de nuestra ortodoxia rusa lo que un recién nacido puede saber de la

teoría de las perturbaciones de los cuerpos celestes, y dada su corta inteligencia y terquedad, no dudo que le resultase duro tener que abandonar la religión en que había nacido. Puede tenerse la seguridad de que su conversión no fué debida a elevados motivos, sino a consideraciones puramente mundanas. Sin embargo, después de haber abrazado la ortodoxia, parece que ha logrado vencerse a sí misma de que ésta es la única religión verdadera conocida de la Humanidad. Por supuesto, la esencia de la religión ortodoxa todavía es para ella, y quizá lo sea para siempre, una caja cerrada; pero se siente hechizada por las formas externas de nuestro ritual, que cautivan sus ojos en los solemnes servicios divinos celebrados en las capillas de la Corte. Adora la forma, no el espíritu de nuestra religión. Era fácil ver cómo la religión de esa mujer, que vive en una atmósfera malsana de lujo oriental y se encuentra rodeada continuamente de una legión de serviles aduladores, tenía que degenerar en un descarnado misticismo. De ahí el renombrado *Doctor Philippe*, el culto de San Serafín de Sarof, la importación de mediums e idiotas de nacimiento que se hacen pasar por santos, etc., de todo lo cual nos ocuparemos.

El emperador Nicolás se casó con la princesa Alix el 13 de noviembre de 1894, poco después de subir al Trono. Alejandra no carece de encantos físicos. Tiene un carácter enérgico y es una buena

madre. Podía haber sido una excelente esposa de un príncipe alemán insignificante, y hasta una Emperatriz de Rusia no nociva, si no hubiese sido por el hecho lamentable de que el Emperador no tenía voluntad. La influencia de Alejandra sobre su esposo es difícil que pueda ser exagerada. En muchos casos dirige sus actos como si fuese ella la cabeza del Imperio. Recuerdo que en una ocasión Nicolás, refiriéndose a la Emperatriz, dijo "es una persona en la cual tengo una fe absoluta". La suerte de muchos millones de seres humanos está en manos de esa mujer. Sin duda alguna, el pobre Emperador, y todos nosotros sus devotos súbditos, y sobre todo Rusia, habríamos sido mucho más felices si la princesa Alix se hubiese casado con un duque o conde alemán.

Volvamos ahora a ese extraño y tosco misticismo que, como hemos dicho, se había apoderado de la Emperatriz, y del cual había contagiado a su augusto esposo. En el transcurso de mi estancia en París, en 1903, tuve largas conversaciones con el barón Alfonso, el septuagenario jefe de la casa Rothschild. Nuestra conversación versó con frecuencia acerca de la preocupación que nos producía el hecho de que hubiese arraigado en la Corte de Rusia el ocultismo y el misticismo, lo cual era, según opinión del barón, un mal síntoma. Repetidamente volvía a este asunto. Nos enseña la Historia, decía, que los grandes sucesos, especialmente los de naturaleza in-

fernal, van siempre y en todas partes precedidos del predominio de un extraño misticismo en la Corte del Monarca. Hasta llegó a enviarme un libro en que el autor presentaba una serie de hechos históricos evidentes en apoyo de dicha tesis. Me dijo el barón que la influencia de un cierto doctor Philippe de Lyon, sobre Sus Majestades y algunos Grandes Duques y Duquesas, daba mucho que hablar en Francia. Me repitió algunos de estos rumores, añadiendo que muchos de ellos eran probablemente exagerados, pero que sin duda alguna el charlatán Philippe visitaba a menudo a Sus Majestades, los cuales le veneraban como a un santo y ejercía en su vida íntima una influencia esencial.

Todos estos cuentos divulgados por Francia y por todo el extranjero, nos causaban a los rusos una triste impresión. Por supuesto, en el mismo Petrogrado había oído hablar bastante de Philippe. Expondré aquí todas las informaciones auténticas que tengo acerca de este asunto. Philippe vivía antes en Lyon (Francia). No había completado ninguna clase de estudios. Al casarse su hija con un médico, empezó a practicar como curandero, y como sucede a menudo, estuvo a veces afortunado. Además de dedicarse a curandero, decía también la buenaventura. Los que le conocen aseguran que es listo y que posee un oculto poder especial sobre los hombres y mujeres de voluntad débil o que padecen de enfermedades

nerviosas. A causa de sus oficios de charlatán tuvo unos cuantos procesos, y se le prohibió que siguiese ejerciendo su industria. Sin embargo, consiguió hacerse con un grupo de admiradores, principalmente entre los nacionalistas. Figuraba también en el grupo nuestro agregado militar en París, el conde Muraviof-Amursky. No hay duda alguna de que el conde era un desequilibrado. Trató de envolvernos en una cuestión con el Gobierno de la República, al que aborrecía de todo corazón.

Fueron el conde y unos cuantos admiradores más los que declararon santo a ese impostor. Aseguraban que no había nacido como los demás mortales, sino que había descendido directamente del cielo y que saldría de esta vida de igual extraordinaria manera. En Francia fué presentado a una Gran Duquesa rusa. No sé si fué a la esposa del Gran Duque Pedro o a la del príncipe de Leuchtenberg, ambas princesas de Montenegro.

(Hace poco, la segunda de estas princesas de Montenegro, a instancias de los espíritus y con permiso de Sus Majestades, se divorció del príncipe de Leuchtenberg y se casó con su primo el Gran Duque Nicolás.)

Esta amistad de las dos princesas montenegrinas con el doctor Philippe, fué de gran importancia para Rusia, por ser las más íntimas confidentes de la Emperatriz. Merece la pena describir su ingreso en la Corte de Rusia, sobre la que ejercieron tan funesta influencia. Siendo muy jóvenes,

fueron enviadas por su padre, el príncipe Nicolás de Montenegro, a San Petersburgo, para que ingresasen en el Instituto Smolny, en donde se distinguieron poco. Recibieron el título del Instituto cuando Alejandro III acababa de romper los tradicionales lazos que le ataban con Alemania y la unión con Francia estaba aún en estado incipiente. Entonces fué cuando en un banquete dado en honor del príncipe Nicolás de Montenegro, brindó el Emperador con las famosas frases: "Por mi único amigo el príncipe Nicolás de Montenegro". El brindis obedeció no tanto al cariño que sentía por el príncipe Nicolás, como al propósito de informar al mundo de que el Emperador ni tenía ni necesitaba amigos.

Por su parte, el príncipe Nicolás de Montenegro hizo todo lo que pudo para congraciarse con el Emperador. Es natural que este último concediese su amistad al representante de una raza caballeresca y de un pueblo que entre todos los eslavos es el que más grande afecto ha demostrado siempre a Rusia. En estas circunstancias, era muy natural que el emperador Alejandro mostrase su interés por las princesas montenegrinas. Fué ésto suficiente para que algunos miembros de la familia imperial se presentasen como aspirantes a sus manos. Se recordará que por aquel tiempo disponíamos ya de un número bastante crecido de Grandes Duques. El Gran Duque Pedro, el enfermizo hijo menor del Gran Duque Nicolás, que

mandó nuestras tropas en la última guerra turca, se casó con la mayor de las princesas de Montenegro, y la segunda contrajo matrimonio con el príncipe Yuri de Leuchtenberg.

De este modo, debido a Alejandro III, las princesas montenegrinas se casaron con Grandes Duques de segunda clase. La historia habría terminado si no hubiese subido al Trono Nicolás y no se hubiese casado con la princesa Alix. Ésta fué recibida por la Emperatriz viuda y por las Grandes Duquesas muy cordialmente, pero no como una Emperatriz. Las princesas de Montenegro fueron las únicas que la trataron como a tal, demostrándole una servil admiración y cariño. Se aprovecharon de una enfermedad del estómago que padeció la Emperatriz, para manifestarle toda su abnegación. No se movieron de su lado de noche ni de día, mandaron retirarse a las camareras y desempeñaron hasta las más desagradables tareas. De esta manera se ganaron el favor de la Emperatriz y se convirtieron en sus más íntimas amigas. Su influencia sobre Sus Majestades fué aumentando a medida que disminuía la de la Emperatriz viuda.

Fueron esas princesas de Montenegro las que se volvieron devotas entusiastas del doctor Philippe. En París, una de ellas, llamó a Rachkovsky, jefe de nuestra policía en dicha capital, y le expresó su deseo de que se permitiera a Philippe ejercer su arte y se le concediera un título de

médico. Naturalmente, Rachkovsky explicó a la duquesa toda la ingenuidad de su petición, y como hablaba del charlatán en términos no muy correctos, se ganó un peligroso enemigo en la Corte.

Fué a causa de los buenos oficios de esas montenegrinas, que Philippe lograrse el acceso hasta los Grandes Duques y, más tarde, hasta Sus Majestades. La emperatriz Alejandra no trataba íntimamente a ninguno de los miembros femeninos de la familia imperial, excepto a las dos montenegrinas, que eran para ella una mezcla entre amigas íntimas y camareras honorarias.

Durante meses, Philippe vivió secretamente en San Petersburgo, en la residencia de verano de los más altos personajes. Tenían continuamente consultas y sesiones místicas, en las que tomaban parte Sus Majestades, los Grandes Duques y sus esposas las montenegrinas.

Mientras estuvo en Rusia, Philippe estaba al cuidado del Jefe de la Corte, el ayudante-general Hesse, que, como todos los demás jefes, tenía su servicio particular de policía secreta. Hesse creyó preciso enterarse, por conducto de Rachkovsky, de los antecedentes de Philippe. Rachkovsky redactó un dictamen presentando a Philippe como un charlatán, que es lo que realmente era. Este dictamen lo llevó consigo a San Petersburgo, al ir a dicha ciudad por asuntos del servicio. Antes de entregarlo a Hesse se lo leyó a Sipyagin, quien le dijo que oficialmente no quería saber nada del

asunto, ya que no iba dirigido a él, y particularmente aconsejó a Rachkovsky que echara el dictamen al fuego que ardía en la chimenea. No obstante, Rachkovsky dió curso al documento. Al ser nombrado ministro Plehve, Rachkovsky fué destituido, prohibiéndole residir en París y hasta, si no recuerdo mal, en toda Francia. Plehve me explicó que se había visto obligado a obrar de este modo. Hesse hizo toda clase de esfuerzos para proteger a Rachkovsky, pero fueron inútiles. Sin embargo, en tiempo de Trepof, que fué una especie de dictador, Rachkovsky fué llamado para ocupar un puesto importante en la policía.

Ya que Philippe no había logrado un título profesional en Francia, la Academia Militar de Medicina de San Petersburgo se vió obligada a concederle el de doctor en Medicina, violando de un modo flagrante la ley. Esto sucedió en tiempos en que Kuropatkin era ministro de la Guerra. Además, el doctor Philippe fué elevado a la categoría de Consejero de Estado. Todo ello se hizo en secreto. El santo fué a visitar al sastre y le encargó un uniforme de médico militar.

Aunque las sesiones con Philippe se mantenían secretas, disgustaban grandemente a la Emperatriz viuda, María Fyodorovna. El príncipe de Leuchtenberg y el Gran Duque Nicolás primero y segundo esposo de la menor de las princesas montenegrinas, decían, al ser preguntados por sus curiosos amigos, que, sin duda alguna, Philippe

era un santo. Poco a poco se fué formando un grupo de iluminados alrededor de Philippe.

La emperatriz Alejandra cayó por completo bajo la influencia del impostor. Entre otras cosas cree que el doctor Philippe está encantado y que no puede ser herido por medios naturales. Nada aclarará mejor la extensión y naturaleza de su ascendiente sobre la Emperatriz que el siguiente increíble, aunque auténtico, incidente: Durante el tiempo en que estuvo bajo el poder del charlatán, sentía grandes deseos de tener un hijo varón, pues los cuatro que ya había tenido eran hembras. El doctor Philippe hizo creer a la Emperatriz que daría a luz un varón, convenciéndola de que estaba embarazada. Los últimos meses del imaginario embarazo se acercaron. Todo el mundo decía que estaba muy gruesa. Empezó a llevar trajes sueltos, dejando de asistir a los actos de Corte. Todo el mundo estaba seguro de que la Emperatriz estaba embarazada; el Emperador se mostraba contentísimo y la población de San Petersburgo esperaba, de día en día, oír los cañonazos de la fortaleza de Petropavlosky, que, de acuerdo con la antigua costumbre, anunciarían el nacimiento del vástago imperial. Por último, la Emperatriz dejó de pasear y el comadrón de la Corte, profesor Ott, con su ayudantes, se trasladaron al palacio de Peterhof. El tiempo pasaba sin que tuviese lugar el parto. Por fin, el profesor Ott pidió permiso a la Emperatriz para reconocerla.

Ella se lo concedió y, después del examen, declaró que la Emperatriz no estaba embarazada.

Es fácil ver el estrago que una mujer histórica puede causar, si se encuentra investida del formidable poder que un régimen autocrático coloca en sus manos.

En la residencia de verano del Gran Duque Pedro, Philippe se encontró con unos cuantos sacerdotes, entre ellos el notable hermano Juan de Cronstadt. Según parece fué allí donde se fraguó el proyecto de canonizar al *staretz* (santo varón) Serafín de Sarof.

Este incidente me fué relatado por el mismo K. P. Pobiedonostzef. Una hermosa mañana recibió una invitación para ir a almorzar con Sus Majestades. La invitación le sorprendió porque en aquel tiempo las relaciones entre Sus Majestades y Pobiedonostzef eran más bien tirantes, aunque hubiese sido profesor del Emperador y de su augusto padre. Después del almuerzo, al cual asistió sólo Pobiedonostzef con sus imperiales huéspedes, el Emperador, en presencia de la Emperatriz, le pidió que le sometiera un decreto canonizando a Serafín el día en que se conmemoraba al santo varón, que era al cabo de una semana. Pobiedonostzef replicó que las canonizaciones correspondían al Santo Sínodo y que debían ser precedidas de una completa investigación de la vida del aspirante y de las opiniones del pueblo acerca de él, manifestadas en tradiciones orales.

A esto contestó la Emperatriz que "todas las cosas correspondían o caían bajo la jurisdicción del Emperador". Esta opinión se la había oído yo mismo a la Emperatriz en diversas ocasiones. No obstante, el Emperador hizo caso a los argumentos de su huésped, y Pobiedonostzef recibió, en la noche de aquel mismo día, una cariñosa nota del Emperador, manifestándose de acuerdo con su opinión de que era imposible canonizar inmediatamente a Serafín y ordenándole que preparara la canonización para el año siguiente.

Pobiedonostzef obedeció. Sus Majestades estuvieron presentes a la ceremonia de consagrar las reliquias. En el transcurso de ello hubo varios casos de curaciones milagrosas. Se tenía la convicción de que el Santo de Sarof concedería a Rusia un heredero, después de las cuatro Grandés Duquesas. Como este trascendental suceso tuvo lugar, quedó establecida la fe de Sus Majestades en la eficacia y santidad de San Serafín. Un portaitono de aquel santo figura en el despacho del Emperador. Durante los días de la revolución que siguió al acto del 17 de octubre, el príncipe A. D. Obolenski, entonces procurador del Santo Sínodo, se me quejó repetidamente de la intervención de las princesas montenegrinas en los asuntos del Santo Sínodo. En una ocasión, me dijo, habló al Emperador de San Serafín, y Su Majestad le dijo: "En cuanto a la santidad de San Serafín y a la autenticidad de sus milagros,

estoy tan completamente convencido de ellos que nadie podrá hacerme creer lo contrario."

Un cierto número de individuos hicieron su carrera con el incidente de San Serafín. Entre ellos el príncipe Shirinsky-Shakhmatof, que dirigió la ceremonia de la consagración de las reliquias. Inmediatamente después de aquella solemnidad fué nombrado gobernador de Tver. En dicho cargo distinguióse pidiendo a los sacerdotes que saliesen fiadores políticamente de la población. Como resultado de ello, el príncipe Mirski, entonces ministro del Interior, le dejó cesante, consiguiendo con ello disgustar a Su Majestad. Tan pronto como el príncipe Shirinski-Shakhmatof llegó a San Petersburgo, fué recibido por el Emperador, escuchó sus ataques contra Mirski y, faltando a todo lo establecido, le nombró senador. Cuando me ví obligado, después de la reunión de la primera Duma, a renunciar al cargo de presidente del Consejo de ministros, el príncipe Shirinski fué nombrado procurador del Santo Sínodo durante el Gabinete de Goremykin. La caída de este Gobierno y el nombramiento de Stolypín como presidente del Consejo, trajo consigo la dimisión del príncipe Shirinski. Su Majestad le nombró inmediatamente miembro del Consejo Imperial. Actualmente tiene asiento en el Consejo Imperial como jefe de los *Cien Negros*. El príncipe Shirinski tiene todos los defectos y vicios de Pobiedonostzef, sin tener en lo más mínimo sus bue-

## Memorias

nas cualidades, tales como educación, cultura, experiencia, inteligencia y honradez política.

Philippe murió antes de que terminara la guerra ruso-japonesa. Sus admiradores aseguraron que habiendo cumplido por completo su misión en la tierra, había subido en vida al Cielo.

The first part of the report  
deals with the general  
principles of the  
theory of the  
relativity of  
simultaneity.

The second part  
deals with the  
consequences of  
the theory of  
relativity of  
simultaneity.

The third part  
deals with the  
consequences of  
the theory of  
relativity of  
simultaneity.

The fourth part  
deals with the  
consequences of  
the theory of  
relativity of  
simultaneity.

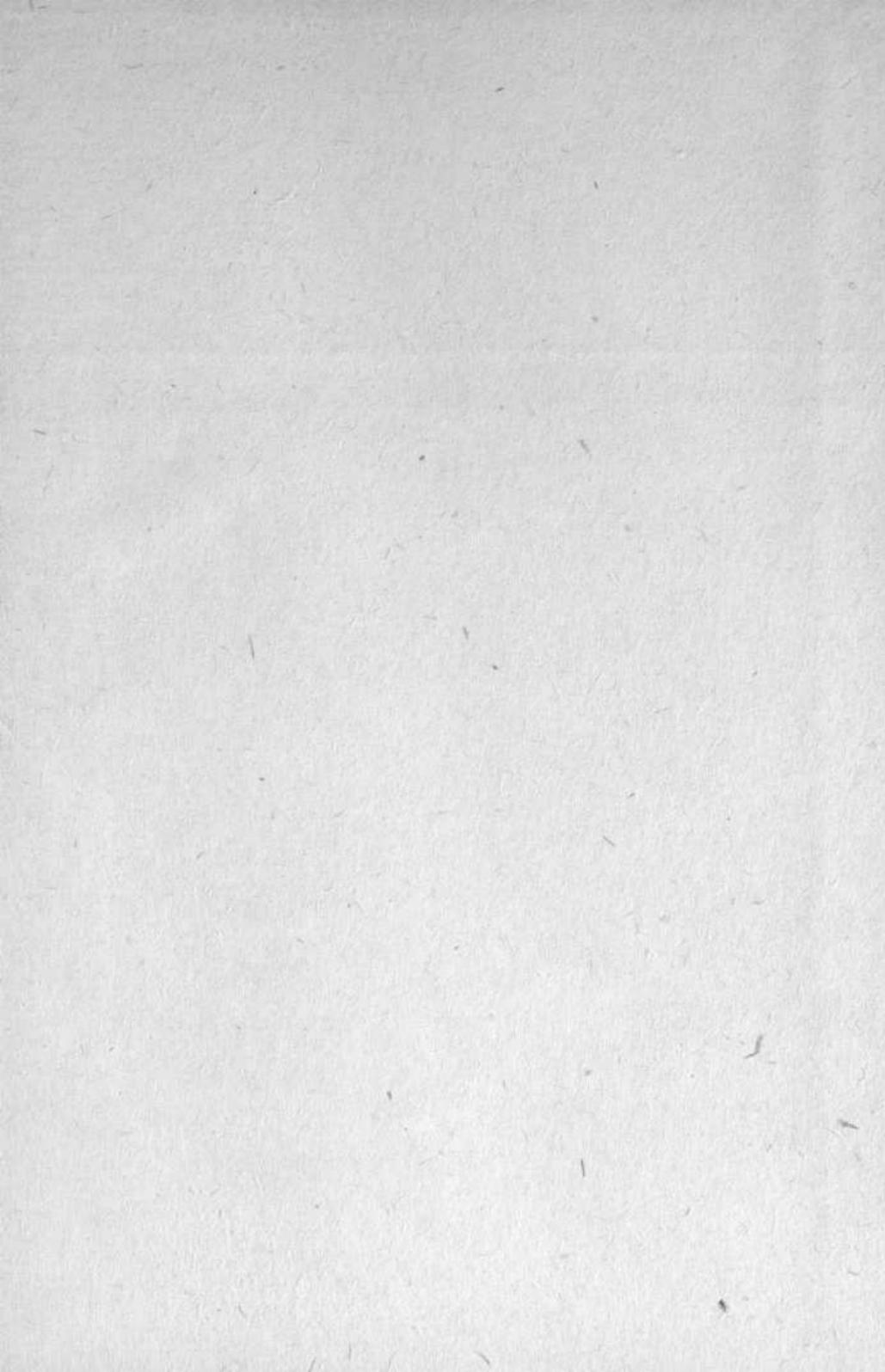
# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—Mi juventud y principio de mi carrera...	7
II.—Semblanza de Alejandro III.....	55
III.—Mi obra como ministro de Hacienda.....	71
IV.—Mis relaciones y trato con Li-Hung- Chang.....	119
V.—Orígenes y desarrollo de la guerra ruso- japonesa.....	153
VI.—La paz de Portsmouth.....	197
VII.—Nicolás II y Alejandra.....	265

319214

# INDEX

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX





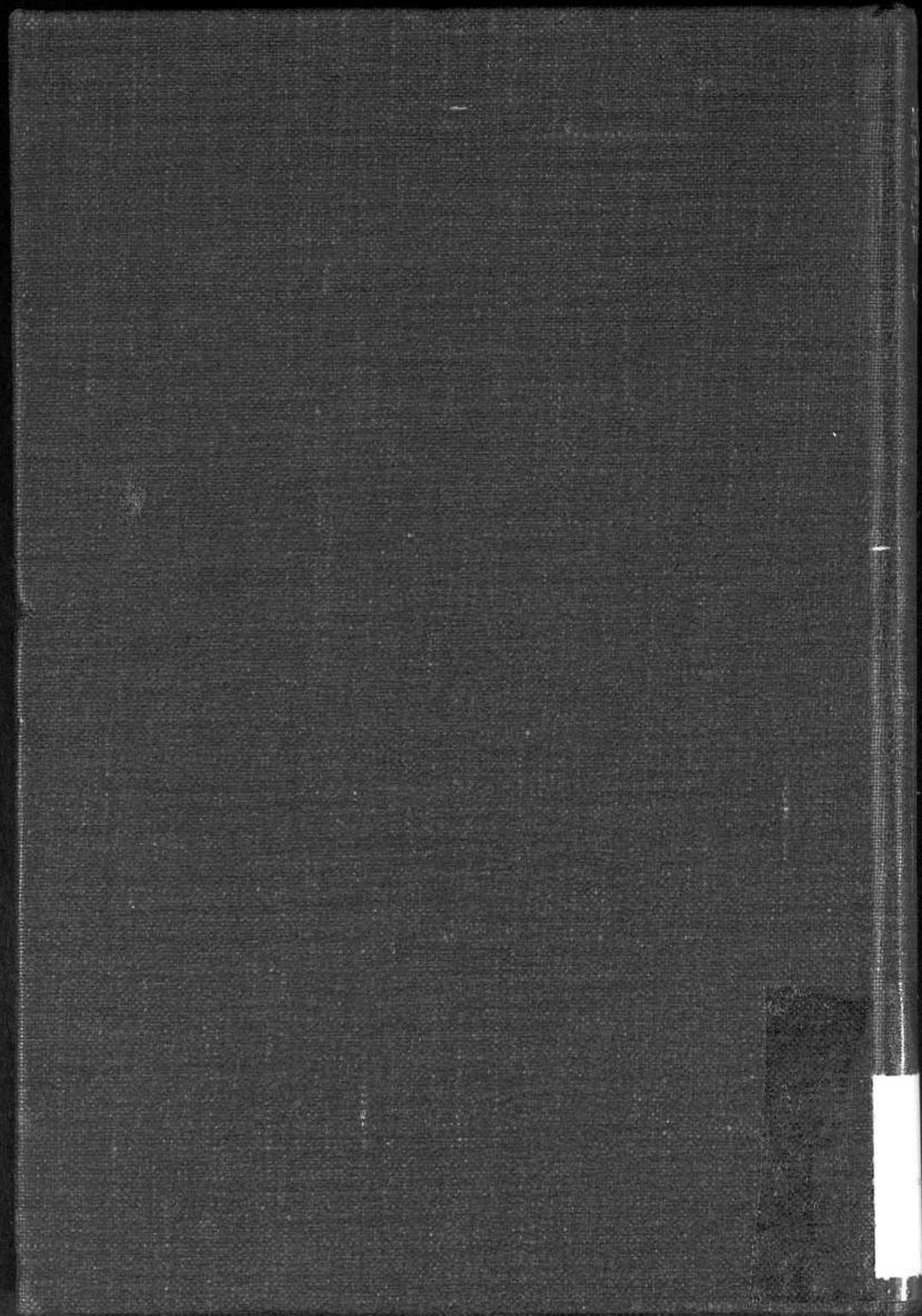




Biblioteca Pública de Soria



71329507 DR 9120



MEMO-  
RIAS  
DEL  
CONDE  
WITTE

VOL. 19

**DR**

**9120**